

Gaston Leroux

La máquina de asesinar

PRÓLOGO

«¡La máquina de asesinar!»... ¿Qué es este nuevo invento? Realmente, ¿se hacía sentir su necesidad?

Quizá, en fin de cuentas, no se trata nada más que del viejo invento salido de las manos de Dios en los más bellos días del Edén y que había de llamarse el Hombre.

En verdad, la Historia, desde los primeros dibujos en las paredes de tus cavernas hasta los más recientes estantes de nuestras bibliotecas, demuestra que aún no se ha encontrado mejor mecanismo para derramar la sangre.

Querer enmendar la plana al Creador es propio de un genio diabólico, es una nueva forma de la eterna lucha entre el Príncipe de las Luces y el Príncipe de las Tinieblas.

El Mal se desliza por donde quiere. Para quienes hayan leído «La muñeca sangrienta», que constituye el origen de este relato, no puede haber duda alguna de que se domicilió en la tienda del viejo relojero de la Île-Saint-Louis, ni de que era él quien animaba con sus maleficios el triple misterio que en aquel barrio antiguo, aún grisáceo por el polvo de los siglos, hacía intervenir, por una parte, a la inquietante familia del viejo Norbert, el cual pasaba por buscar el movimiento continuo, ayudado de su hija, la bella Cristina, y de su sobrino, el disector Jaime Cotentin; por otra parte, al marqués de Coulteray, aquel ser eternamente joven, que no se sabía exactamente si tenía cuarenta o doscientos años y que al lado de la marquesa, su mujer, siempre pálida y agonizante, formaba un extraño tipo de vampiro; y, por otra parte, al terrible Benito Masson, el encuadernador artístico de la calle del Santísimo Sacramento, que acababa de ser condenado a muerte y ejecutado por haber quemado en su hornillo a media docena, cuando menos, de mujeres jóvenes y bonitas.

A este propósito, conviene citar aquí la última frase del anterior volumen, titulado La muñeca sangrienta. El autor calificaba de «sublime» la aventura de Benito Masson. ¿En qué podía consistir la sublimidad de una aventura que llevaba a su héroe a una muerte tan ignominiosa? Es que la aventura, según el autor, no hacía más que empezar... Afirmación que resultaba muy extraña aplicada a un hombre a quien se le acababa de cortar la cabeza... Por eso se necesitaba un segundo volumen, el presente, que hemos titulado La máquina de asesinar con objeto de que dicha afirmación quede explicada de una manera quizá temible, pero desde luego normal...

... Normal, si, porque está de acuerdo con la Ciencia, la cual nos protege, nos sostiene, nos alienta en esta incursión vertiginosa al borde del Gran Abismo...

—¿La ciencia? —preguntará alguien—. ¿No se hablaba ahora mismo de Satanás?

—Está bien... Está bien... La verdad es que algún día se llegará a un acuerdo respecto al nombre que ha de darse a cuanto nos aleja del Primitivo Candor...

G. L.

I

LA «MANZANILLA» DE LA SEÑORITA BARESCAT

He aquí un callejón tranquilo, dormido hace dos siglos, donde el mayor acontecimiento del día para ciertos fósiles que acaban de secarse tras la puerta de su tienda o las cortinas de su balcón, es una pareja de turistas perdidos, una visita inesperada del vecino, la salida inopinada de una joven con vestido nuevo, las entradas repetidas de la señorita de la relojería en casa del encuadernador... De pronto, en el barrio se supo que el encuadernador había sido detenido por haber tostado a media docena de pobres mujeres que se convirtieron en humo, y se supo asimismo que había sido sorprendido en aquella tarea infernal por la misma hija del relojero, la cual escapó por un verdadero milagro a la muerte que le esperaba.

No es difícil figurarse la perturbación producida por aquel espantoso drama en las costumbres del rincón que era la Île-Saint-Louis, y, particularmente, entre las relaciones de la señorita Barescat.

Desde el muelle de Béthune hasta la Estacado se vivía bajo el «régimen del terror», como decía la señora Langlois, ex asistente del terrible. Benito.

Los cerrajeros de la Île-Saint-Louis habían hecho el gran negocio durante los meses transcurridos entre la detención y la ejecución de Benito Masson. Nunca tuvieron las puertas más cerrojos; nunca fueron mejor cerradas por la noche.

¿Por miedo a qué?... ¿A que escapara Benito Masson?

Tal vez; pero había otra cosa...

Ya nadie iba a la relojería desde que se había concretado el rumor de que también allí había «un gran misterio», según el señor Birouste, dueño de una herboristería. «Un gran misterio —añadía— no aclarado en modo alguno por el proceso del encuadernador».

Unos hablaban a media voz de un secuestrado; otros, como Birouste, aseguraban que se trataba de un enfermo excepcional a quien el disector, ayudado por el relojero y su hija, trataba de una manera excepcional.

—Si lo guardan tanto —añadía—, quizá se deba a que es peligroso... Sólo puedo decirles que yo sé que el disector lo hace manipulaciones en el cráneo... ¡Deseemos, para bien del barrio, que no escape!...

Como se ve, las palabras del señor Birouste no eran nada tranquilizadoras en un momento en que la Île-Saint-Louis no necesitaba, a decir verdad, que le dieran nuevos motivos de inquietud.

Sin embargo, la ejecución de Benito Masson en Melun había calmado muchos nervios. En ciertas trastiendas fueron reanudadas poco a poco las veladas. Así es que podremos asistir a la «manzanilla» que era servida los miércoles y los sábados, cuando habían dado las nueve, en San Luis de la Isla.

Aquella no fue la más brillante de las «manzanillas». Solamente la *honraron* tres

personas. Pero lo que en ella ocurrió, por su importancia inmediata y por sus consecuencias incalculables, la convirtió en una «manzanilla» histórica...

El primero en acudir fue el señor Birouste, vecino contiguo de la señorita Barescat y que, precisamente por su cualidad de herborista, le facilitaba la manzanilla a precio reducido. Fue seguido por la señora Caraus, que alquilaba sillas en la iglesia y que era protegida del señor Lavieuville, mayordomo de la misma iglesia y persona de importancia. Pero aquella noche el principal prestigio de la pequeña reunión fue, desde luego, la señora Langlois.

Como ya hemos podido ver, ésta, aunque asistenta, no era una cualquiera, pues había tenido posición. Luego de estar empleada en un almacén, se había casado y dirigido un pequeño negocio de modas, en el que pronto quebró, aunque muy honradamente. Muerto su marido, trabajaba como una mercenaria, pero «con la frente alta», para saldar con los últimos acreedores y recobrar el perdido honor. Aquella César Birotteau hembra se había quedado en el barrio teatro de su desastre para que asistiera a sus esfuerzos de hormiga, y, si Dios quería, a su triunfo.

Antes de lo sucedido a Benito Masson, cuyo pobre mobiliario tanto tiempo había limpiado la señora Langlois, ésta era apreciada en el barrio. Y para recobrar ese aprecio y demostrar que era la primera en regocijarse del castigo supremo que aguardaba al monstruo, había tenido el atrevimiento, a pesar de ser una débil mujer, de ir a Melun, debidamente informada sobre el día de la ejecución por el señor Lavieuville, en casa del cual trabajaba dos horas diarias, y que era íntimo amigo de un alto funcionario judicial. Y en Melun asistió desde primera fila, según ella decía, al suplicio del Barba Azul de Corbillères.

El heroísmo demostrado por ella en semejante trance, y el relato, facilitado *de visu*, de un acontecimiento tan impacientemente esperado, casi la habían puesto «de moda», por lo cual no hay que asombrarse de que la señorita Barescat la hubiera invitado a su «manzanilla»...

Todos la hicieron objeto de grandes halagos, y hasta el gato de la paquetera le dedicó el más cariñoso de sus maullidos...

Así se llegó a las nueve y media, que era como acercarse al minuto histórico.

—Ignoro —dijo la señorita Baroscat— si esta noche tendremos el gusto de poseer al señor Tannegrin; pero no lo esperaremos mucho tiempo. El que tarde, que se fastidie. ¿Quién quiere manzanilla?

—Es una lástima —dijo la viuda de Camus, la que alquilaba sillas—. Tiene mucha simpatía... Pero dado el frío que hace, sentirá el reumatismo...

Luego de recordar así al señor Tannegrin, que ya se había retirado de la profesión de leguleyo, y que a la hora de los postres decía monólogos, se rindieron honores a la manzanilla de la señorita Barescat, que ésta sabía aderezar «con una miajita de anís estrellado», lo cual, según la que alquilaba sillas, contribuía a hacer «un brebaje

exquisito».

—El té —explicaba la señorita Barescat— impide dormir, mientras que la manzanilla es digestiva y buena para el intestino... En cuanto al anís estrellado...

—Nombre vulgar de la badiana —espetó gravemente el señor Birouste, el herborista—, planta de la familia de las magnoliáceas, antiespasmódica, galactóloga, estimulante, indicada para las flatulencias...

—¡Ya está usted con las palabras raras! —exclamó la viuda de Camus, que echaba de menos la presencia del señor Tannegrin, el que decía monólogos.

—Además —añadía el señor Birouste, que era un verdadero pozo de ciencia—, con el anís se elabora el... anís...

—A mí me gusta mucho —proclamó la señora Langlois, que hasta entonces no había dicho nada.

Se daba perfecta cuenta de su importancia y sabía que sus palabras eran muy esperadas. Así es que se reservaba. Se hacía rogar para referir la ejecución de Melun, como una señorita de la antigua pequeña burguesía para ponerse al piano.

Finalmente, a ruegos de todos, se decidió. Contó el heroico viaje en todos sus detalles. No olvidó nada. Con una recomendación del señor Lavieuville había ido seguidamente a casa del abogado general, «a quien había encontrado aún en la cama», y que la había recomendado al capitán de la gendarmería, el cual la había colocado en primera fila y la había recogido en sus brazos cuando cayó la cuchilla, pues entonces estaba «más muerta que viva».

Birouste insinuó:

—También él...

—¿También él?...

—Sí; también él estaba más muerto que vivo...

—¿Cómo es posible?... ¿Un capitán de la gendarmería?

—¡No! Hablo del guillotinado...

—¡Ah! ¡Hablando se entiende la gente!...

—Así es —dijo la señorita Barescat, interviniendo diplomáticamente— que usted, señora Langlois, se ha atrevido a mirarle cara a cara, ¿no es eso?... ¡Quieto. Mysti!... No sé qué le pasa esta noche al gato, que no puede estar tranquilo.

—Sí... Lo he mirado y nuestras miradas se han encontrado... Me ha reconocido... ¡Ay! ¡Cuántas cosas hemos dicho en un instante!... Me parece que no se alegrará...

—Es probable... —confirmó Birouste.

—No hay manera de hablar con usted —declaró la viuda de Camus, que lo tenía cierta ojeriza—. Si interrumpe tantas veces, no vamos a enterarnos en toda la noche...

—Mientras tanto —observó la señora Langlois sonriendo ácidamente—, el señor

Birouste estaba tranquilamente en la cama.

—¿Tiene usted noticias particulares de sus últimos momentos, de cómo se despertó en la prisión, por ejemplo? —se apresuró a preguntar la señorita Barescat, que sabía que su deber era impedir que a su alrededor se envenenase la discusión.

—¡Oh, no me hable usted de eso!... Cuando le despertaron, porque dormía como una marmota, preguntó: «¿No es muy temprano?»...

La señorita Barescat volvió a interrumpir:

—¿Ha leído usted los versos que ha dejado?

La señora Langlois respondió:

—Sí; los he leído en los diarios... Yo también tengo versos suyos, versos escritos de su mano...

—No...

—Sí... Además, los he traído... Pensé que tal vez me valieran dinero... Se los cogí de la carpeta un día que le limpiaba la mesa... ¡También estaban dedicados a Cristina!...

—¡Es curioso! —exclamaron simultáneamente la Barescat y la Camus.

Mientras tanto, la señora Langlois sacaba de su bolso un papel que desplegó y que estaba cubierto de líneas desiguales —prueba de que eran versos—; pero escrito con una letra extraordinaria, de signos enormes, que parecían combatirse o confundirse en un caos multicolor, porque unos signos eran verdes, otros rojos, o azules, o amarillos, y alrededor de ellos había garabatos de fulgurante matiz morado. Los manuscritos de Barbey d'Aurevilly eran, al lado de aquello, los manuscritos de un niño cuidadoso.

He reunido mis pecados... (Los invitados: ¡No le faltaban, no!), los he amontonado delante de mí y he llorado... (¡No faltaba más, no faltaba más!) Hacia el cielo partía una caravana. Me he echado a la espalda mis pecados y la he seguido. Pero un ángel se me ha aparecido diciéndome: «Dónde vas tan lastimosamente con la carga que llevas, nunca llegarás al Paraíso». Y el ángel, Cristina, me ha ayudado a llevar la carga.

—Es definitivo, tiene gracia —concluyó la señorita Barescat—. Le ha ayudado a ir al Paraíso.

—¡Qué letra! —exclamó la viuda de Camus—. ¡Nunca la olvidaré!

—Es una letra de asesino —sentenció Birouste, que se había colocado los lentes.

—Otra noticia —añadió la señora Langlois, mientras guardaba cuidadosamente el manuscrito—. La Escuela de Medicina ha reclamado su cabeza.

—Ya lo han dicho los periódicos.

—Pero ¿saben ustedes quién se la ha llevado?

—No.

—Pues alguien que no es desconocido en el barrio..., al menos yo Jo he conocido en seguida... Estaba a la puerta del cementerio como si temiera que le arrebatasen la

mercancía.

—Apuesto cualquier cosa a que es Bautista —exclamó el señor Birouste.

—¿Quién es ese Bautista? —pregunto la señorita Barescat.

—El empleado del anfiteatro de la Facultad de Medicina de quien ya les he hablado a ustedes, el ayudante de Jaime Cotentin...

—Ya lo recuerdo —exclamó a su vez la señorita Barescat—. Es aquel tipo repugnante que llevaba una caja bajo el brazo cuando iba por la noche a la relojería.

—Eso es.

—La última vez que lo vi —añadió la señorita Barescat— fue el mismo día en que ejecutaron al tal Benito... Serían las nueve y media o poco más. A la puerta de la relojería se detuvo un automóvil, cosa que recuerdo perfectamente, porque es extraordinario... Del automóvil bajó ese hombre... El coche se marchó inmediatamente... Se abrió la puerta de la relojería y apareció en ella el mediquillo para coger la caja que le traían... La puerta se cerró en seguida... Y desde entonces ya no volvió a abrirse la puerta de la tienda. Esa casa parece ahora una tumba.

—Continúa el misterio —dijo seriamente el señor Birouste.

Tras un silencio, preguntó la señorita Barescat:

—¿Qué piensa usted de todo esto, señor Birouste?

—No pienso —declaró solemnemente Birouste—. Reflexiono...

—Denos usted su opinión, señora Langlois —pidió la de Camus—, porque Birouste siempre se burla de nosotras.

La señora Langlois preguntó a su vez:

—¿Está usted segura de que eso no ocurrió la misma mañana de la ejecución?

—Estoy segura de lo que digo.

—¿Y ese Bautista llevaba la caja?

—La llevaba.

—Es que también la llevaba en Melun.

—Entonces —exclamó la de Camus—, es que ese Bautista llevó la cabeza al novio de Cristina.

—Con los médicos nunca sabe una a qué carta quedarse —sentenció la señora Langlois—. Yo lo digo porque he trabajado en casa de uno de ellos... Pues bien: en su despacho tenía una serie de verdaderas calaveras, que empleaba como pisapapeles... Semejantes sacrilegios debieran prohibirse...

—*Está usted diciendo niñerías* —sentenció Birouste.

Y las tres callaron, porque a juzgar por el tono de aquellas palabras, habían comprendido que Birouste hablaba en serio, como hombre que tenía algo que decir.

Y he aquí lo que dijo:

—La ciencia se debe a esos sacrilegios...

No creemos calumniar a nadie diciendo que el señor Birouste era un cominero, un

espíritu mezquino. Claro está que sólo nos referimos a aquel herborista, porque conocemos a otros herboristas que tienen verdadero ingenio y talento.

La naturaleza le había creado una posición mixta entre dos reinos: era más que el tendero de ultramarinos, pero menos que el farmacéutico. Por cierto que él, a pesar de ello, tenía amplias pretensiones. A pretexto de conocer las leyes que rigen la conservación de las plantas creía conocer las que regían la naturaleza entera. Y ante él no podía aludirse a la ciencia, a sus milagros, a lo que nos reserva en un próximo porvenir, sin que se irguiera como antaño el señor de Prudhomme en cuanto se trataba de la guardia nacional o de las grandes instituciones del país que había tenido el honor de «darle a luz».

Como él decía:

—No me asombra nada de lo que se hace en nuestros días.

Ya hemos visto también que nada asombraba a Jaime Cotentin, el cual, ciertamente, era un espíritu magnífico. Esto equivale a decir que los problemas profundos más importantes y que hacen que el término medio de las inteligencias se hurte a su consideración unen, sin embargo, a los espíritus mezquinos y a los espíritus magníficos, con la pequeña diferencia, no obstante, de que donde los espíritus magníficos demuestran todavía cierta inseguridad, los espíritus mezquinos afirman categóricamente. De ello puede sacarse la conclusión de que nunca se ha de sonreír de lo que diga un imbécil o un hombre de genio, porque, a veces, tienen ellos razón, mientras se equivocan las personas razonables...

La señorita Barescat, la viuda de Camus y la señora Langlois seguramente profesaban estas verdades elementales, porque estaban muy lejos de la sonrisa.

El conservador de la adormidera y del tomillo, del malvavisco y de la bardana, pasó revista a su auditorio. Auditorio que, por lo demás, despreciaba profundamente, según demostraban ciertas frases más o menos humorísticas e irrespetuosas para con el sexo al que pertenecía la madre del señor Birouste. Pero el caso es que aquellas damas le prestaban atención. Y mirándolas con severidad, dijo:

—No hablen nunca ligeramente de los hombres de ciencia... Me sacan ustedes de mis casillas cuando tratan despectivamente a Jaime Cotentin... Jaime Cotentin, señoras mías, es un hombre genial... Si ustedes no lo sabían, permítanme que se lo enseñe. Ha publicado artículos que ustedes no sabrían comprender, pero que a mí me han hecho reflexionar... Además, la Facultad de Medicina tiene puestos los ojos en él, y se espera de sus trabajos uno de esos milagros que hacen época en la historia de la Humanidad. ¿Cuál es? Eso ya no lo puedo precisar... ¿Tiene algo que ver con ello la presencia en la relojería de ese desconocido que, según la señora Langlois, se llama Gabriel?... Quizá. Un sobrino mío, Celestino, a quien ustedes conocen, que ha empezado trabajando en mi casa, que ahora estudia medicina, que hace prácticas en la Facultad y que conoce a Bautista, ha oído hablar de él como de un ayudante tan

valioso como misterioso, encargado de poner a la disposición de Jaime Cotentin piezas anatómicas que le entregan ciertos profesores en condiciones completamente excepcionales...

Esas piezas anatómicas, que todavía tienen la palpitación de la vida, permiten, sin duda alguna, que el joven módico se entregue a experimentos in *aninix vili* seguramente relacionados con las teorías que solamente ha abordado en sus notables comunicaciones a la Nueva Revista de Anatomía y de Fisiología Humanas. Estas teorías plantean claramente la cuestión de dónde acaba la vida y dónde empieza la muerte. Y han de saber ustedes que con su posible restauración de la energía utilizable en los seres vivos podemos tener la esperanza de que llegará un momento en que suprimiremos la muerte.

—¿Suprimiremos la muerte? —prorrumpió la señorita Barescat en un grito lleno de esperanza.

—¡Oh! Todavía no hemos llegado a eso —repuso Birouste a manera de una ducha fría.

—Por desgracia —suspiraron las otras señoras.

—De todos modos, quizá no estemos lejos de ello —añadió Birouste como si estuviera inspirado por un presentimiento—. ¿Qué hacemos hoy sino suprimir la muerte en casi todas las partes de la persona?... ¿Acaso la cirugía no rehace casi por completo al individuo?... La última guerra le ha dado una ocasión de rehacer por completo rostros humanos. Y por intervención de la mecánica, una locomoción artificial ha venido a añadir su milagro al de la cirugía. Se ha llegado a hacer que reviva un corazón muerto, lo cual, evidentemente, es cosa inaudita.

—¿Cómo puedo ser eso tan portentoso? —exclamó la señorita Barescat anhelante, porque frecuentemente tenía ahogos y estaba convencida de que moriría del corazón.

—De la manera más sencilla, señorita. Se abre una puerta en las costillas.

—¿Ya eso le llama usted sencillez?

—Por esa puerta, el cirujano ha practicado presiones rítmicas que han restablecido la circulación suspendida, es decir, ¡ha resucitado al muerto!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repetía la viuda de Camus, verdaderamente pasmada.

—Pues aún hay cosas más interesantes.

—¡Ca! ¡No es posible!

—¿Han oído ustedes hablar de Carrol?

—Los periódicos han llevado su nombre...

—Es uno de aquellos para quienes los norteamericanos han creado el Instituto Rockefeller. Pues bien: eso Carrel ha conservado un corazón vivo en un frasco sumiéndolo en cierto suero que solo él conoce. Y el corazón vivo todavía.

—¿Vivo todavía?

—Todavía... Lo mismo hace con un trozo de cerebro y lo mismo podría hacer con un cerebro entero.

—¡Es increíble! —exclamó la señorita Barescat—. Entonces, ¿ese Jaime Cotentin es un sabio de esa clase?

—Yo, luego de haber leído de él lo que les he dicho y lo que no les he dicho, porque, repito, hay cosas que ustedes no podrían comprender, opino que algún día dejará muy atrás a todos los Carrel y a todos los Rockefeller del inundo...

—No lo creo... Entonces, ¿habrá hecho experimentos con Gabriel?

—Yo, señorita Barescat no conozco el secreto de los dioses o de los sabios, que son los dioses actuales. Me he limitado a emitir hipótesis. El hombre de ciencia no vivo más que de hipótesis.

—No me extrañaría —aventuró la Barescat— que ese Gabriel fuera simplemente un mutilado de guerra al que pretenden arreglar un poco... ¿Quiere más manzanilla, señora de Camus?

—Muchas gracias, señorita Barescat.

—Gabriel es muy guapo —dijo la señora Langlois.

—Me gustaría verlo de cerca —acabó declarando el ama de la casa.

II

LA BARESCAT, PARA SU DESGRACIA, VE POR FIN A GABRIEL DE CERCA

En aquel momento se levantó la viuda de Camus y dijo:

—Me parece que oigo pasos en la callo, y apuesto cualquier cosa a que es el señor Tannegrin. Aún podría divertimos un rato —añadió dirigiéndose a la puerta—. ¡Todas esas cosas que me han contado ustedes me han puesto la carne de gallina!...

—¿No oye cómo silba el viento? —advirtió la señora Langlois—. Además, cuando yo venía comenzaba a nevar. Así es que supongo que con este tiempo no vendría el señor Tannegrin...

Mientras tanto, se acercaban rápidamente los pasos y sonaron dos llamadas en la puerta.

—¡Es el señor Tannegrin! Reconozco su manera de llamar —exclamó la de Camus.

—No abra antes de estar segura de ello —observó la Barescat.

Pero ya la de Camus había descorrido el cerrojo y había abierto la puerta. Un torbellino de viento y de nieve se metió en la tienda. Luego...

Aportemos el testimonio de los invitados de la señorita Barescat y de la misma ama de casa: testimonio que tuvieron que hacer varios días después en defensa propia y con relación al sensacional acontecimiento que se coló de rondón en aquella casa como llevado por la tempestad.

Apresurémonos a decir que el acontecimiento en cuestión era un rapto; pero ¡qué rapto!...

He aquí las palabras de la señora Langlois:

—Voy a contárselo todo, señor comisario... Nunca conviene desear cosas que parecen imposibles, porque a lo mejor se cumplen con gran disgusto nuestro... Apenas la señorita Barescat, que nos había invitado a su manzanilla, acababa de expresar sus deseos de ver de cerca a Gabriel, cuando he aquí que Gabriel entra, como un demonio de la tempestad, completamente cubierto de sangre y llevando a la señorita Norbert, la hija del relojero, desmayada en sus brazos, como si fuera una pluma. También a ella le manaba sangre de la cara... Como usted puede figurarse, todos lanzamos un grito de horror... Yo exclamé:

—¡Es Gabriel!...

Ante una entrada semejante, quedamos como estatuas del terror... Además, aquel hombre nos amenazaba con su revólver... La primera vez que vi a aquel hombre en casa del relojero, me había parecido guapo; pero entonces no le vi más que unos ojos espantosos, unos ojos de asesino... Cuando me miraba, me figuraba que estaba asesinándome... Tengo confianza en la justicia de mi patria y espero que usted me protegerá... Pero ¿qué estoy diciendo?... No lo sé... ¡Ahora, ya está dicho!...

Ahora, señor comisario, continuaré contándole lo que hizo... Comenzó por cerrar la puerta de una patada... ¡Creí que iba a hundirla!... Pero luego pasó el cerrojo... Entonces, el herborista señor Birouste, que se había refugiado detrás del mostrador, gritó:

—¡Levanten las manos como yo!...

Y todas levantamos las manos como se hace en el cine... Y el gato de la señorita Barescat se marchó dando un salto terrible... Luego ya no se le ha vuelto a ver...

Por lo demás, Gabriel no decía nada... Pero luego de haber aplicado el oído a la puerta, dejó a Cristina tendida sobre el mostrador y se puso a buscar en sus bolsillos... Probablemente querría un pañuelo para enjugar la sangre que continuaba manando de la frente de la señorita Norbert... Pero por lo visto, no lo encontró... Y entonces, señor comisario... La tienda de la señorita Barescat... ¡Ay, señor comisario!...

Para saber lo que le ocurrió en la tienda de la señorita Barescat dejemos hablar a la propia interesada. Si su relato es algo incoherente no censuremos a la solterona, que desde aquella fecha histórica ha perdido algo de sus lozanas facultades, rebusca sus palabras, se anonada profundamente a veces y se reanima de repente, como por electricidad, para echar la cabeza hacia atrás, tan brusca y espasmódicamente que los cintajos que adornan su sombrero a la antigua parecen bailar una especie de *shimmy* epiléptico.

—¡Ay, señor comisario!... Por un pañuelo, porque buscaba un pañuelo... Al menos me lo hubiera pedido... Pero ni una palabra... Cuando vi que registraba mis cajones, que metía baza en mis estanterías, quise intervenir. ¿No era natural, señor comisario? ¡Me alegro de verle! ¿Cómo está usted, señor comisario?... Protéjanos usted, porque si no, ¡adiós justicia, como dice la señora Langlois!... Ya sé que usted es justo... Y yo soy una pobre mujer soltera, que nunca ha querido casarse, a pesar de las ocasiones, y que ahora me encuentro metida en esto berenjenal... Pregunte, pregunte a las señoras que han venido a mis «manzanillas» desde hace veinte años... Y disponga de mí, señor comisario... Usted es un hombre justo... Y yo... Cuando vi que registraba sin consideración mis cajones, quiso intervenir; pero el señor Birouste, el herborista, me gritó que levantara las manos, y hasta soltó unas palabrotas, dicho sea con perdón del señor comisario y de Dios... Al parecer, Gabriel hubiera disparado su revólver si hubiéramos dejado de tener las manos levantadas como en el cine... ¿Ya usted al cine, señor comisario?... Usted es un hombre justo..., y protegerá a esta pobre soltera que... Pero sigo mi narración. Aquel hombre terrible continuaba sin decir ni media palabra. Y el caso es que hablando se entiende la gente. Pero por lo visto, no quería que reconocieran su voz.

Además iba disfrazado como un personaje de la época de la Revolución: llevaba una capa y un gran sombrero como los que también se ven en el cine... Tenía razón la

señora Langlois... Es más: en la vida ocurren cosas que no pasan en las películas... Nunca he visto ninguna cinta en que se tratara una tienda de paquetería como se trataba mi casa... ¡Y con lo ordenada que soy yo!... ¡Diríase que por allí había pasado un desastre, una calamidad!... ¡Cómo me puso el madapolán, señor comisario!... ¿Y qué decir de las puntillas?... El tru-tru quedó hecho un guiñapo... ¿Y las cajas de algodón perlé? ¿Y las madejas de seda japonesa? ¿Y la lana de Hamburgo? ¿Y la lanilla de Saint-Pierre?... ¡Me entraban unas ganas de llorar!... De llorar y estrangularle... Pero en cuanto me movía un poco, el señor Birousto me mandaba, jurando, que tuviera las manos en alto... Menos mal que cesó de revolver cuando encontró la muselina, con la cual curó a la pobre herida... Pero ¿quién me recompensará lo del madapolán?... ¡Ay, señor comisario!...

He aquí las primeras palabras de la viuda de Camus, la que alquilaba sillas:

—Era terrible; pero ¡qué guapo!... Le advierto, señor comisario, que yo he visto muchos hombres guapos, porque no siempre he alquilado sillas en las iglesias... Aquí donde usted me ve, señor comisario, he estado empleada en la sección de caja de un establecimiento, donde mi tarea era la más importante, por lo cual, para desempeñarla, se escogía a la más lista... He recibido cartitas perfumadas y me han saludado «guantes amarillos», que es como en mi época se llamaba a los galanes. Pues bien: con toda sinceridad he de decirle que jamás he visto un hombre tan guapo como aquél...

Forzosamente había de ser muy guapo para que me llamara la atención en un momento en que, por los brutales gestos que hacía, velamos llegada nuestra perdición... ¡Porque el señor Birouste no parecía en disposición de salvarnos!... El herborista había perdido toda su fachenda... Tiritaba detrás del mostrador y se desgañitaba gritando que tuviéramos las manos en alto... Llegué hasta creer que si bajábamos las manos hubiera cogido el revólver que había dejado Gabriel y hubiera disparado contra nosotras...

¿Y eso es un hombre?... ¡Lo que pasa es que se da mucho postín porque es herborista!... Pero yo ya no compraré nada en su casa... ¿Comprendo usted, señor comisario, lo que quiero decir?...

Mientras tanto, el otro no pensaba más que en curar a su Cristina... ¡Todo para ella!... ¡Aquél sí que era un hombre..., a pesar de ser un bandido y de habernos hecho pasar un mal rato!... No se movía ni un músculo de su cara; por lo visto no le daba miedo la sangre... Y cuando quiso secar la frente de su víctima y no encontraba la tela que quería, arremetió contra las existencias de la señorita Barescat... He dicho su víctima, porque había raptado a Cristina... Se le resistía, se notaba que la llevaba a la fuerza... Y es probable que, por ello, se produjera un incidente a causa del cual manara la sangre de que estaban cubiertos... Además él estaba como perseguido, como apurado... Seguramente llamó donde llamó al azar, porque vio luz... Al

abrirlo, entró en la tienda... ¡Esa es la explicación que yo doy a lo sucedido!... Si hay alguien que adivine más que yo, que lo diga...

Cristina, sin embargo, no abría los ojos... Entonces, él le espurreó la cara con la manzanilla que había quedado, y que estaba fría... Apenas consiguió despabilarla... ¿Quién hubiera podido creer que a la señorita Norbert le pasaran cosas tan extrañas? ... El domingo estaba yo en la iglesia cobrando... Le advierto, señor comisario, que es una tarea difícil, porque hay que tener los ojos en todas partes, vigilar o la vez a los que se quedan, a los que van a salir y a los que salen sin haberse metido la mano en el bolsillo... Pues bien: aún me quedaba vista para mirar a Cristina, que parecía una estampa de primera comunión y a la que se hubiera admitido a comulgar sin confesión... Pero a pesar de todo, ¡hay que ver cómo la encontraron en casa de Benito Masson!... ¡Y hay que ver el estado en que se hallaba cuando la entró Gabriel!...

Pero ¿quién es Gabriel?... ¡Cualquiera lo sabe! *¿Acaso será verdad lo que empieza a rumorearse, lo que nos da tanto miedo?*

¡Y qué guapo es!... Sólo puede comparársele al arcángel que lleva su mismo nombre... Si le he de decir verdad, señor comisario, yo no hubiera podido resistirle... ¡Claro está que me refiero a cuando estaba empleada en caja!...

En cuanto al señor Birouste, cuya intervención está lejos de haber terminado, como muy pronto veremos, solamente retenemos de momento esta declaración:

—¡Yo, señor comisario, tan sólo pensó en salvar la vida de esas tres pobres mujeres!... Gracias a mi sangre fría y a mi presencia de espíritu, no quiero hablar de mi valor, pude evitar que ese miserable sólo dejara cadáveres tras él... ¡He cumplido con mi deber!... Lo digo sencillamente, sin orgullo, como cumple a un herborista que vive dedicado al consolador estudio de las plantas y que no tiene nada de héroe melodramático...

Ahora que, gracias a esta visión del estado de ánimo de nuestros personajes, podemos formarnos una idea de la perturbación causada en la «manzanilla» de la señorita Barescat por la fulminante invasión del terrible visitante, vamos a continuar narrando los hechos tal como los reconstituyó después una profunda investigación.

Para la salud moral, ya fuertemente quebrantada, de la señorita Barescat y de sus invitados, fue una suerte que la estancia de Gabriel en la paquetería de la calle del Santísimo Sacramento no se prolongara excesivamente. Gabriel demostraba una brutal ferocidad en todos sus gestos, pero estaba lejos de demostrar tranquilidad. Con frecuencia pegaba el oído a la puerta, para escuchar los ruidos del exterior. Luego volvía a curar a Cristina, la cual continuaba sin dar señales de vida.

La tempestad de viento y de nieve que se había levantado comenzaba a calmar. De pronto, oyéronse en la calle ruido de pasos y rumor de voces...

Gabriel, siempre mudo, pues aún no había pronunciado una palabra, se dirigió a

la señorita Barescat y sus invitados que, con las manos en lo alto, parecían inmovilizados por el espanto en una actitud de súplica y de trágico asombro, les lanzó una mirada terrible, se registró el bolsillo, sacó una libreta y una estilográfica, escribió unas cuantas palabras, arrancó la hoja —todo ello en menos tiempo del que necesito para contarlo— y la pasó ante los ojos de las tres pobres mujeres que, por un instintivo sentimiento de horror, no habían arrimado unas a otras. En cuanto se dieron cuenta de la frase escrita en el papelito, lanzaron un chillido como para estremecer el más empedernido corazón: chillido que pronto ahogaron al ver que Gabriel, como movido por un resorte, daba un gran salto y volvía a empuñar el revólver para amenazarlas de nuevo...

Birouste, para ser molestado lo menos posible, y sin duda para mejor velar por la seguridad de aquellas damas en circunstancias tan trágicas y que tanta decisión requerían, se había parapetado tras el mostrador como un capitán de navío en su toldilla a la hora del peligro. Desde aquel lugar escogido como puesto de combate, nada podía leer. Gabriel, que no le había olvidado, le lanzó el papelito. Y entonces el herborista comenzó un grito que no acabó por el motivo anteriormente apuntado...

Mientras tanto, los pasos y las voces se habían ido acercando.

Gabriel había vuelto a tomar a Cristina en sus brazos y, de cara a la puerta, revólver en mano, esperaba los acontecimientos en temible actitud.

Los pasos y las voces se detuvieron ante la puerta. Y se oyó este diálogo presuroso:

—¡Le digo que no ha salido de la calle!...

—¡Oh! No puede estar lejos...

—Aún hay luz en casa de la señorita Barescat. Quizá haya oído algo...

En aquel momento, Gabriel, con un gesto rápido, dio la vuelta al conmutador que se encontraba junto a la puerta de comunicación con la trastienda. Así quedó a oscuras la tienda y continuó iluminada la trastienda... Gabriel, con su preciosa carga, se trasladó silenciosamente a la trastienda.

Los demás no respiraban... Estaban pasmados...

Y he aquí que la luz que les llegaba de la trastienda también se apagó.

Fue seguramente el momento más terrible de la vida de todas aquellas personas...

Ante la puerta continuaba el coloquio. La señora Langlois ya había reconocido la voz del viejo Norbert y de Jaime Cotentin.

—¡Se apaga la luz! —dijo Jaime.

—¿Llamamos? —propuso el relojero.

—Quizá perdamos un tiempo precioso... Me parece mejor registrar todos los rincones de la isla, porque no puede haber salido de ella... ¡Con Cristina en brazos no puede atravesar los puentes sin que le vean!...

Tras un corto silencio, sonó la sorda voz del viejo Norbert para decir:

—¿Qué es esto?

—¡El cordón de su capa!... —exclamó el disector.

—Lo ha cogido la puerta —observó el relojero.

—¡Luego ha entrado en la paquetería! —dedujo Jaime.

Seguidamente, llamaron varias veces a la puerta.

Pero nadie respondió.

Entonces gritaron:

—¡Señorita Barescat!

Pero aunque repitieron el grito, fue en vano.

—Es raro, muy raro todo esto...

Y aporrearon nuevamente la puerta.

Entonces se abrió un balcón de la calle y les dijo una voz:

—¿Qué quieren de la señorita Barescat?... ¡Hace tiempo que estará acostada!...

Y el balcón se cerró en seguida. Hacía mucho frío... Nevaba... Además, en aquella calle hacía mucho miedo...

Por otra parte, el relojero y Jaime ya no llamaban. Procuraban echar abajo la puerta...

Jaime hacía una presión bárbara, a riesgo de estropearse el hombro. Y el pobre cerrojo no pudo resistir mucho tiempo...

Se abrió la puerta y se precipitaron al interior.

Oscuridad y silencio.

Llamaron otra vez a la señorita Barescat. Jaime oprimió su encendedor, gracias al cual vieron, con el extraño relieve que da una luz escasa a los objetos que hace salir de la oscuridad, cuatro estatuas con los brazos en el aire, la boca abierta y los ojos de par en par...

La caliente ceniza del Vesubio no inmovilizó más en sus gestos postreros a los habitantes de Pompeya de lo que el miedo (ese gran miedo que en ciertas épocas de la historia emanan los infiernos como una exhalación del gran misterio negro contra los humanos) momificó momentáneamente a la señorita Barescat y a sus invitados en cuanto leyeron el papelito que Gabriel les había paseado ante las narices.

Aquellas cuatro estatuas surgían de la sombra en medio de un desorden inexpresable con el que tropezaban los vacilantes pasos del anciano relojero y del que pudieron darse cuenta así que Jaime Cotentin dio la vuelta al conmutador eléctrico...

Gabriel, desde luego, había pasado por allí. La primera huella de sus pasos, el anonadamiento, la suspensión de los sentidos en los cuatro primeros individuos con que se había encontrado en cuanto se escapó de la jaula. Además, había que tener en cuenta el desbarajuste causado en la paquetería. ¿Qué otra cosa podía hacer Gabriel en tan pequeño espacio? Finalmente, había sangre: sangre en el mostrador, sangre en las delicadas puntillas, sangre en las paredes... Y aquella sangre era de Cristina...

Intentaron despertar a aquellas momias y hacerles hablar; pero no lo consiguieron ni aun a fuerza de sacudidas. Continuaban mirándoles en silencio...

—¿Adónde se ha ido?...

—¿Y mi hija, dónde está mi hija, qué ha hecho mi hija?...

Se precipitaron a la trastienda... ¡Nadie!... Pero había una puerta abierta que daba a un corralillo... Y en el corralillo se abría otra puerta... ¡Sus pasos, sus pasos sobre la nieve!... Continuaban sus pasos por un callejón de altos paredones y muchas revueltas que llevaba a los muelles... Y hacia los muelles se lanzaron.

Solamente entonces bajaron las manos las cuatro estatuas... Dio ejemplo el señor Birouste... Pero todos habían comprendido ya que Gabriel no estaba allí, que no cabía dudar sobre su huida, que había reanudado la marcha llevándose a su víctima hacia las tinieblas y el misterio de donde había salido para causar un espanto del que la señorita Barescat jamás se curó por completo.

A continuación Birouste, sin hacer caso de las señoras, que le suplicaban que no las abandonara, llegó rápidamente a la puerta de la calle y se apresuró a entrar en su casa.

Era cuestión de andar varios metros, porque vivía en el edificio contiguo... Entonces las tres mujeres decidieron pasar la noche juntas. Mientras sostenían la más extravagante conversación, arrimaban muebles detrás de las puertas. Y después se refugiaron en el cuartito que servía de alcoba a la dueña de la casa, y pasaron allí toda la noche.

Huelga decir que no durmieron.

Ni tan siquiera intentaron hablar. El golpe las había magullado para mucho tiempo. No pensaban más que en una cosa. En el papelito donde Gabriel había escrito: «Si queréis conservar la vida, ¡silencio!».

Aquellas seis palabras eran una amenaza capaz de asustar a espíritus timoratos. Pero sin embargo, lo que causó a las cuatro personas un horror indecible no era el sentido de las palabras.

Lo que les anonadó, lo que les aniquiló, fue que en aquellas seis palabras escritas por Gabriel *habían reconocido la letra de Benito Masson*.

III

EL VALOR DE BIROUSTE

ENCUENTRA UNA NUEVA OCASIÓN DE MANIFESTARSE

Cuando el señor Birouste hablaba de su valor, no intentaba engañar a nadie. Se engañaba a sí mismo.

El bueno del herborista tenía un valor falso, como tenía una sabiduría falsa, una ignorancia falsa, un falso orgullo, una falsa modestia y unos cajones falsos (para ocultar productos que sólo farmacias tienen derecho a despachar). Convencido de que había llevado su abnegación hacia sus semejantes —si es que son semejantes un herborista y tres viejas, entre ellas una solterona— más allá de los límites de un heroísmo vulgar, lanzó un profundo suspiro de alivio cuando se vio encerrado en su casa, al abrigo de las sorpresas, de las terribles sorpresas de la ciencia...

Por cierto que aquel suspiro se parecía mucho a un gemido.

Por mucho que se asegure no dudar de nada y no retroceder ante ninguna perspectiva; por mucho que se hable de tú a los genios y se anuncie con tranquilidad a un auditorio de viejas asustadas que la Ciencia, con mayúscula, luego de haber dominado todas las fuerzas del universo, está a punto de triunfar sobre la misma muerte, no se puede evitar cierto aturdimiento y cierta inquietud cuando se ve aparecer una especie de loco, cuidado de manera especial por un excepcional cirujano, que presenta un papelito pidiendo silencio a cambio de conservarle a uno la vida, y que escribe ese papelito con la letra de un hombre guillotinado ocho días antes...

Birouste, una vez cerrada la puerta de su establecimiento, que era como un resumen del reino vegetal, se desplomó en una silla. Seguidamente miró las paredes, los cajones, los tarros, los envoltorios donde se mantenían tantas y tantas plantas procedentes de los lugares más diversos y aplicables para los usos más distintos. No faltaban especies ilustres, como la ipecacuana, que recordaba a Helvecio, y la pervinca, estimada por Juan Jacobo Rousseau... Nada de aquello tenía secretos para el señor Birouste, puesto que la ciencia le había convertido en una guisa de purificador y sumo sacerdote de toda aquella vida vegetal... ¡Cómo no iba a comprender lo que un hábil cirujano era capaz de realizar en el reino animal!...

Ahora bien: lo que no comprendía *era que se sustituyera el cerebro de un loco con el cerebro de un asesino.*

—Eso es peligroso...

Y expreso el pensamiento en voz alta, confiándolo a las plantas amigas que le rodeaban y a las cuales, antes de acostarse, dirigió un desolado adiós.

Ya en la estrecha escalera que llevaba a las dos habitaciones de que disponía el primer piso, murmuró aún:

—Eso es superior a mis fuerzas...

Por fin llegó a la puerta de su alcoba y la abrió.

¡Horror de horrores! Allí encontró a Gabriel que le esperaba y a Cristina tendida sobre la cama.

La joven parecía encontrarse un poco mejor.

No obstante, se mostraba incapaz de moverse, bien por debilidad, bien por miedo y quizá por ambas cosas a la vez. Sus hermosos ojos entreabiertos miraban al señor Birouste de una manera que compendia la más ardiente súplica, la más humilde invocación, la oración más emocionante y al mismo tiempo más desesperada. Eran ojos que parecían decir: «¡Socorro, por piedad, señor Birouste! Si usted me abandona, moriré».

Pero ¡ay!, el señor Birouste no se encontraba mejor que la pobre Cristina. De buena gana hubiera pedido socorro para sí mismo.

El terrible Gabriel no había abandonado su revólver, y su mirada continuaba tan fulminante como siempre. Aquello, evidentemente, era demasiado para un herborista que se creía definitivamente libre de la presencia del temible personaje y que se lo encontraba en su propia alcoba, prodigando tardíos cuidados a su víctima.

¿Cómo había podido llegar hasta allí?... Si el señor Birouste, en vez de volver a su casa por la calle, hubiera entrado por la parte trasera, es decir, por un corralillo contiguo al corralillo de la señorita Barescat, hubiera visto que la puerta de la cocina estaba derribada, para lo cual, ciertamente, no se necesitaba un gran esfuerzo por parte de una persona como Gabriel, que llevaba en brazos a una mujer como si llevara una pluma. Y el herborista, visto el derribo, hubiérase preparado para encontrar en su casa intrusos cuya presencia le era particularmente desagradable...

Tenían razón el viejo Norbert y Jaime al contar con las dificultades con que tropezaría Gabriel para salir de la isla llevando a Cristina en brazos. Sabiendo que le perseguían de cerca, necesitaba encontrar de momento y a toda costa un refugio. Y luego de haberse refugiado en casa de la señorita Barescat, se ocultaba en casa del señor Birouste, en espera de algo mejor. No le dejaban tiempo ni para respirar.

Quizá por eso no respiraba...

Tampoco vamos a decir que, a pesar de todos los acontecimientos, no se le hubiera alterado la respiración, porque aunque tuviese la boca entreabierta (¡qué dientes de más deslumbrante blancura!), el efecto de la respiración no producía en él ningún movimiento apreciable. No se movían ni su boca, ni sus manos, ni ninguna parte de su cara. Los versos de Baudelaire parecían adrede para aquel maravilloso ejemplar de la belleza masculina:

Odio el movimiento que altera las líneas; nunca lloro, nunca río...

Quien, si bien no reía, estaba a punto de llorar, era el señor Birouste. El primer gesto del herborista al ver el revólver fatal fue levantar las manos, para demostrar de una vez para siempre que no estaba dispuesto a oponer ninguna resistencia al

cataclismo que parecía perseguirle con tanta pertinacia. Pero Gabriel le hizo un gesto amistoso, que seguramente quería decir: «Baje las manos, señor Birouste, que no quiero hacerle ningún daño».

De todas maneras, y como Gabriel no dejara el revólver en el bolsillo, Birouste dejó las manos como estaban. No quería dar a su huésped ocasión alguna de cometer un crimen que, además, hubiera sido completamente inútil.

Finalmente, Birouste, para no caer en el suelo, se dejó caer en una silla, donde aún tuvo fuerza para pronunciar unas palabras, porque cuando se cree llegada la última hora se hacen cosas sobrehumanas.

—¡Puede usted contar conmigo! —dijo—. He jurado silencio y no diré nada. ¡Soy un pobre herborista! ¿Qué quiere usted de mí?...

Otras frases por el estilo demostraban que Gabriel no se hallaba frente a un adversario temible. Ni tan siquiera se trataba de un adversario. Y a lo mejor era un amigo.

El otro sacó de su bolsillo una libreta y se puso a escribir.

Birouste lanzó una rápida mirada hacia la señorita Norbert, que estaba tendida sobre la cama.

¡Los ojos de Cristina continuaban pidiendo socorro!... Y lo pedían con tal elocuencia, que el señor Birouste, que no era una mala persona, volvió la cabeza para no ver aquella angustia que le daba tanta más pena cuanto estaba resuelto a no remediarla...

Gabriel, cuando acabó de escribir, entregó a Birouste el papelito. Y el herborista volvió a estremecerse hasta la médula... ¡No cabía duda, no había soñado!... Era la letra larga, entrecruzada, zigzagueante de Benito Masson... Claro está que no estaba abigarrada con todos los colores del arco iris; pero a pesar del solo color violeta no cabía engañarse. He aquí lo que leyó el señor Birouste:

«La señorita se encuentra mejor. Está completamente despejada. Deseo que usted me facilite lo necesario para poderla volver a dormir, al menos durante doce horas».

—¡Bien, bien! —contestó Birouste con una solicitud que demostraba el gran interés que tenía en servir a aquel cliente excepcional—. Tengo lo que usted necesita... ¡Soy herborista!... Voy a buscarlo...

Y empezó a bajar hacia la tienda, quizá con la secreta esperanza de huir (a lo mejor...). Pero Gabriel, luego de haber cerrado con llave la puerta de la habitación, bajaba tras él...

Nuestro herborista sabía una manera especial de tratar la adormidera, cuyo secreto guardaba, a menos que no se lo pagaran a buen precio. Pero a Gabriel lo dio gratuitamente un frasco, con el cual hubiera podido dormir a una familia entera.

Cuando volvieron a subir juntos (nunca se separaban), encontraron a Cristina tendida en medio de la habitación. Por lo visto había hecho algún intento para escapar

al horrible destino que la esperaba, pero sus fuerzas le habían hecho traición... Gabriel la recogió con gran suavidad y dulzura, la volvió a acostar en la cama para que no renovase esfuerzos que, dado su estado de debilidad, podían serle funestos, y le dio a beber, con la ayuda del señor Birouste, la dosis para un sueño equivalente a un descanso bien ganado...

Luego de ello, Gabriel se sentó a la cabecera de la señorita Norbert y se cogió la cabeza. Parecía entregado a unas cavilaciones sin fin...

Birouste, detrás de él, no se atrevía a moverse. Y no es que le faltaran ganas... Pero temía un movimiento mal interpretado...

¡Qué noche!... Parecía que nunca hubiera de acabarse... Fuera había cesado el viento por completo... No había más que silencio, un horrible silencio en el que el señor Birouste no oía más que los latidos de su corazón...

La verdad es que había para contraer una seria enfermedad... Si aquella noche no contraía una lesión cardíaca, es que tenía el corazón muy fuerte...

¡Qué velada!... Sobro el velador había una lamparilla, a la que Gabriel había bajado la pantalla.

El extraño personaje, que continuaba en el sillón y con la cabeza entre las manos, no se movía, como si fuera una figura de cera, como las de los barracones de feria.

¡Y pensar que lo que aquel hombre tenía entre sus manos era el cerebro de Benito Masson, el cerebro de un hombre que cuando menos había asesinado a siete mujeres! ... ¡Oh! ¡Qué poca importancia debía de tener para un sujeto como aquél la vida de un hombre como Birouste! Y el herborista, pensando en ello, notaba que la noche se hacía muy larga.

Dieron las tres en San Luis de la Isla.

¡No eran más que las tres!... ¡Y en diciembre!... En diciembre tarda mucho en hacerse de día...

Las tres y media... Las cuatro... ¡Y ningún movimiento!... ¿Qué intenciones se traería aquel hombre?... No parecía dispuesto a marcharse, ni mucho menos... Y si pasaba toda la noche allí con su Cristina, no tendría nada de particular que pensara pasar el día siguiente... Sabiéndose perseguido, se diría: «¿Dónde voy a estar mejor que en casa de este excelente Birouste, que hace cuanto me da la gana?».

Por lo visto, tendría que alimentarles.

¡Las cinco!

¿Acaso estaría durmiendo el tal Gabriel?... Cierto era que no le oía precisamente roncar... Pero ¡es que ni tan sólo le oía respirar!...

Luego de una noche semejante, se explicaba que hubiera caído en un sueño plúmbeo.

¡Oh la suprema esperanza!...

Birouste se levantó suavemente, muy suavemente, con toda suavidad...

No le crujió la silla, no le crujieron los zapatos... Para llegar a la puerta que daba al rellano sólo le bastaban cuatro pasos... O cinco: daba igual... Una voz en el rellano, poco le costaría bajar la escalera... Luego...

Birouste estaba decidido a jugarse el todo por el todo... Ya estaban los tres primeros pasos... Pero he aquí que al cuarto paso el suelo crujió de tal manera como para que el fugitivo se echara a llorar...

Y mientras esperaba que las lágrimas le saliesen, un sudor frío le helaba los miembros.

En diciembre y en el hospitalario cuartito del herborista no hacía calor.

El caso es que Birouste se quedó con una pierna en el aire.

Gabriel, que no dormía, se volvió y vio al amo de la casa no solamente con la pierna en el aire, sino con ambas manos levantadas.

Parecía un bailarín... Era como para que Gabriel se echase a reír; pero Gabriel no se reía nunca.

Gabriel se metió la mano en el bolsillo. ¿Iría a sacar el maldito revólver?... Pero no tardó en tranquilizarse el señor Birouste... Lo que el otro iba a sacar era la libreta... Además, los ojos de Gabriel ya no tenían miradas terribles, sino sencillamente una infinita tristeza.

«Se humaniza» —pensó el herborista, recobrando la marcha normal de la respiración y dejándose caer otra vez en la silla.

«¿Qué otra cosa me pedirá?» —se dijo.

Mientras tanto, el otro había escrito y el herborista leyó:

«*¿Tiene usted un armario de luna?*»

¡Claro está que tenía un armario de luna!... Y si un armario de luna podía hacer la felicidad de Gabriel, ¡seguidamente se lo daría!... ¡Hasta podía llevárselo!... ¿Para qué quería Birouste el armario de luna?... Lo tenía en la habitación de al lado... Así es que no había más que empujar la puerta...

—La habitación de al lado le pertenece —dijo el herborista—, como todo lo de esta casa. Y en cuanto al armario de luna, que es de caoba y recuerdo de familia, si puede serle útil...

Pero Gabriel no le escuchaba. Había ido a la puerta que daba al rellano, la había cerrado y se había quedado la llave para estar seguro de que Birouste no escaparía. Luego, con un gesto, le ordenó que se quedara en el dormitorio para velar a Cristina. Después entró en el cuarto de al lado, que también cerró con llave. Además, se había llevado la lámpara.

«¿Qué querrá hacer en ese cuarto? ¿Para qué se encerrará con un armario de luna?» —se preguntaba Birouste encendiendo una bujía con mano trémula.

La curiosidad, más poderosa que el miedo, llevó al señor Birouste a pegar un ojo a la cerradura. Y he aquí lo que vio...

Gabriel, con un gesto nervioso, se quitó la capa, se desabrochó el traje, se arrancó la corbata, que le daba varias vueltas al cuello, lo dejó todo sobre un mueble y por fin se quitó la camisa, con lo cual quedó desnudo hasta la cintura. Le iluminaba el resplandor de la lamparilla. Y la luna del armario le devolvía su imagen.

Miró aquella imagen como un joven dios que se mirase en un manantial.

—¡Qué piel! —había de exclamar más tarde Birouste ante el comisario—. Dulce, fina, satinada como la de una muchacha... Y ¡qué cuerpo!... Seguramente entre las estatuas del Louvre no habría nada más bello ni más perfecto... Porque supongo, señor comisario, que usted habrá ido algunas veces al Louvre... No siempre vivirá usted con asesinos, como yo tampoco vivo siempre con mis hierbas... A uno le gusta instruirse... Usted, pues, habrá visitado la sala de escultura antigua, donde está Aquiles, el de los pies ligeros, como se decía en mi buena época... ¡Eso es arte!... Allí no hay nada de cubismo... Esa estatua, por la regularidad de sus formas, por la armonía de sus formas, si vale la frase, podría servir como si dijéramos de regla métrica para las bellas proporciones del cuerpo humano... Pues bien: Aquiles me ha parecido una birria, una pura birria comparado con Gabriel... Y comparados con Gabriel son verdaderos abortos los Bacos, los Mercurios y *tutti quanti*... Digo lo que pienso. Claro está que yo no soy un artista; pero bien mirado, no hay ninguna razón para que un humilde herborista no sea sensible a la belleza... No prescindo, como es natural, del Apolo de Belvedere. Por cierto que los cabellos de Gabriel, que, como es natural, se había quitado el sombrero, me parecían bastante parecidamente peinados a los suyos, con la misma voluta sobre la frente que recuerda el rizo de las mujeres... Sí; el Apolo de Belvedere es lo más parecido a Gabriel... Pero tiene demasiadas costillas, se le ve demasiado la anatomía... Gabriel era, ¿cómo diré yo?, más fuerte, pero también más gracioso...

El comisario interrumpió:

—Con decir que era un Canova, ¡asunto concluido!...

—Yo no he visto nada de Canova y no soy partidario de la escultura contemporánea... Pero ¡sea por Canova!... Y no me negará usted que para un hombre que, como yo, gusta de las cosas bellas, pensar que en un cuerpo como aquél habían colocado...

—Comprendido —interrumpió el comisario—. Sigamos adelante... ¿Qué hizo entonces el Apolo de Belvedere?...

—¿Qué hizo?... Por de pronto, no se cansaba de mirar... Por lo visto, se gusta a si mismo... Claro está que hay que tener en cuenta que, a lo mejor, por casualidad, aquel hombre que era tan perfecto se miraba con unos ojos y sobre lodo con un cerebro...

—Ya, ya veo adónde quiere usted ir a parar...

—¡Es que Benito Masson era muy feo!...

—No lo pregunto nada de eso, señor Birouste... Las suposiciones de usted me son completamente indiferentes... Solamente le pregunto lo que ha hecho ese hombre al que usted llama Gabriel...

—Pues como le digo, se miraba en la luna del armario... Con la lamparilla en la mano, se miraba de arriba abajo... Daba vueltas y más vueltas... La mujer que por primera vez se pone un vestido de gala no se examina con más cuidado ni con más complacencia antes de presentarse al mundo que aquel hombre... Se pasaba la mano por los cabellos, acercaba la cara al espejo, se tocaba las mejillas, la barba, la nariz, los oídos, la boca... Parecía muy satisfecho de sus dientes... Y tenía razón para ello...

—¿Y no hizo otra cosa?...

—Estuvo más de un cuarto de hora dedicado a eso... De repente...

—¿Qué?

—De repente pareció que se acordaba de algo, se dio una palmada en la frente y corrió hacia sus vestidos... ¿Corrió?...

La palabra no me parece del todo exacta... Pero es que tenía una manera de andar tan especial, que a cada paso que daba parecía que fuera a correr, que fuera a levantarse del suelo, que fuera a tomar un impulso como para no detenerse en seguida. Pero se detenía inmediatamente y sin ninguna dificultad.

Se detuvo, pues, ante su ropa, registró en un bolsillo y sacó un pequeño llavero. Como estaba cerca y delante de mí, vi que todas las llaves eran pequeñas. Del anillo colgaban una media docena. Me llamaron la atención porque no eran llaves ordinarias. Estaban huecas, se parecían a las llaves de reloj...

Llaves en mano, se acercó al armario de luna. Yo, colocado como estaba, no pudo ver lo que hacía. Tenía la cabeza inclinada hacia adelante y la mano que sostenía las llaves cerca del pecho... Pensándolo bien, deduzco que la mano en cuestión tocaría el pecho izquierdo... Entonces se oyó un ruido especial, bastante parecido al de un reloj al que se da cuerda, o a la de caja de caudales que se quiere abrir. Luego cesó de repente el ruidillo. Gabriel aún hizo algunos gestos. Y de pronto lanzó un grito de horror, levantando las manos, que a continuación bajó...

Oí, entre otras cosas, un ruido seco, como de un cofrecillo al cerrarse. Al mismo tiempo, en sus movimientos desordenados, chocaba contra el espejo. Creí, ¡palabra de honor!, que iba a romperme mi armario...

Por fin se volvió... ¡Ay, señor comisario!...

Cuando se nos presentó en casa de la señorita Barescat, dio mucho miedo, sobre todo a las señoras... Pero entonces yo, que soy difícil de emocionar, notó que se me había puesto la carne de gallina... ¡Carne de gallina, sí señor!... Nunca había estado tan espantoso, tan terrible...

¡Qué ojos de asesino!...

Comprendí que no podía esperarse nada de aquella bestia feroz que iba a devorarlo todo. Se había lanzado sobre su ropa y con gestos espasmódicos buscaba su camisa...

Por fortuna, el estado en que se encontraba le hacía perder mucho tiempo... Entonces decidí aprovechar la ocasión para salvar a la desgraciada joven de las garras de aquel salvaje, y, naturalmente, para salvarme yo mismo... Si no lo conseguí en lo que respecta a la señorita Norbert, no fue por mi culpa, sino por culpa de ella... Además, se hallaba tan débil, que no podía ayudarme... Entonces arranqué una sábana, la arrollé como una cuerda, abrí el balcón, até la sábana como pude, y, a pesar del peligro que corría, no vacilé en lanzarme al vacío...

Yo, señor comisario, no soy un acróbata, sino un hombre que acostumbra a entrar y salir por las puertas... Lo otro, como diría la señora Camus, es cosa propia del cine... Y, además, los artistas, para el caso de que no les salga bien lo que hacen, tienen debajo un colchón que el espectador no ha de ver... Pero ya le digo que, a pesar de no tener esas habilidades, me atreví a bajar... Y es que se trataba de que ese Gabriel, ese lo que sea, no se llevara otra vez a la señorita Norbert.

Precisamente cuando yo iba a desaparecer, salió la joven del estado en que se hallaba, y dirigiéndose hacia mí aún pudo gritar:

—¡Sálveme, señor Birouste!...

—En seguida —le contesté—. ¡Espéreme, que vuelvo!...

Un minuto después me hallaba en la calle y caía, por decirlo así, en los brazos del señor Norbert y de Jaime Cotentin, que buscaban a Gabriel...

—No busquen más —murmuré—. Está en mi casa con la victima...

—¡Ábranos la puerta! —exclamaron.

—Aquí tienen las llaves —les dije—. ¡Y Dios quiera que lleguen a tiempo!...

—Yo me encontraba tan quebrantado, que no me sentía con ánimo para seguirles.

Me limité a advertirles:

—¡Cuidado, que lleva revólver!...

A lo cual me respondió el relojero:

—Eso revólver no está cargado...

Hay momentos, señor comisario, en que se realizan milagros... Entonces, por ejemplo, les seguí hasta mi casa, donde aquella fiera había hecho su guarida. Pero cuando llegamos al primer piso, o, mejor dicho, cuando llegaron, porque yo me había quedado en la planta baja, no había nadie, ¡nadie!... El pajarraco había volado, llevándose en sus garras a «la Virgen de la Île-Saint-Louis»...

IV LA AVENTURA DEL SEÑOR LAVIEUVILLE

El señor Lavieuville, propietario, soltero, filántropo y mayordomo de la parroquia, era un ex notario de provincias que había vuelto para acabar sus días a la Île-Saint-Louis, que había visto sus juegos de niño. Y vivía en la casa donde habían muerto sus padres.

Se trataba de una buena persona, que no tenía más pasión que la de hacer el bien con el dinero de los demás. Era prodigiosamente avaro. Por aquel tiempo había despedido a su antigua criada, se cocinaba él mismo y había reducido la servidumbre a la señora Langlois, que acudía siempre en las primeras horas de la mañana. (Por cierto que aquella mañana había faltado.) En la parroquia se le citaba como un ejemplo de abnegación y de pobreza voluntaria.

La «fábrica del templo» se enorgullecía de tener un mayordomo que pasaba por un santo. Siendo notario, hubiera podido especular con los fondos depositados en su casa por los clientes; siendo mayordomo, presidente, tesorero y representante de veinte sociedades de socorros, hubiera podido aprovechar la elasticidad de ciertos presupuestos de caridad o la manera de interpretar el concepto de gastos generales. Pero ni en un caso ni en los otros podía reprochársele nada. Apenas se permitía reintegrarse lo más decentemente posible el gasto de un pequeño automóvil de conducción interior (conducía él mismo y tendía al aire libre), que necesitaba para sus correrías por París y las afueras.

Su avaricia no dejaba de tener caracteres especiales. Con tal de manejar fondos, aunque fueran ajenos, se consideraba el más feliz de los hombres. Es más: prefería que el dinero fuese de otro, porque el manejo de fondos siempre presenta ciertos peligros.

Tocar billetes grandes le producía un placer infinito. Siempre los llevaba en la cartera, de la que nunca se separaba. Su mayor satisfacción consistía en presentarse en casa de gente pobre, a la que hacía exponer sus miserias, para luego mostrarles los billetes y decirles:

—Aquí llevo quince mil francos, y a pesar de eso soy más desgraciado que ustedes. Para remediar las miserias que veo diariamente necesitaría diez veces más dinero.

Y se marchaba dejando un óbolo...

Cuando le advertían la posibilidad de que le robaran, respondía que Dios protege el dinero de la caridad. Y como no contaba con Dios para proteger el dinero propio, no lo sacaba...

Todos estos detalles son necesarios para que el lector no se sorprenda demasiado ante la aventura del señor Lavieuville, acaecida en la Île-Saint-Louis a las seis y media de la mañana.

Era la mañana siguiente a la funesta noche en que hemos visto al esforzado Birouste frente a frente del terrible Gabriel. El viejo Norbert y su sobrino, una vez dejaron al herborista, luego de haber comprobado que Gabriel había huido de la herboristería llevándose a Cristina, continuaron investigando.

¡La Île-Saint-Louis había sido registrada por completo! ¡Qué noche habían pasado!...

Estaban extenuados, pero no sentían fatiga... El agudo sentimiento del peligro mortal que corría la desgraciada Cristina les impulsaba siempre hacia adelante... Al no encontrar nada en la isla, se habían decidido a atravesar los puentes. Interrogaron a vagabundos, a un borracho tendido en un banco, a un castaño que estaba encendiendo el hornillo... Dieron la vuelta al muelle de los Celestinos, se metieron por Geoffroy l'Asnier, sondearon todas las tinieblas de todos los callejones entre Saint-Paul y Saint-Gorvais, recorrieron la plaza de Notre-Dame y el muelle de la Tournelle... Finalmente, volvieron a la Île-Saint-Louis cuando ésta surgía de las nieblas del Sena, entre el lívido resplandor de las mañanas heladas... Y de repente, en la esquina del callejón donde vivía el señor Lavieuville, mayordomo, vieron la silueta de Gabriel, sin ningún género de duda.

Iba solo y caminaba rápidamente o, mejor dicho, corría. Dando un salto, llegó a la puerta de casa del señor Lavieuville. Jaime quería precipitarse hacia él; pero el relojero le contuvo, diciéndole:

—¡Cuidado!... No lo echemos a perder... Conviene que no se dé cuenta... Vamos a ver lo que hace... Ya sabes que no le podemos ganar corriendo...

—Pero ¿qué habrá sido de Cristina? —masculló Jaime Cotentin, gimiendo.

—Creo que habrá escapado. Y me figuro que estará en casa...

—¡Veamos, veamos!...

Con gran estupefacción vieron que Gabriel sacaba de debajo de la capa un llavero y, sin vacilar, introducía una de las llaves en la cerradura de la puerta de la casa del señor Lavieuville.

—¡Caramba! Entra en casa del señor Lavieuville...

En efecto: acababa de entrar... Entonces el relojero y Jaime dieron un salto...

—Si no queremos que se nos escape —dijo el viejo Norbert—, echémonos encima de él y derribémosle... ¡Le cuesta mucho levantarse y recobrar el equilibrio!

...

La puerta no estaba cerrada. Penetraron en la casa, y en la semioscuridad tropezaron con aquel a quien perseguían. El viejo le agarró de la capa y el sobrino dio un tremendo golpe en las piernas del raptor, que rodó inmediatamente sobre la alfombra, en la que el tío y Jaime le envolvieron con una decisión brutal que no permitía ningún movimiento de resistencia.

Por lo demás, no se defendía, ni desde que se hallaba en tierra hacía movimiento

alguno. Cuando no fue más que un fardo informe, lo sacaron entre los dos y se lo llevaron con lo mayor rapidez posible y arrimados a la pared hasta la calle del Santísimo Sacramento.

Sólo encontraron a Juillard, el recadero, que volvía del mercado y que apenas se dio cuenta de ellos, aunque murmuró al pasar unas frases incoherentes.

Cuando llegaron a casa, llamaron a Cristina, que no les contestó; se encerraron con el fardo en el pabellón del jardín y empezaron a desenvolver, no sin precauciones, la capa.

Estaban sudorosos, anhelantes, fatigados.

—¡Cuidado, cuidado! —repetía Jaime—. No hay que volver a empezar...

—¡Bah! *Mientras esté en el suelo no hay peligro...*

—Habrá que acostarle en la cama de báscula y no perderle de vista ni un minuto.

—Te quedarás con él, mientras yo voy a buscar a Cristina.

—¡Yo iré, yo!

—Con tal de que no haya ocurrido una desgracia... ¡Ay Jaime!... *¿Qué has hecho de mi autómeta?...*

—¡Calle!... Si se hubiera perdido todo, me saltaría la tapa de los sesos...

Jaime, para evitar toda sorpresa, había encendido la electricidad. Así es que se desenvolvían en una luz cegadora.

Estaban dispuestos a arrojarse sobre Gabriel al menor gesto sospechoso... Pero ambos lanzaron al mismo tiempo una sorda exclamación... El prisionero que habían hecho, que habían envuelto con la capa de Gabriel y a quien habían puesto el sombrero de Gabriel —sombrero que había saltado en el combate—, el prisionero que no se atrevía a moverse ni a lanzar un grito, de tan desmesuradamente espantado que estaba, no era Gabriel, sino el mayordomo señor Lavieuville...

En cuanto el viejo Norbert y Jaime Cotentin se dieron cuenta de su error, no tuvieron más que un pensamiento: producir la oscuridad donde reinaba tanta luz...

Luego de dar la vuelta a los conmutadores, ayudaron al señor Lavieuville a que se levantara y le hicieron salir cuanto antes del laboratorio.

Cogiéndole cada uno de un brazo, le llevaron hasta la relojería, donde el mayordomo se desplomó sobre una silla.

Continuaba cerrada la puerta de la calle y la del escaparate; pero la pálida claridad de diciembre penetraba por la ventana que daba al jardín.

El pobre mayordomo, que había reconocido al viejo relojero y al joven disector, dijo con voz desfallecida:

—¡Ay, señores míos!... ¡Qué cosas me están ocurriendo desde esta mañana!...

—¿Quiere usted tomar algo, señor Lavieuville?... ¿Quiere un poco de té caliente?

...

—¡No! Lo que deseo es volver cuanto antes a mi casa y avisar a la policía.

El relojero dijo con voz algo seca y hasta, en concepto del mayordomo, amenazadora:

—Antes de entrometer a la policía en todo esto, que es un asunto de familia, como le demostraremos al mismo tiempo que nos excusamos de un error de que usted ha sido víctima, haga el favor de explicarnos cómo es que usted lleva una ropa que no le pertenece y que nos ha inducido a equivocación respecto a su honorable personalidad...

—¡Claro está que no tengo ningún inconveniente en dar explicaciones!... Le advierto que esta ropa, a pesar de lo que pueda creerse, no la he robado... Me han quitado la mía y me han dado ésta en cambio... ¡Imposible nada más sencillo!... En cuanto a las condiciones en que se ha verificado un cambio tan desagradable, tampoco pienso ocultarlas. Quizá ustedes me darán la clave del enigma, porque yo, francamente, cada vez comprendo menos lo que me ocurre.

—Le pedimos perdón nuevamente, señor Lavieuville —añadió Jaime—. Pero no nos oculte nada, que está de por medio la vida de una persona...

—La vida que yo creí que estaba en peligro era la mía —dijo el mayordomo sacudiendo tristemente su cabeza grisácea—. Al fin y al cabo, me consolaría si sólo me costara la broma quince mil francos..., aunque no eran míos... Y tal vez habré de felicitar me de la intervención de ustedes, aunque haya sido violenta, porque me proporcionará un testimonio que reforzará mis declaraciones, si es que hay alguien que ponga en duda mi honradez, condición que, junto con la caridad, es la única razón de mi existencia en este bajo mundo...

—Tiene usted, señor Lavieuville, la estimación de cuantas personas le conocen —protestó el relojero—. Lo que no comprendo es la alusión a los quince mil francos...

—¡Quince mil francos, sí!... Ni un céntimo más ni un céntimo menos...

—De acuerdo, señor Lavieuville. Pero le rogamos que nos cuente en seguida lo sucedido.

—Esos quince mil francos pertenecen a la «fábrica de la iglesia». Yo tenía el encargo de convertirlos en bonos de la Defensa Nacional. Y como mi propósito, luego de haber oído la misa de las seis de la mañana y de haber hecho la visita cotidiana a algunas familias pobres del barrio y de los alrededores, era dirigirme al Banco, los llevaba encima, en la cartera. Al primer toque para la misa, salí de casa, saqué mi pequeño automóvil del garaje, que acaba de abrir, y subí al coche. Entonces quise saldar una pequeña cuenta que tenía con el vigilante, para lo cual saqué del bolsillo mi cartera y de la cartera un billete de cincuenta francos, del que el vigilante me devolvió cuarenta y cinco céntimos. Mientras contaba este dinero antes de ponérmelo en el bolsillo, no me di cuenta de que, en vez de guardarme la cartera en la americana, me la guardaba en el bolsillo interior del abrigo.

Mi abrigo, señores míos, hace honor a su nombre, pues está forrado de piel de

conejo y tiene el cuello de astracán imitado... Es una prenda modesta, sin embargo: propia, en una palabra, de una persona como yo, que ha dedicado lo poco que posee a aliviar en lo posible la miseria de sus semejantes... ¿No es bastante, en fin de cuentas, que un abrigo proporcione calor y sea cómodo?... Además, tiene o, mejor dicho, tenía el complemento de un forro de falsa nutria, que encierra bien la cabeza y con el cual puedo defenderme perfectamente del frío... Digo todo esto, porque son detalles que tal vez les resulten útiles y porque en una aventura como la que me ha sucedido no conviene olvidar nada...

Varios minutos después paró el coche, que yo guío, ante la puerta pequeña de la iglesia, que tan bien conocen ustedes... Yo les veo todos los domingos en misa con la señorita, cosa que, a decir verdad, me inspira mucha confianza en estos momentos... La misa la decía el abate Lequesne, a quien ustedes también conocen. Luego de terminado el santo oficio, fui a ver al señor cura a la sacristía. Y mientras se cambiaba de vestiduras, le hablé de algunas obras de caridad en las que intervenimos juntos. Luego él salió de la sacristía.

Volví a la iglesia solitaria, porque tengo la costumbre de hacerlo así, para gozar de la conversación a solas con Dios.

Luego salí por la puerta por donde había entrado, y ya me disponía a subir al automóvil cuando, de pronto, vi salir de detrás de la iglesia a un hombre que llevaba una larga capa, con la que procuraba cubrir un cuerpo humano, que me pareció de mujer... Aquel hombre, que tenía unos ojos terribles, saltó sobre mí, me amenazó con su revólver, me derribó de un rodillazo en el vientre (que todavía me duele), dejó en el fondo de mi coche la carga humana que llevaba, volvió sobre mí, me despojó en menos tiempo del que se emplea en contarle de parte de mi indumento, me lanzó la capa y el sombrero que llevaba él, cerró la portezuela, dio la marcha (el coche tiene una puesta en marcha interior eléctrica) y desapareció por el puente Sully...

Me levanté tan estupefacto y tan anonadado, que no tenía ni fuerzas para gritar.

Como hacía mucho frío, como soy muy friolero y como, sobre todo, temo las fluxiones de pecho y los constipados cerebrales, lo primero que hice fue envolverme en la capa de aquel energúmeno y ponerme su sombrero. Luego me dirigí a tropezones hacia la iglesia. Entré y no vi a nadie. No había que perder un minuto para avisar a la policía. Como en mi casa tengo teléfono, corrí a mi casa. Abrí la puerta. Y apenas acababa de entrar, cuando me vi atropellado y derribado nuevamente. Creí que el bandido había vuelto para rematarme. Así es que encomendó mi alma a Dios... Lo demás, ya lo conocen ustedes...

El relojero, con voz sorda, estremecida de dolor, dijo:

—Es muy sensible lo que lo ha ocurrido a usted, señor Lavieuville, porque le han molestado y le han robado. Quien le ha hecho esa injuria es un pobre loco, un pariente a quien mi sobrino y yo curamos en casa —añadió ruborizándose como un

niño cuando dice una mentira—. Por desgracia, ha concebido por mi hija, que está prometida con Jaime Cotentin, una pasión que ha hecho degenerar su enfermedad en locura furiosa...

Aprovechando un momento en que se ha relajado nuestra vigilancia, se nos ha escapado, se ha apoderado de mi hija y la ha maltratado bárbaramente... Mi sobrino y yo, al oír los gritos que lanzaba mi hija, echamos a correr... Pero el loco había atravesado ya el jardín y almacén, en el que cogió un revólver que yo había dejado allí para reparar... Cuando llegamos a la puerta de la calle, ya estaba lejos... Nos separaban la oscuridad, el viento, la nieve, la tempestad... Y desapareció con su presa... Cuando le hemos visto a usted con su sombrero y con su capa, hacía horas que le buscábamos...

—Ahora lo comprendo todo...

—¿Lo comprende ya, señor Lavieuville?... Comprenda usted, además, que le hablan un padre y un novio... Sabemos que no nos liemos de dirigir en vano a un corazón tan caritativo como el de usted... Pues bien: aún es pronto para avisar a la policía... ¡Se trata del honor de mi hija!... Semejante escándalo la pierde y nos pierde... Haremos lo posible para evitarlo... Ese loco no puede haber llegado muy lejos... Aunque se haya apoderado de su auto, ello servirá para seguirle mejor... Y el hecho de que se haya apoderado de su abrigo y de su gorro, también nos servirá para seguirle... Por lo visto, con su simplicidad de demente, se cree al abrigo de mis pesquisas...

—Gracias por sus buenas palabras, caballeros; pero ¿y mis quince mil francos?...

—Sus quince mil francos, señor Lavieuville, le serán devueltos junto con su automóvil, su abrigo y su gorro... ¡Denos un plazo de veinticuatro horas...!

V

LA AVENTURA DE FLOTTARD, FIGONERO EN PONTOISE

Flottard era figonero en Pontoise. Pero no era un figonero cualquiera, sino un figonero literario. Había estado empleado en casa de Salis, cuando el famoso tabernero pasaba por los hermosos días de «El Gato Negro», de la calle de Laval, luego de Víctor Massé.

Allí se había aficionado a las bellas letras y allí había comprendido que un hombre inteligente, vendiendo limonadas, puede dar un nuevo valor a su mercancía si la adorna con un poco de arte.

Sólo se trata de encontrar el género artístico... Flottard tenía un «hilillo de voz». Así es que se dedicó al cancionismo. Y como en sus tiempos de servidumbre y de la epopeya de Caran d'Ache le habían inculcado el amor a Napoleón, se había hecho bonapartista.

La conclusión de todo ello era que, desde quince días antes, cuando un turista que estaba al corriente de las cosas de la vida pasaba por Pontoise a la hora de almorzar, no dejaba de detenerse en el figón de Flottard, que a la hora de los postres cantaba gentilmente las canciones de Béranger: Perezca por fin el gigante de las batallas, decían los reyes. ¡Acudid todos, pueblos!, o aquella otra de: Para vosotros, jóvenes soldados, yo era como un padre (bis). No lloréis al paso, reclutas. No lloréis, sino marchad al paso, al paso, al paso. Y cuando un cliente encontraba la cuenta un poco exagerada, si oía al dueño del establecimiento cantando aquellas sabrosas canciones, no tenía inconveniente en aflojar la mosca.

Flottard había abierto su figón a la bajada de Pontoise. Para que todo no fuera dedicado con demasiado exclusivismo a la mayor gloria de Napoleón, el salón, con su gran chimenea, en que daban vueltas los asados, tenía mucha talla de madera, que le daba un aspecto medieval no exento de nobleza.

Sobre la chimenea había un busto de Napoleón en yeso. Las paredes estaban llenas de litografías que representaban la víspera de Austerlitz, la rendición de Ulm, la muerte de Poniatowski, el martirio de Santa Elena y la apoteosis de los bravos veteranos... Como no había podido encontrar un busto de Béranger, había comprado un extraordinario yeso que representaba a un viejo druida de barba fluvial que tocaba el arpa. En el zócalo, con el cuchillo de cortar el cuello a los pollos, había grabado esta palabra: «Béranger»... Y lo colocó en un lugar donde se le notara bien, a la entrada de los cenadores...

Aquel pobre Béranger estaba aquella mañana muy abandonado. Mientras se fundía el hielo de que la noche le había recubierto, Flottard, bien caliente junto al hogar que ya llameaba, hacía admirar a su mujer un cuchillo de cocina completamente nuevo, amplio en la base y fino como un alfiler en la punta, con buen

mango y bien afilado, fuerte y delgado a la vez, una obra maestra en una palabra. A lo mejor le había valido una medalla de oro al parroquiano que, en puro concepto de estómago agradecido, se lo había mandado en paquete certificado desde Chatelíerault.

—¡Y pensar —exclamó el figonero— que aún hay quien está entusiasmado con la cuchillería inglesa!...

—Me parece mal —repuso la buena mujer, que hacía calceta detrás del mostrador, con el pecho bien abrigado por una toquilla de lana.

—¿Qué es lo que te parece mal?

La mujer de Flottard era humilde y sumisa; nunca alzaba la voz delante de su esposo; siempre opinaba lo mismo que él; sólo le hablaba con respeto y temor, lo cual era desesperante para un hombre que, como él, gustaba de la discusión. Aquel estado de antagonismo latente que no tenía la ocasión de manifestarse —ocasión que Flottard acogería la mar de satisfecho, porque le daría ocasión para manifestar todo lo que almacenaba—, se originó muchos años atrás en cierta indiferencia apática que manifestaba la mujer de Flottard al oír hablar a éste.

No es que Flottard se desviviera buscando cumplimientos; pero le gustaban. Y precisamente su mujer era la única que no se había extasiado ante su «hilillo de voz»...

Un día acabó diciéndole:

—¿Te parece que canto mal?

La señora Flottard protestó suavemente, levemente. Si pensaba así, hizo bien en no expresarlo. Y, como es natural, en aquel momento en que Flottard contemplaba aquella hermosa muestra de la industria de Chatellerault mientras canturreaba entre dientes una de las canciones de su repertorio, no iba su esposa a cometer la imprudencia de decirle que la musa de Béranger le daba náuseas después de estar oyéndola hacía quince años...

Además, la buena mujer hacía bien tomando precauciones, porque su marido nunca había estado de tan mal humor, seguramente a causa de que durante dos días no había visto ni un cliente.

—¡Vaya un tiempo infernal! —exclamó. Y se puso a canturrear—: *¿De dónde salís, hombres negros?... ¡Oh Francia, reina del mundo, patria mía!... Levanta ya tu frente cicatrizada...*

Y no es que no pasaran automóviles. Es que no se detenían... allí. En cambio, se detendrían en otra parte. El verano anterior se había establecido un competidor un poco más lejos, en el campo, junto al río...

—En casa de mi rival —refunfuñaba Flottard— no se canta: se baila... Hay un aparato de música que suelta tangos y *shimmyes*... Dicen que es el progreso... ¡Vaya un progreso!... ¡Oh sociedad, sombrío y viejo edificio!...

Se detuvo un automóvil... No era, ciertamente, un coche de lujo... Era un cochecito de conducción interior... Flottard, detrás de las cortinas, acechaba al ocupante como un bandido de Calabria acecha al viajero desde detrás de las rocas...

Se abrió la portezuela. ¿Quién era aquél?...

Y en el breve, brevísimo espacio de tiempo, durante el cual estuvo abierta la portezuela del coche, el figonero vio... o creyó ver... un cuerpo femenino, tendido, una cabellera suelta, un rostro de muerta, sangre... Pero la portezuela, cuya cortinilla estaba corrida, chasqueó seguidamente. Quien descendió del automóvil era un tipo de cara inmóvil, de ojos muy raros, abrigado con una vieja prenda que tenía el cuello de falso astracán y que llevaba la cabeza resguardada por un gorro de nutria, también falsa, pero estropeada y calamitosa.

¡Vaya un cliente!...

Flottard no sabía si abrir la puerta o atrancarla.

Pero el otro penetró en la casa con una decisión turbadora y presentó ante los ojos de Flottard un papelito que llevaba preparado en la mano y en el que el figonero leyó:

«¿Tiene usted una manta de viaje?»

El interprete de Béranger, con un humor de mil diablos, le contestó:

—¿Ha tomado usted mi casa por un bazar?

El cliente, como si no existiera el figonero, se dirigió a su mujer. Flottard, aprovechándose de que la puerta estaba abierta, y preocupado por lo que había entrevisto, se llegó hasta el automóvil, abrió rápidamente la portezuela y volvió apresuradamente al figón en el preciso momento en que su mujer lanzaba un grito de espanto. El viajero, con un gesto brutal, quería despojar a la figonera de la toquilla de lana que envolvía su cuerpo, tan sensible al frío. Y con la mano que el gesto le dejaba libre, apuntaba a quemarropa con un revólver.

Aquello no había de sufrirlo un figonero que precisamente disponía de un cuchillo de Châtellerauld que estaba sin estrenar. Claro está que Flottard no pensaba estrenarlo en un huésped que no fuera de los que tenía en el corral; pero no siempre puede uno escoger las ocasiones. Y también está claro que aun cuando la mujer de Flottard no apreciara en su justo talento el valor que como cantante tenía su marido, no era una razón bastante fuerte para que éste dejara que la asesinasen a su vista y sin protesta de ninguna clase. Protestó, pues, cuchillo en mano y lo clavó hasta el mango en la espalda del temible y enigmático personaje que paseaba en su coche a una joven medio muerta y que tomaba un figón literario por un bazar de novedades...

Hemos dicho que le hundió el cuchillo hasta el mango. Y hay que añadir que penetró con la misma facilidad que si penetrara en una masa de manteca.

Entró, sí, hasta el mango. Conviene repetirlo, no por ello mismo, sino porque se dio el caso extraordinario, inaudito, desconcertante, fabuloso, extravagante, fenomenal, piramidal, sin igual, de que el interesado no pareció darse cuenta...

Ni tan siquiera se volvió. Luego de haberse apropiado la toquilla, y no queriendo pasar seguramente por un vulgar ladrón, le entregó un billete de mil francos. ¡Y esperó tranquilamente la vuelta!...

Como la mujer de Flottard, dado su espanto, no se tomaba prisa para cambiarle el billete, y como él, por lo visto, tenía prisa de marcharse, se volvió a meter el billete en la cartera, atravesó la estancia, pasando por delante de Flottard, que estaba petrificado, y subió al automóvil, ¡siempre con el cuchillo en la espalda!...

VI

UNA NOTICIA QUE SIEMBRA EL PÁNICO

¡Se habían acabado por algún tiempo las canciones de Béranger!... ¡Pobre Flottard!... ¡Nada de cantar que el amor, la amistad y el vino dispensan de toda etiqueta!... Flottard no pensaba más que en su cuchillo... ¿Y la mujer de Flottard?... No faltaría quien dijese que había escapado de buenas tratándose de semejante energúmeno... A lo que no podía escaparse era a la visión de aquel hombre que paseaba tranquilamente con un cuchillo a la espalda... ¡Era una visión obsesionante!

...

—Cuando le heriste —suspiró la mujer de Flottard—, creí que iba a caer fulminado.

Flottard no respondió, porque el fulminado era él. Si en medio de una tempestad le hubiera visitado de pronto el fuego del cielo, no le hubiera inmovilizado más junto a la pared, que le impedía caer, de lo que la sorpresa de lo sucedido le había petrificado en una mueca que daría risa si a la figonera no le diera ganas de llorar.

Por cierto que ésta aún tuvo fuerzas para murmurar confusamente varias cosas, pues lo que dominaba en ella era la sensación de haber sido librada de un gran peligro por la heroica intervención de su esposo; si el bandido no había muerto podía deberse a que la mano de Flottard había temblado en el instante supremo, o a alguna cosa parecida, como que el cuchillo hubiera entrado de través y se hubiera envainado en el abrigo, cuyo espesor hubiera amortiguado el choque de tal manera que el ladrón no se hubiera dado cuenta. La mujer de Flottard podía, pues, pensar cualquier cosa menos la verdad. Pero el protagonista estaba enterado. Sabía que su cuchillo había entrado hasta el mango en el hombre como si éste fuera de manteca, y sabía que el interesado se había preocupado menos que si le picara un mosquito.

En esto entró Durantin, el hortelano, que seguía de cerca joven Gustavo, empleado de un curial, el cual iba a tomar el aperitivo en casa de Flottard, donde había citado a su amigo Elias, mancebo de la botica de Arago, y que no tardó en llegar. También llegó el alegre Canard, a ratos electricista, vidriero, pulimentador de suelos, pintor de muestras, hombre, en una palabra, que todo lo hacía, aunque, a decir verdad, no hacía nada y pasaba el tiempo gastando bromas y admitiendo convites para beber. ¡Ya puede suponerse la transformación que en un hombre como él podía experimentar la historia del cuchillo completamente nuevo de Châtellerault que un viajero se acababa de llevar clavado hasta el mango en la espalda!...

Los que primeramente llegaron se asustaron de veras al ver el estado en que se encontraba el matrimonio Flottard. Y lo poco que comprendieron de las escasas palabras arrancadas a su emoción había aumentado en ellos el convencimiento de que el figonero y su esposa acababan de escapar a una espantosa desgracia. Cuando, acuciado por Canard, que era muy curioso y entrometido, Flottard, reanudando por

fin su respiración y el curso de sus ideas, hubo dado algún detalle de a increíble aventura, el hombre-enciclopedia se permitió, aunque parezca mentira, un vaso de buen vino...

A partir de ahí, y aunque el matrimonio continuaba con cara cadavérica, comenzó Canard a gastar bromas en las que le siguieron Gustavo, Elias y los tres criados, que habían acudido al oír las carcajadas, y que seguidamente hicieron coro al bromista.

En cuanto al hortelano Durantin, que todo lo tomaba en serio, había salido ya y esparcía en Pontoise el rumor de que habían intentado asesinar al matrimonio Flottard, «que se encontraba en una situación desesperada».

Un cuarto de hora después había doscientas personas ante el figón.

En aquel momento, un automóvil que venía de París a toda marcha detúvose en seco ante aquel hacinamiento tumultuoso. Del coche bajaron dos hombres, que pidieron explicaciones. Los dos hombres eran el viejo Norbert y Jaime Cotentin.

Dejamos a éstos con Lavieuville. Gracias a ciertos informes que el honorable mayordomo había podido comunicarles, y sabiendo que Gabriel había dirigido hacia el puente Sully el pequeño automóvil de conducción interior, se habían encaminado rápidamente hacia allá, habían comprobado que el perseguido se había parado en la esquina de la calle del Cardenal Lemoine y del bulevar Saint-Germain ante un garaje que acababa de abrir sus puertas y donde había preguntado por escrito si podían venderle o enseñarle un mapa de carreteras de Seine-et-Oise.

—Estaba mudo, ¿verdad?... Parecía tener mucha prisa ¡Vaya un tipo raro!... El gorro que llevaba sólo dejaba ver la punta de su nariz... Si he de ser franco, parecía que se ocultase... De vez en cuando volvía la cabeza... Por fin vio ese mapa en la pared... Se acercó y lo miró unos momentos... Su dedo siguió la carretera de Conflans, Pontoise y l'Île-Adam... ¡Y se marchó sin dar ni un céntimo de propina!...

Norbert y Jaime, que pensaban tomar un automóvil en aquel garaje, al ver que aún perderían un cuarto de hora, pararon un taxímetro que pasaba, prometieron al chófer una propina fabulosa y salieron de París por Asnières... En Argenteuil volvieron a encontrar huellas de Gabriel y de su auto, así como en Conflans... Luego, entre Conflans y Pontoise, perdieron el rastro... Por lo visto, Gabriel había abandonado la carretera principal. Perdieron un tiempo precioso, más de dos horas, registrando los alrededores. Por fin, cuando desesperaban de todo, volvieron a encontrar la pista y hasta adquirieron la certeza de que no le seguían de lejos, pues por lo visto debía de haber sufrido avería en pleno campo... Y se encontraron en la carretera de Pontoise que Gabriel había enfilado unos veinte minutos antes que ellos...

Al bajar de Pontoise vieron la aglomeración aludida y bajaron del coche con el presentimiento de que iban a oír hablar de Gabriel...

No pasaron muchos minutos sin enterarse de que el perseguido se detuviera allí.

La historia del atentado, y, sobre todo, del cuchillo hundido en la espalda del hombre, que no parecía darse cuenta, acabó de confirmarles en su creencia.

—¡Es él! —exclamó Jaime al oído del viejo Norbert—. Como hace tan mal tiempo, Cristina tendría frío y él no se atreverá a quitarse el abrigo por no llamar la atención con su traje. De ahí que quisiera robar la toca. ¡Pobre Cristina! ¡Soy un miserable!...

—¡Sí! —asintió el viejo Norbert—. ¡En marcha!...

Subieron al taxi mientras continuaban las discusiones en torno al suceso, que unos tomaban por lo trágico y otros como tema de risa. Cuando reanudaban la marcha, oyeron que Canard, en su tono jocosos, gritaba al figonero:

—¡Otra vez, Flottard, arranca el cuchillo cuando lo claves!... Además, ¿no ves que tu cliente tendrá dificultades para quitarse el abrigo?...

Norbert y Jaime esperaban dar con Gabriel entre Pontoise y l'Île-Adam. Pero el pequeño automóvil no había sido visto por allí. Así es que tuvieron que dar media vuelta y tomar el camino a lo largo del río Viosne. Tampoco por allí encontraron rastro alguno. Ni por allí ni por ninguna parte.

No vamos a detallar la serie de inútiles rebuscas a que se entregaron en días sucesivos, ni el lamentable estado de espíritu en que se encontraban. Esto pronto lo veremos.

Acababan de entrar, abatidos por la desesperación, en la tienda de la calle del Santísimo Sacramento, cuando los muchachos comenzaron a correr voceando los diarios de la noche. Gritaban:

¡Continúan los crímenes de Corbillères! ¡Dos nuevas víctimas!

—¡Es él! —exclamó el relojero—. ¡Ha vuelto a Corbillères!...

VII UN PARROQUIANO SINGULAR

He aquí un extracto de lo que contaban los diarios.

Hacía días que venían ocurriendo en Corbillères, y también en las oficinas de la Seguridad, hechos que en lo posible se había procurado tener ocultos, porque tenían la excepcional gravedad de hacer retoñar un asunto que se creía enterrado cuando se enterró al culpable...

Una criada joven que recientemente había llegado a la posada de «El Árbol Verde» había desaparecido una noche y había sido encontrada otra noche en el fango de un pantano de Corbillères, estrangulada como lo había sido Violette y llevando aún al cuello un lazo corredizo con el que se había hecho pasar a la pobre chica (Mariette tenía diez y ocho años) de la vida a la muerte...

Las huellas de un lazo semejante no habían podido ser encontradas en los restos de la pequeña Annie, que ya estaban consumidos cuando se hizo el primer descubrimiento de la tragedia de Corbillères. Pero dos días después de la desaparición de la desdichada Mariette, una viuda joven que, muerto el marido, vivía sola en su casita de los alrededores, fue encontrada en la bodega, estrangulada del mismo modo...

Como es de suponer, semejantes sucesos causaron una profunda emoción entre la policía y en los tribunales. Eran hechos que demostraban nada menos que la inocencia de un hombre al que se acababa de guillotinar. Las primeras diligencias se llevaron con el mayor misterio; pero el secreto con que se quería rodearlas no resistió a las murmuraciones, cada vez mayores, y, sobre todo, a la ola de terror que sumergió de nuevo a toda la comarca... Hacía cuarenta y ocho horas que los periodistas habían tomado cartas en el asunto. Mientras unos recorrían aquellos parajes, otros asediaban las oficinas policíacas. Y la terrible noticia —terrible para la justicia— estallaba como una bomba: ¡Benito Masson era inocente!...

¡Qué malos días iban a pasar la justicia y la policía!... Un redactor de *La Época* consiguió entrevistarse con el presidente del tribunal, el cual no pudo sustraerse a las preguntas apremiantes que, por boca del periodista, le hacía la opinión pública. Y salió del paso con el argumento que le había facilitado uno de los policías.

No cabía duda de que después de la ejecución de Benito Masson se habían cometido crímenes que recordaban singularmente la extraña muerte de Violette; pero aun admitiendo que Benito Masson fuera inocente de este crimen concreto, no por ello dejaba de ser menos culpable del asesinato de Annie, en la que no habían sido encontradas las huellas «de la clase de asesinato» que se encontró en las demás víctimas. A ello replicó el periodista que el hecho de que no hubieran encontrado huellas en Annie no demostraba nada. Y el presidente del tribunal repuso que el testimonio de Cristina Norbert no dejaba nada que desear para establecer la

culpabilidad de Benito Masson.

La opinión pública, que siempre es simplista, no pensó lo mismo. Su opinión se resumía diciendo que habían guillotinado a Benito Masson por crímenes que continuaban, y añadiendo que el interfecto había gritado que era inocente hasta cuando tenía cerca la cuchilla.

Así estaban las cosas cuando el viejo Norbert y Jaime Cotentin llegaron a «El Árbol Verde». No conocían el país. Y en el país no se les conocía. La señora Muche les acogió sonriente. Ya hemos dicho que la señora Muche estaba de un humor feliz desde que perdió a su marido. Y en los últimos acontecimientos no había nada, ciertamente, para transformar aquel buen humor en tristeza. Claro está que en su buen corazón había de dolerle el fin prematuro de la criada; pero estaba sirviéndole muy poco tiempo para que hubiera de profesarle una verdadera amistad. Y como después de aquella muerte misteriosa el mesón estaba siempre lleno, la señora Muche olvidó la parte lamentable del asunto para fijarse solamente en las ventajas...

El invierno era para «El Árbol Verde» una estación en que no se hacía nada o casi nada. Y he aquí que a la sazón la señora Muche se encontraba con que el negocio florecía como nunca. Los policías, los curiales, los periodistas, eran clientes habituales y le hacían una propaganda que atraía allí a todo el departamento. Los domingos llegaba gente hasta de París. Por la noche se vaciaba el mesón porque cada cual regresaba a su casa y los periodistas a sus respectivos periódicos.

De noche llegaron el relojero y su sobrino. Pidieron cena y dos habitaciones.

Antes de llegar a «El Árbol Verde» hablan pasado por Corbillères, donde se apearon del tren. Allí hicieron preguntas habilidosas; pero ninguna de las respuestas podía inducirles a creer que Gabriel hubiera estado allí. Desconocían el abrigo de astracán falso y el gorro de nutria no menos falsa. Se lanzaron, pues, por la soledad pantanosa. Y así llegaron a orillas de la laguna de aguas plúmbeas. Sabían que el abandonado pabellón que levantaba ante ellos su sombra lúgubre era la siniestra mansión de que tanto se había hablado. Por lo cerrado, parecía una tumba. Madera, ladrillo y cristal bajo un denso velo invernal: aquello escalofriaba. Lo dieron la vuelta, presas de los más sombríos pensamientos... ¡Allí había lanzado Cristina el primer grito de angustia! ¿Dónde estaría la joven?...

Si el otro había sido de veras inocente, aún cabía esperar. Esperaron. Hasta entonces, nada les demostraba que hubiera vuelto al horrible país donde continuaban los crímenes.

A través de bosques remontaron la colina, y luego descendieron al valle de las Dos Palomas, sabiendo que allí encontrarían el mesón de «El Árbol Verde» y a la señora Muche, que también había intervenido en el proceso.

Y he aquí que estaban frente a la cena, en la planta baja, haciendo charlar a la mesonera, cosa no difícil. Después de lo ocurrido últimamente, era una mujer

importante. Los diarios habían publicado su fotografía. Ello no le daba una alegría especial, pero estaba contenta de sí misma y de todo el mundo y llena de buena voluntad para con los clientes.

Tampoco ella había visto a nadie que se pareciese a la persona que aquellos señores le describían. ¿Cómo no lo hubiera notado? Las señas que lo daban eran muy llamativas...

Y les dejó diciéndoles:

—Perdonen, pero me llaman al reservado... ¡Son tan exigentes!... Les advierto que se trata de personas importantes, lores y sires, ingleses amigos de la Dourga, que no pueden aguantar la cocina de «Las Dos Palomas»... Según parece, ¡allí sólo les dan de comer arroz!...

Cuando se marchó, el relojero lanzó un suspiro. ¡No, no le había visto nadie!... ¡Oh, si no fuera él!...

—¡De no tener esa esperanza —suspiró a su vez Jaime Cotentin—, hace tiempo que me hubiera hecho justicia!... La única razón de mi conducta consisto en que siempre he creído inocente a Benito Masson... Si hubiera podido probar él mismo tu inocencia... LUEGO DE SU MUERTE...

—¡Calla!... ¡Calla!... ¡Comprendo lo que quieres decir!... ¿Y Cristina?... ¿Qué hemos hecho, Jaime, qué hemos hecho?...

Y el viejo relojero se puso a llorar.

—¡Estamos malditos, Jaime!... ¡Al hombro no se lo permite resucitar lo que ha muerto!...

—Entonces, tío, caminemos como los animales, con los ojos eternamente puestos en la tierra... Pero desde el momento en que una frente se ha vuelto hacia el cielo, hacia la luz, hacia la vida, estimo que no hay derecho a volver al fango... ¡Siempre hacia lo alto, criatura, siempre hacia tu creador!... Todas las religiones nos predicán la perfección. Y por la ciencia, ese esfuerzo hacia Dios, la alcanzaremos... El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, mito eterno del «ternario» y que llamamos la Santísima Trinidad, constituyen la verdad fulgurante y deslumbrante para quien no vuelve la cabeza, constituyen todo el panteísmo... El creador, la criatura y el hálito que les une forman un algo inseparable... ¡Pasamos el tiempo recibiendo la vida y dándola!... Unos la transmiten por la carne: ¡nos otros la hemos dado por el espíritu!... ¡No, Gabriel no es un sacrílego!...

—¡Quizá sea un crimen, en cuyo caso no resultas menos merecedor de la hoguera! —dijo el relojero limpiándose las lágrimas—. ¡Todas tus filosofías no nos devolverán a Cristina!

—¡Nos la devolverá, ya que es inocente!...

En aquel momento se produjo gran ruido en la escalera. Bajaban los clientes ingleses de la señora Mucho interpelándose con la mayor alegría, soltando risas

forzadas, bromas y roncadas exclamaciones en una lengua que no comprendían ni el relojero ni Jaime... Desembocaron y atravesaron la planta baja, los ojos brillantes, la cara tostada por el alcohol, fumando enormes cigarros y tiesos como un huso, sin doblar las rodillas, al caminar, en un equilibrio correctísimo y que demuestra en quienes lo mantienen el convencimiento de que cualquier choque, cualquier gesto, pudiera desequilibrarles...

La señora Muche, a la que acababan de pagar la cuenta, les seguía dándoles interminablemente gracias y con una admiración sin límites...

—¡Parece mentira que puedan resistir tanto! —exclamó cuando desaparecieron—. Me parece que no profesan la ley seca... ¡No han dejado ni gota!... Pero la verdad es que pagan regiamente... Y pueden, porque todos parecen millonarios... Son lores y sires, como ya he dicho... ¡Hasta hay uno que, por lo visto, ha sido rey de la India!... El más chocante es lord Backfield... Creo que ha sido embajador en Persia... Pero ¡qué manera de beber todos!... Son bien distintos del huésped que no bebía nada... ¿Por qué querría que se le sirviese en el reservado?...

—¿A quién se refiere usted? —inquirió inmediatamente Jaime Cotentin cambiando una mirada, ya llena de ansiedad, con el relojero.

—A un caballero que se hospedó aquí hace cinco días... Al principio estaba mudo...

—¡Oh!...

No podríamos expresar lo que había en aquel «¡oh!» que salió simultáneamente de los labios de los dos viajeros. Nos limitaremos a compararlo con el estertor de un agonizante...

—Era una persona digna de lástima... Fijándose en él, se le notaba que tenía una serie de tics... Caminaba como si bailase... Siempre parecía a punto de volar... No era antipático, sino más bien gracioso... Parecía tener la ligereza de un pájaro... Creo que se trataba de alguna enfermedad... ¡Hay muchas personas que tienen dificultades para mover la pierna!... Pero él parecía más pronto para reprimir sus movimientos, como si temiera no poderse detener... Seguramente era un mutilado de la guerra a quien habían reformado parcialmente... ¿Sería efecto de los gases? ¿Sería efecto de alguna explosión?... Lo que parecía bien claro era que no podía hablar por faltarle la barbilla...

—¿Lo faltaba la barbilla? —balbuceó Jaime.

—Llevaba una postiza... Y no estaba mal, aunque la parte baja de la cara apenas se movía... Lo que tenía magnífico eran los ojos, tan dulces y tan tristes... Mirándolos había que llorar... o enamorarse... Era muy guapo, a pesar de su aspecto miserable...

—¿Miserable? —masculló el relojero.

—Miserable, lastimoso... Cuando uno no tiene la cara completa, siempre da

lástima, aunque se la hayan arreglado muy bien. ¡Tiene una cara de estatua!... Pero estar mudo ¡no es nada agradable!... Se hacía comprender por señas o por breves frases escritas en un papelito... Pero no es que le faltase dinero, ¿eh?... ¡Comía bien, comía bien!... Beber, eso sí, no bebía... Es más: aunque decía que bebía agua, siempre tenía la botella llena... Solicitó ser servido en el reservado, cosa que yo atribuí al deseo de que no le vieran comer con la barbilla artificial... Por cierto que tenía un apetito feroz... ¡No despreciaba nada!... ¡Si se comía hasta los huesos de pollo!... Ni más ni menos que si comiese con una mandíbula de hierro... A no ser que guardase los huesos para algún perro... A lo mejor tenía un animal en casa para consolarse...

—¿Vino aquí solo?...

—Completamente.

—¿Dormía aquí?

—No... Tendría alquilado algo junto al río, al otro lado de «Las Dos Palomas». Me parece que vivirá solo como un hongo, asqueado de encontrarse así en plena juventud... La última vez que le vi no parecía muy contento... ¿Qué le habría sucedido?... Sus ojos, antes tan agradables, se habían vuelto muy antipáticos... Se le oía caminar por el reservado dando golpes a la pared... ¡Hasta rompió la botella!... Entonces entró y le pregunté qué le ocurría, pues aunque estaba mudo, no estaba sordo...

No me contestó... Se limitó a mirarme... Sus ojos eran otra vez tristes y dulces; creí que iba a llorar... Pero no creo que lllore mucho... Luego de pagarme, se marchó... Ya no lo he vuelto a ver. Era el día antes de descubrirse el cadáver de la pobre Mariette...

A la policía se lo dije cuando vino. He dado cuantos informes he podido sobre él, así como sobre todos cuantos han pagado por aquí en las últimas semanas... La policía le ha buscado, pero no le ha encontrado, por lo visto, ya que no me he enterado... Habrá huido. ¡Un hombre como él no puede encontrarse bien en ninguna parte!...

—¿Cómo iba vestido? —preguntó Jaime con la voz apagada.

—Como todo el mundo. De chaqueta y gabán, que, por cierto, no le sentaban del todo bien. Le sobaban por la espalda. Pero al parecer, aquello, como todo lo demás, le importaba un bledo...

Cinco minutos después, el relojero y su sobrino estaban en la carretera.

—¡Es él! —gimió Norbert apoyándose en Jaime—. Como un asesino, como lo que es, ha vuelto al teatro de sus crímenes. Les puede. ¡Solamente continúa él! Y Cristina no le acompaña.

—¡Cristina vive! —murmuró Jaime.

—¿Qué sabes tú?

—Sólo iba a esa posada a buscar la comida para ella, *ya que la comida desaparecía...* ¿Qué iba a hacer, si no, con esos alimentos?...

—Tienes razón —masculló el relojero—. Pero ¿dónde tendría a Cristina?

—Quizá en el mismo sitio que ahora...

El viejo Norbert comprendió aquellas palabras. Y los dos entraron nuevamente en el bosque y atravesaron la colina a cuyas faldas se levantaba el fúnebre pabellón, cerrado como una tumba, a orillas del estanque ya célebre. Era la guarida que los más curiosos no se atrevían a mirar sino de lejos; era la guarida donde el sátiro de Corbillères-les-Eaux quemaba a sus víctimas luego de haberlas descuartizado en la bodega. Los dos caminantes apresuraban el paso con una suprema esperanza y con un supremo terror...

VIII

LO QUE EL VIEJO NORBERT Y JAIME COTENTIN ENCONTRARON EN LA SINIESTRA MORADA DE CORBILLÉRES-LES-EAUX

Saltaron la pared que por detrás cerraba el pequeño cercado invadido de hierbajos, y que no era más que un caos desde que la justicia había pasado por allí excavando y revolviéndolo todo para encontrar lo que pudiese quedar de las víctimas de Benito Masson...

Una Luna pálida y fría acompañaba la lúgubre expedición con una mirada amiga.

El viejo Norbert estuvo a punto de romperse una pierna al dejarse caer. Junto al cobertizo que podría servir de cochera y de otras muchas cosas, cayó Jaime en un hoyo donde se desgarró la ropa, y del que salió a duras penas. La siniestra mansión parecía defenderse del asalto que iba a perturbar la paz miserable en que la tenía el miedo de los transeúntes desde que los representantes de la justicia salieron de ella, sellando las puertas.

Pero a ellos no les detenía nada. Como la puerta se les resistiera, violentaron con una azada una ventana, rompieron los cristales y entraron por allí.

Jaime dio al encendedor, vio sobre una mesa una bujía medio gastada y la encendió...

Estaban en la famosa cocina, frente al célebre hornillo que varias semanas después había de alcanzar un precio exorbitante en pública subasta.

En aquella horrible mansión no había nadie; pero por ciertos indicios dedujeron que había sido habitada no mucho tiempo antes...

¿Dónde mejor que allí para ocultar la última presa?... Allí estaría bien seguro de no ser molestado... Tal habría sido el primer pensamiento de su cerebro al salir del coma mortal en que le había sumido la acción del verdugo.

Cuando uno se despierta, suele encontrarse con el pensamiento que tenía cuando se cerraron los párpados... ¡Oh Corbillères, adonde Cristina había acudido tan imprudentemente a echarse, en cierta manera, en sus brazos!... Y al abrir los ojos otra vez se había encontrado frente a Cristina... Seguidamente la atrajo aquí, quizá para acabar la obra sangrienta para la que le había faltado tiempo... El viejo Norbert —a pesar de las palabras de Jaime Cotentin, que aspiraban a ser tranquilizadoras, pero en las que tal vez ni él mismo creía— pensaba con horror que tal habría sido la idea fija de su Gabriel, idea que, por lo demás, había seguido con una astucia denotada en todo...

Aquella huida en dirección opuesta al país que quería alcanzar, con objeto de esquivar toda persecución, a partir de Pontoise, desde donde habría vuelto bruscamente a París por Pierrelaye, cuando le buscaban por l'Île-Adam o por Chars..., ¡aquella huida era una obra maestra!... Había sido concebida con una

lucidez como para llenar de orgullo al disector por su obra, pero que hacía latir el corazón del viejo relojero, donde había espanto y trágico resentimiento para con el sobrino...

¿Podían dudar aún?... El silencio y abandono de aquella casa tras el paso de Gabriel, del que encontraron abundantes huellas, ¿no testimoniaban que, ¡ay!, llegaban demasiado tarde?

El viejo Norbert comenzaba a chocar contra las paredes como un borracho. Y en vano le gritaba Jaime:

—¡Nada prueba que la haya traído aquí!... ¡Nada prueba que no haya podido escapar antes!

Pronto recibieron la más funesta impresión. Al penetrar ya en el primer piso, en la habitación que daba al cercado, se encontraron con un desorden indescriptible. ¡Todo estaba trastornado por una lucha que habría sido atroz! Los muebles estaban por tierra, y, junto a la cama, cuya ropa había sido arrancada, frente al espejo roto en mil pedazos, encontraron ropa de Cristina, una bata de invierno que la joven vestía cuando el monstruo se la llevó tan brutal y ferozmente de la Île-Saint-Louis... Y aquella prenda no era más que un guiñapo lleno de sangre...

El viejo Norbert la cogió con un grito desesperado, y luego, vuelto hacia su cómplice, hacia su Jaime, le fulminó una maldición. Después, bajando como un loco la escalera, atravesando velozmente y a tropezones aquella casa maldita, se hundió en la oscuridad...

Arriba continuaba Jaime sus investigaciones. De una tabla derribada se había salido un cajón. Y cerca del cajón había unos papelea, que recogió: ¡estaban escritos con letra de Cristina!...

IX GABRIEL Y CRISTINA

Eran papeles rotos, arrugados, sucios, en los que la joven había escrito con lápiz notas apresuradas cuando creía poder disponer de unos momentos de soledad... Ya puede suponerse la febril ansiedad con que el disector recogió aquellos documentos. Los ordenó según la fecha, que a veces era la simple indicación del día de la semana y de las horas. Jaime leyó ávidamente:

«Cuando me he despertado en este cuarto desconocido estaba junto a mí. Me vigilaba con feroz hostilidad.

»Sus miradas me helaban. ¡Oh, Jaime, Jaime! Si lees estas líneas, sabe que te perdono. ¡Soy tan culpable como tú! Y papá también es culpable.

»¡Ay, creo que lo voy a pagar por todos!... ¡Porque él no nos perdona!...

»Piensa que yo he contribuido en gran parte a llevarle adonde tú sabes, ante la puerta del cementerio de Melun... ¡donde no lo has dejado entrar completo!...

»Tras el asqueroso castigo, ¡tenía derecho al eterno descanso! Y nosotros, ¡horror!, le hemos arrancado a la gran paz de la tierra...

»... para hacer de él ¡un *sujeto de viva experiencia!*

»¡Es un crimen, Jaime!... Tu crimen, y también el nuestro... Se nos castigará, y no antes de mucho tiempo.

»Él, que me adoraba, no tiene en sus ojos más que odio hacia mí. Y también el designio de arrastrarme con él a una catástrofe de la que no volverá, de la que no se le hará volver.

»Sus ojos me quemán; su cara, inmóvil, que he labrado con mis propias manos, para que sea más bello, me espanta como me espantaría una figura infernal que, esculpida en el mármol funerario, levantara de repente los párpados para mirarme fijamente.

»Sus hermosas cejas son dos terribles arcos cuyas flechas hacen sangrar mi corazón.

»¡No tengo fuerzas para reaccionar!... No sé qué languidez fatal corre por mis venas... Y me dejo caer en la sima de mi destino como en el hueco de un abismo sin fondo... ¡Qué cosa más terrible y más dulce!... Me siento agotada, como aquella pobre Bessie a la que un monstruo chupaba la vida; pero yo no tengo, como ella, fuerzas para pedir socorro...

»Te confío mi último pensamiento, Jaime: *sólo pido morir desde que en la muñeca de mi ensueño has puesto un alma de asesino...*

»¡Mi muñeca!... ¡Mi muñeca!... ¡En ella había puesto mi aliento, mi razón y mi alma!...

»Y tú, Jaime, ¿qué has puesto?

»¡Has puesto mi muerte!

»¡Qué importa!... Pienso en aquella madre inventada por el poeta, a quien el hijo cortó la cabeza, que se llevó en un cesto. Cayó el hijo y rodó la cabeza, preguntando: “¿Te has hecho daño, hijo mío?”.

»¡No, no quiero morir!... ¡Estoy en Corbillères!... ¡No quiero que haga conmigo lo que ha hecho con las demás!...

»¡No quiero correr la misma suerte que Annie! ¡Auxilio, auxilio!... ¡También yo pido socorro, Jaime!... Pero como en el caso de la víctima del último de los Coulteray, ¡llegarás demasiado tarde!... ¡Y sé dónde estará mi tumba!...

»He visto lo que Benito hacía con los restos de Annie. ¡Ya sabes dónde has de buscar mis cenizas!...

»¡Qué horror!... ¡Eso es lo que has hecho de mi Gabriel!... ¡No te perdono, no!... ¿Te parecía que le amaba demasiado? ¿Has hecho eso por celos?...

»¡Sé feliz!... Has sido mi verdugo...»

«Ha salido... He intentado huir; pero no se puede salir de este cuarto. Las que han pasado por aquí sabrían algo de esto.

»La ventana que da al jardín tiene barrotes, y la puerta es de una solidez a toda prueba.

»Sólo debe de sacarnos de aquí para llevarnos a la bodega, última etapa antes... ¡antes de lo que vi!... Me estoy volviendo loca. ¡Ten compasión de mí. Dios mío!...

»¿Serán imaginaciones mías? Cuando, hace poco, se ha marchado, sus ojos no eran tan odiosos.

»Oigo sus pasos en la escalera.

»¡Oh, qué miedo tengo!»

«Ha entrado. Llevaba en la mano un tazón de caldo caliente. Me lo ha presentado, suplicándome con los ojos que lo aceptara. Sus ojos eran dulces y tristes.

»Sólo me había con la mirada. Está mudo; pero pudiera hacerme señas. Un mudo tiene cien procedimientos para darse a entender. Él se contenta con mirarme. ¿Por qué no me escribe? Ya sabes que tiene “lo necesario para escribir”. Se lo pusimos, con sus llaves, en los bolsillos.

»Parece al corriente de muchas cosas... Sabe, por ejemplo, servirse de las llaves que le pusimos en los bolsillos... Tengo pruebas... Ayer oí el ruido de cierto engranaje, seguido de un terrible retintín de llaves. ¡Temí que entrara!...

»Pero no le vi por la noche...

»Y esta mañana ¡están tristes sus ojos!...

»Frente a un ser como él nunca se puede tener la seguridad de nada. ¿Sabes en qué pienso cuando me encuentro frente a él? En el monje Schwartz, el benedictino que inventó la pólvora y que luego de la primera deflagración siempre temía ver la

explosión de su mezcla...

»Pues bien: ¡yo siempre temo que estalle Gabriel!...

»*Un suero radiactivo le ha convertido en algo cuyas consecuencias no has medido en todo su alcance...*

»¡Ello aparte de que en la caja de los sesos has puesto el cerebro del hombre de Corbillères!... Tú has desencadenado la tempestad de sangre que me arrastra y que hará de mí algo parecido a la pobre Annie».

«Sale... Va en busca de mi alimento... Está triste porque no como, porque como tan poco... A veces, por el intersticio de las persianas, le veo salir de casa, lo que ocurre generalmente de cinco a seis, cuando ya es de noche... Sin duda va por provisiones... Yo espero diez minutos y me pongo a gritar como una loca, con la esperanza de que me oigan...

»Pero ¿quién va a oírme?

»Cuando anochece, nadie se atreve a pasar cerca de aquí. ¡Qué bien nos aísla el miedo ajeno!...»

«... También he oído hoy el ruido del engranaje seguido, como siempre, de la horrible danza de las llaves y del horrendo chasquido de su puerta... (¿Sabes lo que quiero decir, Jaime?) No ignoro que su mirada ha descendido al fondo del abismo interior.

»Cuando sube, luego de haber visto lo que ha visto por su puerta, siempre temo que llegue mi fin.

»Pero quizá él tema también lo mismo, ya que me ha querido como un salvaje. Y no ha entrado... Se ha limitado a dejarme oír la danza de las llaves detrás de la puerta y ha huido...»

«Según te decía, está al corriente de muchas cosas. Tengo, por ejemplo, el convencimiento de que en la segunda y suprema experiencia, cuando creíamos que la primera reacción nerviosa no se manifestaría antes de la segunda semana, cuando menos, oía ya...

»Hablábamos alrededor de él, sin ninguna preocupación porque ninguna señal exterior nos advertía que hubiera empezado a salir del coma; pero si bien aún no podía hacer ningún gesto, el cerebro oía... Se conocía ya gracias a nuestras imprudentes palabras...

»Oía las observaciones cuando tú, como un profesor que hace una demostración sobre un paciente anestesiado, te inclinabas sobre su abismo interior...

»Y como estaba despierto, *¡te oyó cerrar la puerta!*

»Y oyó mover las llavecitas.

»¡Y supo para qué servían!»

«¿Adónde llegará? La situación no puede durar... ¿A qué aspira?... Se pasa el tiempo en el jardín...

»Por el intersticio de las persianas le he visto pasar con herramientas, con una pala, con una azada...

»Le oigo cavar la tierra.

»¡Y tengo miedo!...

»¡No las quema!... El fuego se ve desde lejos... *En casa de Benito Masson no puede salir humo por la chimenea...*

»Luego cava la tierra...»

«Esa zarabanda de las llaves es infernal... Si yo pudiera dormir, me lo impediría...

»Cuando menos lo espero, cuando me amodorro en un sopor animal, viene de pronto a herir mis oídos y a llenarme de nuevo espanto.

»Él —claro está— lo sabe. Y yo también sé lo que quiere decir cuando agita sus llaves, cuyo ruido le precede en la escalera como una risa demoníaca...

»Sí, sí... He hablado de la zarabanda de las llaves; pero lo que hay que temer es su risa, su carcajada...

»Sustituyen la risa espantosa que no puede tener, pero que seguramente tendría si pudiese reír luego de haber bajado de un vistazo, de un solo vistazo, al fondo de su abismo interior...

»Parecen decirme: ¡También tú sabes lo que hay en el fondo de este abismo!... Nada ignoras de mi mecanismo...

»Y diríase que ríen a carcajadas...

»Y se van, bajan, se alejan... Ya no son más que un lamentable tintineo...»

«Hoy sus ojos están más tristes que nunca, sus gestos son lentos y tranquilos, su actitud denota un grandísimo abatimiento... Me parece que se mueve muy lentamente... Y espero, espero...

»¡Tanto como esperé su primer gesto!... Ahora no tengo más esperanza que la de que vuelva a su nada, que se aniquile... ¿Recuerdas, Jaime, lo que, según decías, temías entonces?... Temías que la sutura se hiciera con demasiada rapidez...

»Y es que, tras las primeras reacciones, entreveías, como consecuencia, una depresión demasiado rápida... ¡Haz, Señor, que esto no sea una ilusión!

»Se vuelve lento, ¡se vuelve lento!»

«¡Jaime, Jaime, Jaime!... Se paraba para saltar mejor... La espantosa máquina se

ha despertado...

»Ya no es Gabriel... Ya no es ni tan siquiera Benito... ¡Es un horrible torbellino!

»Hemos desencadenado una faena insospechada de la naturaleza...

»¡Una tromba, un ciclón!...

»¡Me ha roto, me ha desgarrado!...

»¡Y va a volver!... ¡No, no quiero que se me lleve, no quiero que me baje!... ¡Sé lo que ha hecho con las otras abajo, en el matadero!...

»Pero no me quedan fuerzas, no me quedan fuerzas...

»¡Ya no soy más que una pura llaga!...»

X

UN MARTILLAZO EN EL CRÁNEO DE BESSIÉRES, DIRECTOR DE LA SEGURIDAD GENERAL

La emoción causada por la «continuación de los crímenes de Corbillères» no hacía más que aumentar. La opinión pública estaba indignada. Olvidando, naturalmente, que había sido la primera en exigir que se condenara a muerte a Benito Masson, acusaba ahora a la policía, al tribunal y al jurado de que, como siempre, había obrado sin pruebas definitivas.

El pobre encuadernador (así se le llamaba ahora en los sucesos) había sido víctima, seguramente, de una espantosa maquinación —no se decía cuál—; pero como los crímenes continuaban, ya no podía dudarse de su inocencia.

En la gran prensa, la más encarnizada polémica ponía frente a frente a los líderes más populares. La justicia había encontrado defensores. Se había publicado una entrevista con el presidente del tribunal. Y se movió gran polvareda en torno a una declaración del procurador de la República.

—El hecho de que en Corbillères continúen los crímenes —decía el magistrado— no demuestra nada en favor de la inocencia de Benito Masson. Lo único que demuestra es que Benito Masson ha tenido uno o varios imitadores. No es la primera vez que una epidemia de esa clase se manifiesta en comarcas donde los espíritus han podido encontrarse en cierta manera sugestionados por los acontecimientos...

—Si ha tenido imitadores, que los encuentren —se replicaba al procurador de la República.

En realidad, se les buscaba.

Y se decía, además, que al jefe de la Seguridad General, señor Bessières, se estaba tratando de sustituirle. Ya puede suponerse, pues, la acogida que hizo, la mañana en que nos trasladamos a su despacho, al ujier que le anunció la visita de alguien que deseaba hacerle revelaciones de la más alta importancia sobre los crímenes de Corbillères...

—¡Que pase! —gritó.

Y al mismo tiempo oprimió un timbre colocado debajo de la mesa.

Mientras entraba el anunciado personaje, un supuesto «secretario» se instalaba en una mesita donde había «todo lo necesario para escribir», cuando no se escribe a máquina.

Bessières, luego de hacer una señal a su empleado, se encaró con el recién venido, que era un viejo.

Estaba muy agitado, congestionado e inflamado. Miraba al jefe de la Seguridad General con ojos de extravío. «¿Será un loco?», se preguntó al momento Bessières. Pero el visitante a pesar de su agitación, le pareció normal cuando le oyó declarar de corrido:

—Puede usted estar tranquilo, señor director, porque la justicia no ha condenado a un inocente. Hay una razón para que continúen los crímenes de Corbillères. Y esa razón, casi soy yo solo el que la conoce...

—Pues hay que decírmela, señor mío. Haga el favor de sentarse...

—No puedo estar sentado. ¡Si supiera usted, señor director, la noche que he pasado!...

—Ya me lo contará luego; ahora...

—Se lo diré todo, le diré toda la verdad... Es preciso que usted sepa, que todos sepan...

—Lo que se necesita saber es la razón de que continúen los crímenes de Corbillères —precisó Bessières, temiendo que aquel hombre excitado se perdiera en consideraciones personales o ajenas al asunto.

El anciano se inclinó sobre Bessières o, mejor dicho, proyectó sobre él una cabeza en que fulguraba la prodigiosa emoción de su alma en desorden, y su boca profirió:

—¡Los crímenes de Corbillères continúan porque Benito Masson no ha muerto!

El mundo es un teatro, la vida es una comedia y a menudo un drama, y los hombres, cómicos, más o menos hábiles, silbados o aplaudidos, pero siempre ardiendo en el deseo de atraer hacia ellos la atención de sus contemporáneos. Es incalculable la influencia que ciertos asuntos judiciales pueden ejercer sobre los espíritus que siempre han pasado por bien «equilibrados». La casualidad les ha relacionado con «el asunto». Quieren brillar en primera fila. Y ¿qué no inventarán para aumentar la importancia de sus papeles, para dar más relieve a sus testimonios? ... Bessières era muy veterano en su oficio para no tener prevenciones. De todos modos, aunque estuviera acostumbrado a no asombrarse de nada, no esperaba aquel golpe...

¡Vaya una explicación! Los crímenes de Corbillères continuaban porque Benito Masson no había muerto...

Y Bessières repuso al anciano:

—Eso, ¿lo ha descubierto usted?

El otro, que parecía cada vez más excitado, replicó:

—Voy a decirle inmediatamente todo cuanto sé...

Bessières, sonriendo sarcásticamente, le advirtió:

—Convendría que antes de decir algo, lo pensara, lo reflexionara bien, señor... A propósito: aún no me ha dicho usted su nombre. Pero es una formalidad de la que luego se encargará mi secretario... ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí! En que Benito Masson no ha muerto, pero ha sido guillotinado...

—¡No, señor!

—¡Cómo! ¿No ha sido guillotinado?

—¡Sí, señor!

—Por lo tanto, ha muerto...

—¡Ay!... ¡Por favor!... ¡Deje que me explique!... ¡No soy un loco!... Se enterará de todo y me devolverá a mi hija.

—No tengo el honor de conocerla, caballero... Además, tengo una cita de urgencia... A esto caballero, que es como si fuera yo, puede darle su nombre, sus apellidos y sus señas personales... Y no le negará nada de lo que pueda serle agradable...

—¡Mi hija, caballero!

—¡Él se la devolverá!... Nada hemos de negarle...

Bessiéres, que había hecho otra señal a su pseudo secretario, se apresuró a dejar al visitante frente a frente con quien era como él mismo...

Ya ha llegado el momento de conocer a este personaje, que ha desempeñado su papel entre bastidores del asunto Masson, en una esfera que los poderes públicos han dejado en una sombra inquietante...

A aquel agente se le conocía por el *Emisario*, desde hacía más de veinte años, en todos los servicios de la policía de la Seguridad General, de la Seguridad a secas, de la Prefectura y hasta de provincias. Su verdadero nombre era Lebouc, que, por cierto, se presta bastante a jugar con el vocablo, ocasión que no perdían sus compañeros y quienes le conocían.

He aquí el origen de su mote.

Se remontaba a cierto asunto político que interesó bastante en todo el mundo. Para vigilar a un personaje cuyas acciones se sospechaba que eran temibles, al mismo tiempo que contrarias al concepto normal de una sana justicia, se había necesitado un agente de indudable audacia e inteligencia, pero a quien se pudiese desautorizar si los acontecimientos tomaban un giro inquietante, para no ser responsables de la iniciativa.

Lebouc había empezado muy joven en los bancos de la cárcel correccional. Sin embargo, no tenía el alma vulgar de un granuja; todo lo más, la de un arribista... Tras su tercera experiencia de la vida, que, como las dos anteriores, le había llevado ante los jueces, estimó que había escogido un mal camino para llegar...

Harto de que le detuvieran, se pasó al bando de los que detenían, es decir, se hizo «indicador».

Y no tardó en distinguirse.

No era un cualquiera. Tenía ideas generales, estaba instruido, en muchos asuntos de importancia dirigió a quienes le enviaban informes que se destacaron tanto por la lógica policíaca como por la forma literaria que sabía darles. Además, era valiente.

En el caso antes aludido se buscó a Lebouc, quien sintió mucho orgullo por ello; salió en bien de la misión y mereció la completa confianza de sus jefes. El personaje vigilado era todavía más poderoso que culpable y tenía amigos decididos a todo para

salvarle. El sacrificado fue Lebouc, quien aceptó su martirio, largamente remunerado, con una gran humildad. Durante algún tiempo no se utilizaron sus servicios; pero cada vez que se presentaban operaciones delicadas, como la que tan alta reputación le valiera entre la policía, se pensaba en Lebouc y se le empleaba con otro nombre. Entre los que estaban «al tanto» acabó por quedársele uno solo de aquellos nombres: el Emisario.

Bessiére, a lo largo de su brillante carrera, había tenido ocasión de apreciar las cualidades del Emisario, su despierta inteligencia, su discreción absoluta, y, sobre todo, aquella sonriente facilidad con que siempre estaba dispuesto a dejar que le «desautorizaran».

Esto basta y sobra para explicar la presencia en las oficinas de la calle de las Saucedas de un hombre que había sido antaño «la perla de la calle de Jerusalén».

Lebouc estuvo más de una hora a solas y frente a frente con aquella especie de loco que Bessiéres, con una señal, le había encargado de despedir.

Mientras tanto, el jefe de la Seguridad General se había dirigido por los pasillos interiores que unían sus oficinas con el Ministerio del Interior a visitar al ministro, con el que precisamente se encontraba uno de los altos funcionarios de la justicia. Sólo hablaron del asunto que preocupaba a París, del asunto de Corbillères. La entrevista fue agitada. Cuando Bessiéres volvió a su despacho y encontró a Lebouc, le dijo:

—¿Se ha librado ya del loco?

El agente respondió:

—Acaba de irse; pero volverá.

—¡Cómo! ¿Volverá?

—Sí. Le he dicho que vuelva esta tarde a las seis.

—¿Habla usted en broma?

—Ya sabe usted que no me gusta bromear... Quizá ese hombre esté loco, pero a mí no me consta con certeza... Yo, en nuestro oficio, tengo el sistema de no considerarme seguro de nada... de todos modos, era interesante oírle... Eso viejo era, ni más ni menos, el relojero de la calle del Santísimo Sacramento, la bija del cual fue encontrada en la casita de Corbillères...

—¿Y qué?

—Es difícil de decir... Se trata de un hombre de quien ya tuve que ocuparme cuando el asunto de Benito Masson... Sólo se dedica a problemas mecánicos completamente excepcionales... Ha inventado una especie de escapo con ruedas cuadradas. Pero en fin, baste decirle que, según sus colegas, hace años que busca el movimiento continuo...

—Se le nota...

—En efecto.

—Pero... ¿qué?

—Cuenta, asegura...

—Diga, diga.

—Antes, unos detalles todavía... Es tío de un tal Jaime Cotentin, disector en la Escuela de Medicina, y a quien allí se le guardan muchas consideraciones... Al parecer, se trata de un sujeto extraordinario... Para mayor seguridad le he telefoneado...

—¿A quién?

—Al profesor Thuillier.

—¿Para qué?

—Para saber lo que había que pensar del disector.

—¿Y qué?

—El profesor Thuillier me ha contestado textualmente que tenía a Jaime Cotentin en la más alta estimación y que le consideraba como una de las futuras glorias de la cirugía, como el continuador de los Carrel y de los Rockefeller... ¡Nada menos que de Rockefeller!...

—¡Ya, ya! Esos son los que hacen revivir los tejidos humanos que recomponen a las personas, ¿verdad?

—Sí. Y parece ser que Jaime Cotentin recompone también a los muertos.

—¡Caramba! Veo que el viejo ha influido demasiado en usted.

—Nada de eso. Y aún lo he de comunicar otra cosa.

—Hable o déjeme en paz.

—He querido asegurarme de un detalle.

—¿De qué detalle?

—De un detalle que tiene su importancia. Recordará usted que la Facultad, una vez ejecutado Benito Masson, reclamó su cabeza.

—Así suele hacerse...

—Pero ¿sabe usted adónde llevaron la cabeza?

—¡A la Escuela!

—No, señor. ¡A la relojería!

—¿A la relojería? ¿Le faltaba alguna pieza?

—Perdón... Es que el disector vive en casa del relojero.

—¡Ya!

—Claro está que todo esto parece fantástico... ¡De acuerdo!... Pero como yo, por principio, nunca estoy seguro de nada, he de escucharlo todo... Y he aquí lo que me ha contado el viejo... Dice que ha confeccionado un autómeta.

—¿Un autómeta?

—Sí... Pero no me mire de esa manera, porque no seguiré adelante...

—¡No le miraré!...

—Pero ¿continuará escuchándome?

—Por ser usted y por darle gusto... Quedamos, pues, en que el loco ha inventado un autómeta.

—Sí. *Un autómeta cuya armazón interior ha dotado el disector de una red de nervios...*

—¿De nervios o de cuerdas de violín?

—¡De nervios, de verdaderos nervios humanos!...

—Pero ¿qué está usted diciendo?... ¿Cómo iban a vivir esos nervios?

—*Bañándose en un líquido igual al suero empleado por Rockefeller para conservar indefinidamente la vida de los tejidos y sometiéndolo, además, a la acción del radio.*

—¡Caramba!... ¿Y qué más?

—Muy sencillo: *al autómeta no le faltaba más que un cerebro. Y le han puesto el de Benito Masson.*

El señor Bessiéres se quedó estupefacto, turulato.

Cuando pudo recobrar la respiración, dijo:

—Francamente, creo que habría que encerrarle a usted.

—Tal vez.

—Tal vez, no. ¡Seguramente!

—Siempre he hecho lo que han querido de mí. Mientras tanto, continúan los crímenes de Corbilléres...

—Y ¿qué voy a hacer yo?... ¿Voy a contarle a la gente la paparrucha de la muñeca del viejo?... ¡Si al menos se rieran tanto como para olvidar lo demás!... Precisamente acabo de tener una escenita en el despacho del ministro... Y ahora quiere usted tomarme el pelo... ¿Y le ha dicho usted a ese energúmeno que vuelva a las seis?

—*Si. Por la cuestión de su hija... Porque... es un hecho que le han robado a la hija...*

—¿Quién?

—Esa muñeca, ese muñeco.

—¿Su autómeta le ha robado a su hija?

—Eso dice... Pero cálmese, que no hay para indignarse. Sólo hay para asombrarse, como yo, o para echarlo a broma... Si quiere usted que hablemos de otra cosa...

—Al fin y al cabo, quizá tenga usted razón, Lebouc... Siempre hay que escuchar a los niños y a los locos, aunque en el mundo no haya seres más embusteros... A veces, una sola palabra basta para mostrar una buena pista... Diga, diga...

—Hágase cuenta de que escucha al viejo... Según él, Benito Masson, como se supo a raíz del proceso, estaba enamorado de su hija Cristina... El disector, como

necesitaba un cerebro para ponérselo al autómeta, y como no encontraba nada mejor que utilizar el que le traían de Melun, o sea el de Benito Masson, utilizó éste. Y ha ocurrido, lógicamente, que el primer gesto del autómeta, al dar señales de vida, ha sido llevarse a Cristina... Parece ser que se arrojó sobre ella como un salvaje.

—No tengo ganas de reír, Lebouc, pero creo que me hago poco favor al escuchar en serio esas cosas que en serio cuenta usted.

—Le hablo en serio porque hace mucho tiempo que nada me causa risa. Y, además, por un detalle que tiene su importancia... El muñeco, antes de marcharse con Cristina, dejó un papel escrito sobre la mesa, papel que el viejo ha traído aquí... Yo lo tengo... Lo que ha escrito no es nada largo: «¡Soy inocente!».

—La idea fija...

—¡Calma!... Tenemos otros papeles de Benito Masson en los que escribió la misma frase... Y he hecho traer los legajos que mandamos venir de Melun cuando el asunto de Corbillères, que creíamos concluido, resurge nuevamente... Aquí están: ¡compare!...

—Suponiendo, Lebouc, que se trate de la misma letra, cosa que está por demostrar, no pretenderá usted hacerme creer que el papelito no date de antes de su muerte... Se está usted colando...

—No lo creo.

—Pues me está tomando el pelo.

—No tengo aficiones de peluquero.

—¡Lebouc! No tiene usted más que un procedimiento para hacerme olvidar esas bromas de mal gusto... Va usted a irse a Corbillères con poderes para todo... En fin de cuentas, quizá Benito Masson fuera inocente... En ese caso, *tanto peor para los señores de la Justicia*... Conque, Lebouc, ¡a descubrir al culpable o a los culpables! Y no tema nada, que aquí estoy yo para sostenerle.

—En eso confío.

—Puede confiar... Pero ¿quién va ahí? ¡Adelante!

—Señor director, una persona que no ha querido decir su nombre me ha entregado este sobre de parte del abogado general, señor Gassier.

Bessières rompió el sobre apresuradamente, y leyó:

«Le envío, mi querido director, a uno de *nuestros amigos*. Está relacionado con el asunto de Corbillères. Le contará cosas interesantes. *Escúchele hasta el fin, porque el señor Lavieuville está sano de cuerpo y de espíritu*».

—Vaya una recomendación —dijo Bessières arrojando el papel sobre la mesa del comisario.

—¡Hombre, Lavieuville! —exclamó Lebouc—. Precisamente el relojero ha hablado de un Lavieuville.

—Que pase —ordenó el jefe de la Seguridad General.

Y entró un hombre que tiritaba en un abrigo de ocasión, con los zapatos manchados de una nieve fangosa, con la espalda doblada, la frente inclinada y los ojos oblicuos.

—Les pido perdón —comenzó diciendo—, por presentarme en esto estado; pero desde que me robaron mi pequeño automóvil...

—Siéntese... Usted, desde luego, es el recomendado del señor Gassier...

—De no ser así nunca me hubiera atrevido a venir... Les pido la mayor discreción... Es una cuestión de vida o muerte... Yo, caballero, soy Lavieuville, mayordomo de San Luis de la Isla... Tenía un pequeño automóvil de conducción interior...

—Perdone, señor Lavieuville... El señor Gassier me dice que usted deseaba hablarme sobre el asunto de Corbillères...

—En ello estamos, señor director. Mi coche me lo ha robado Benito Masson.

—¿Y se le ocurre a usted reclamarlo ahora, al cabo de tanto tiempo?

—No tanto tiempo. Sólo hace ocho días.

—Olvida usted que a Benito Masson se le ejecutó hace más de tres semanas...

—Por eso vengo a verle. Lo que me sucede es inconcebible. Le repito que de no ser por el señor Gassier, a quien se lo he contado todo, pruebas en mano, jamás me hubiera atrevido a venir a verlo.

Bessières levantó los brazos, se dejó caer sobre una silla, se cogió la cabeza con las manos, presa de un furor sombrío, que, sin embargo, consiguió dominar, y dijo ferozmente al visitante:

—Le estoy escuchando ya.

—Tengo una asistenta a la que se conoce con el nombre de señora Langlois...

—¡Vaya por la señora Langlois!

—Algunas noches va a tomar manzanilla a casa de la señorita Barescat, que tiene una paquetería...

—Perfectamente.

—También van la viuda de Camus, que alquila sillas en la iglesia, y el herborista señor Birouste...

—¿Nadie más?

—Le advierto que yo no formaba parte de esa reunión.

—Entonces, ¿por qué me habla de ella?

—Porque está muy relacionada con lo que voy a decirle... Mi asistenta está muy enferma, señor director...

—Pues lo siento mucho.

—Hay que sentirlo, porque de haber estado mejor me hubiera acompañado... La señorita Barescat y la viuda de Camus están mejor, pero no se atreven a comprometerse ni a salir de casa... En cuanto al señor Birouste, aún no se ha

levantado de la cama luego de la espantosa aventura...

—¿De qué aventura habla? ¿De la de usted o de la de ellos?

—Es la misma, caballero. Pero tiene dos actos. El primero se ha desarrollado durante la «manzanilla» de la señorita Barescat... La señora Langlois fue asistente de Benito Masson...

—¿Y no la asesinó?

—*Todavía no...* Pero tal como van las cosas, *puede asesinarla un día u otro...* Por eso he venido y por eso el señor Gassier...

—El señor Gassier se ha burlado de usted. No comprendo...

—No creo que el señor Gassier se haya burlado de mí —interrumpió sin alterarse el señor Lavieuville—. Y si usted no me comprende, señor director, es porque no me escucha... Volvamos, pues, a la «manzanilla» de casa de la señorita Barescat... La señora Langlois, asistente de Benito Masson, lo era también de Norbert el relojero...

—Por lo visto, esa buena mujer sirve a todo el mundo.

—No tanto. Pero sabe lo que ocurre en todas partes. Da gusto oírlo... Aquella noche hablaba en la reunión de un raro personaje que vivía clandestinamente en casa del relojero y a quien ella tomaba por un mutilado de guerra. El sobrino de Norbert, llamado Jaime Cotentin, que, según el señor Gassier, es un genio en la cirugía, cuidaba al supuesto mutilado... ¡No se asombre, señor director! Tonga en cuenta que el señor Gassier me ha enviado aquí. Pues bien: el supuesto mutilado es, según los últimos informes, *nada más* que un autómeta.

Bessiéres se puso en pie como si él mismo fuera un autómeta accionado por los correspondientes resortes.

—¿*Nada más*? —exclamó—. ¿Y cuáles son los últimos informes?

—Los que me ha facilitado mi amigo Gassier, a quien referí mi aventura y quien ordenó una investigación personal, de la que dedujo *que teníamos todas las probabilidades* de habérselas con un autómeta.

—¿De veras?... Los señores del Tribunal del Sena han hecho por su parte averiguaciones —reflexionó en voz alta Bessiéres, mientras sonreía extrañamente y se sentaba.

—No lo ocultan, caballero, ya que ellos, oficiosamente, por decirlo así, me han aconsejado que venga a verle.

—Siga, siga, señor Lavieuville, que empieza a interesarme lo que dice... Decididamente, los funcionarios de Justicia tienen espíritu de cuerpo y practican la solidaridad... Nunca me lo hubiera figurado...

—Continúo... Aquella noche de la manzanilla, cuando las mujeres hablaban entre ellas del supuesto mutilado, se abrió la puerta, y ¿cuál no sería su asombro, su espanto, al ver que aparecía el misterioso personaje, completamente cubierto de sangre y llevando en brazos a la señorita Cristina Norbert?... No voy a describirle la

escena, ya que interrogará usted o la señora Langlois... Bástele saber que aquel monstruo mecánico dio allí a su cautiva los primeros cuidados que requería y se marchó *sin haber dicho una palabra*.

—¡Ja, ja! Por lo visto, no habla el autómeta.

—No habla, pero oye muy bien...

—Menos mal...

—Birouste, el herborista, se marchó a su casa loco de terror... Y allí encontró al terrible visitante cuidando a Cristina Norbert... Birouste, cada vez más asustado, echóse por el balcón... Entonces, o sea poco más o menos a las seis y media de la mañana, salía yo de la iglesia de San Luis de la Isla, donde acababa de oír misa, y me disponía a subir a mi pequeño automóvil de conducción interior, cuando el susodicho personaje me derribó, dejó a su víctima en mi coche, me despojó de mi ropa, y, por lo tanto, de quince mil francos que llevaba en la cartera, me entregó su capa, dio marcha al coche y desapareció por la orilla izquierda... Gassier ha podido enterarse después de que el coche siguió el camino de Pontoise... Allí ya no se le encontró... Pero el bandido, antes de desaparecer, se detuvo en el figón de Flottard, donde cometió no sé qué fechoría... Flottard se defendió clavándole en la espalda un enorme cuchillo de cocina, de que el personaje en cuestión *ni tan siquiera pareció darse cuenta*... ¡Fíjese bien en esto, señor director: ni tan siquiera sangró!... Como, por otra parte, el señor Gassier acababa de recibir ciertos informes muy precisos referentes a los trabajos particulares del relojero y del disector, a quienes ayudaba un empleado del anfiteatro llamado Bautista, que fue interrogado y que habló amenazándole con la justicia, Gassier expresó la idea de que muy bien pudiera tratarse, como le decía antes, del autómeta...

—¡Comprendido, comprendido, señor mayordomo!... Y puede usted decirle al abogado general, señor Gassier, que lo he comprendido todo sin ninguna dificultad... Pero ¿qué pinta en ello Benito Masson?...

—Es que cuando se le ejecutó llevaron al disector la cabeza de Benito Masson...

—Ya lo sé, señor mayordomo.

—Me llamo Lavieuville.

—Pues ya sé, señor Lavieuville, todo lo que usted va a decirme... Va a decirme que el disector metió el cerebro todavía caliente de Benito Masson en el cráneo de su autómeta.

—En efecto, señor director... ¡Qué espanto!

Bessiéres se levantó muy serio y dio un formidable puñetazo sobre la mesa, que hizo estremecerse a Lavieuville.

—¿Se atreverá usted a asegurarme que cree eso? —preguntó.

—Tenemos las pruebas en la mano —repuso Lavieuville, algo pálido y retrocediendo prudentemente.

—Tenemos...

—¡Tengo! Por nada del mundo debe mezclarse al señor Gastier en este asunto...

—No lo desea, ¿verdad?

—Sólo se ha ocupado de ello por amistad hacia mí; pero su situación oficial...

—Puede estar tranquilo... Pero dígame también que la Seguridad General no carga con el mochuelo de lanzar a la gente semejantes patrañas..., a pesar de las pruebas que tiene usted...

—Y que traigo, porque el espantoso autómeta, si bien no habla, escribe...

—¡Ah, sí! Con la misma letra que Benito Masson, desde luego.

—¡Lo adivina usted todo!... Con la misma letra de Benito Masson, y *después de ejecutado este, escribió ante la citada reunión estas palabras: «¡Silencio, si queréis conservar la vida!»*. Y aquí traigo otros papelillos escritos la misma noche, varias horas antes del atentado contra mí, por el mismo autómeta, en la alcoba del señor Birouste. Y tres peritos calígrafos, a quienes el señor Gassier ha presentado los papelillos al mismo tiempo que documentos de Benito Masson obrantes en el proceso, han dictaminado que la letra en cuestión es igual y está escrita por el mismo individuo...

Entonces le tocó al señor Bessiéres ponerse un poco pálido. Se levantó con el ceño fruncido y con los labios temblorosos...

—¿Quiere dejarme esos documentos, caballero?

—No tengo ningún inconveniente —repuso el señor Lavieuville—. Además, el señor Gassier ha hecho sacar fotografías...

Y como Bessiéres callara y continuara de pie, el otro comprendió que la entrevista había terminado.

—Le dejo mi dirección, señor director, para si por casualidad necesita de mí...

—Ya tendrá noticias —repuso Bessiéres—. Para nosotros es cuestión de poca monta devolverle la posesión del auto y de los quince mil francos...

Lavieuville saludó y se fue, disimulando con una sonrisilla forzada el descontento que le había producido la acogida. Lo esperaba todo, menos aquella ironía glacial bajo la cual entreveía un pensamiento singularmente hostil.

En cuanto se cerró la puerta tras Lavieuville, prorrumpió Bessiéres avanzando hacia Lebouc, que no se había movido de su mesa, en la que tomaba notas apresuradamente:

—¡No, no me pillarán los dedos esos señores de los Tribunales, que han urdido todo esto para que no quede en ridículo la Justicia!... Y para ello no vacilan en recurrir a los mayores absurdos... ¡Es la eterna canción!... Es la canción que quiere salvar lo que de otro modo estaría naufragado y bien naufragado... Gassier, con esa paparrucha del autómeta, me resulta un imbécil... ¿Y dice que el muñeco está mudo?... ¿Qué ha de estarlo?... Por el contrario, grita: «¡No se metan ustedes con la

Justicia!... ¡No se metan con...!»». Y mientras tanto, se quiere sacrificar a los que forman parte de la policía...

—Eso es —asintió Lebouc.

—¿Por qué se les ocurre inventar un autómatas?... ¿No tienen bastante con nosotros, a quienes tiran de los hilos como si fuéramos papeles?... Pero ¡ya me he cansado!... Y ¡qué cuidado tenía ese mayordomo en sentar por delante la afirmación de que *la Justicia no había condenado a un inocente!*... ¡Como si la Justicia no pudiera condenar a un inocente!... Yo no tengo la culpa de que ocurra eso... ¡Bastante hago cumpliendo con mi deber!... Me limito a aportar datos; las demás responsabilidades serán para los otros... Le juro, Lebouc, que no será la Seguridad General la que resucite a Benito Masson... Si quieren resucitar muertos, que los resuciten ellos... ¿No le parece, Lebouc?...

—¿Qué me ha de parecer?

—Me interesa su opinión.

—Creo que ante todo debiera interrogarse al mismo disector, a ese Jaime Cotentin, que, según el profesor Thuillier, hace revivir indefinidamente, con su suero, los tejidos, los nervios y hasta los cerebros...

—¡Bah! Un farsante más...

—No cree lo mismo el profesor Thuillier...

—Bien, Lebouc. Entonces, procure buscar a ese hombre cuanto antes y tráigamelo...

—Precisamente tengo probabilidades de encontrarlo en Corbillères, adonde usted me envía.

—¿Cómo es eso?

—La entrada del señor Lavieuville y también, ¿a qué no decirlo?, el estado de ánimo en que usted se encuentra, no me han permitido referirle hasta el final las cosas un poco extravagantes que me ha dicho el relojero...

—Se queda usted corto en los adjetivos...

—Mi sistema no consiste en juzgar las cosas, sino en retener los hechos. Y en lo referente a ese anciano irritado, a lo dicho por él, hay un hecho que me ha llamado la atención. Y es que el disector y él, en sus averiguaciones, han sido conducidos a Corbillères por los acontecimientos, han penetrado en la morada de Benito Masson y han visto las terribles huellas del paso del muñeco y la bata ensangrentada de la pobre Cristina Norbert, a quien no han encontrado. No la han encontrado a ella ni han hallado las primeras víctimas de Benito Masson...

—¿Cómo ha tardado usted tanto en decirme eso?

—Mi sistema requiere proceder con orden...

—¿Y el disector? Quiero ver en seguida al disector...

—El relojero me ha dicho que lo ha dejado allí, presa de la mayor desesperación,

porque ese hombre está enamorado de Cristina tanto como pueda estarlo el muñeco...

—¿Tanto como el muñeco?

—Si usted quiere, tanto como Bonito Masson...

—¡Lebouc!... Si no quiero usted que yo me vuelva loco en seguida, coja un auto, corra a Corbillères y tráigame al disector cueste lo que cueste, de grado o por fuerza...

—Está bien. Me permito recordarle que el relojero, que ha vuelto a su domicilio de la Île-Saint-Louis en espera de sus órdenes, vendrá esta tarde a las seis...

—¿Esta tarde a las seis?... No se preocupe... Voy a hacer que me lo traigan en seguida... Pero, Lebouc, ¡ni una palabra de todo esto!...

—Ni una palabra... ¡No faltaba más!...

—Ni una línea en los diarios antes de que se ponga en claro el asunto...

—Puede usted confiar enteramente en mi discreción.

El *Emisario* se fue... Bessières, que sudaba abundantemente, se dejó caer en un sillón con los miembros desmadejados, la cabeza inclinada sobre un hombro y los ojos rodando en sus órbitas con ese aire fatal, desesperado y estúpido que tiene el buey en el matadero luego del primer cachetazo que no le ha privado de la vida..., pero que ya le ha llevado a las puertas de la nada...

XI LA MUÑECA SANGRIENTA

Al día siguiente, por la mañana, el diario *La Época* publicaba en su primera columna un artículo que primero produjo estupor en todos los lectores del periódico, tenido por serio, y cuyas informaciones reproducía la prensa de todo el mundo.

El título en cuestión iba acompañado de subtítulos sensacionales, que anunciaban un acontecimiento inaudito, inverosímil y superior a cuanto la más loca imaginación pudiese inventar en el terreno de la ciencia y del crimen, doble abismo insondable.

Al mismo tiempo, el periódico, en una coletilla, tomaba precauciones y ponía a sus lectores en guardia contra las sorpresas de primera hora, aconsejándoles que esperaran a que los servicios de la gran prensa tuvieran tiempo de comprobar los hechos. Él se limitaba, de momento, a la pura información.

Narraba, en efecto, con todos sus detalles los acontecimientos ocurridos el día antes en el despacho del director de la Seguridad General, las conversaciones que allí se habían desarrollado y las declaraciones que allí se habían hecho. Y todo ello de una manera tan precisa que no cabía mayor fidelidad en un disco de fonógrafo. Así es que desde el principio hasta el fin los lectores pasaban por las mismas emociones que habían sacudido al pobre Bessiéres, y, como él, quedaban anona dados...

El artículo, que era un simple relato, llevaba la firma «XXX», y una segunda nota de la redacción (N. de la R.), en la que ésta, preocupada por el efecto producido, se entregaba a consideraciones generales para dar a entender que vivimos en un tiempo de maravillas en el que no hay que asombrarse de nada y en el que se ha visto la realización de los más extravagantes sueños de poetas y de novelistas...

«En este informe —decía el diario—, que se nos ha comunicado a muy avanzadas horas de la noche para que no nos pudiéramos entregar a investigaciones, quizá no hubiéramos visto más que la renovación de uno de los cuentos más ingeniosos de Enrique Heine, si las manos de las que lo hemos recibido, así como *lo que ha ocurrido de noche en la calle de las Saucedas*, no nos hubieran decidido a publicar al frente de nuestra información propia, aunque con toda clase de reservas. En cuanto a los lectores nuestros que sean aficionados a la literatura, no perderán nada con ello, pues el relato campea la misma “imaginación” del autor de *Reisebilder*. No se puede hacer, *sobre el papel*, nada mejor en el género. Nuestros lectores encontrarán más de un punto de contacto con el espantoso autómatas de la calle del Santísimo Sacramento en la Isla.

«Dícese —ha escrito Enrique Heine— que un mecánico inglés que había imaginado las máquinas más ingeniosas, se dedicó a *fabricar un hombre*, y lo consiguió. La obra de sus manos podía funcionar y obrar como un hombre; en su pecho de cuero llevaba una especie de aparato humano y podía comunicar sus emociones por medio de sonidos articulados... (*La muñeca ensangrentada no*

habla... Pero escribe... ¡y con sangre!...) Y el ruido interior de ruedas, resortes y escapes producía una verdadera pronunciación. En fin: aquel autómeta era un *gentleman* perfecto y, para ser un hombre, solamente le faltaba un alma. Pero su creador no podía dársela. Y el pobre ser, al darse cuenta de su imperfección, atormentaba día y noche a su creador, suplicándole que le concediese un alma. La súplica, que cada día era más encarecida, acabó haciéndose tan insoportable para el pobre artista, que huyó para escapar de su propia obra. Pero el hombre-máquina dio con la pista, le persiguió por todo el continente, no cesó de irle a los alcances, le pisó los talones alguna vez y murmuró a su oído: *Otee me a soult...* (¡Dadme un alma!)

«Tal es el cuento de Enrique Heine —continuaba diciendo la nota de la redacción—. El señor Jaime Cotentin, disector de la Escuela de Medicina de París (damos todos los nombres para que en esta prodigiosa historia cada cual cargue con su responsabilidad, y si hay algo más que un cuento, *nadie pueda sospechar que hemos servido los intereses de nadie que se haya mezclado, de cerca o de lejos, al tan inquietante proceso de Benito Masson*), Jaime Cotentin, repetimos, que ha dado a su muñeca, al mismo tiempo que un cerebro, un alma (¡y qué alma!), no es perseguido por su autómeta... Le persigue él... ¿Le ha alcanzado?... Luego de haber visto la ropa ensangrentada de su prometida, *¿ha podido por fin detener la “máquina de asesinar” que ha lanzado sobre el mundo?*... Tal es la pregunta que esta misma noche se hacía aún en torno al señor Bessiéres...

»También podemos afirmar que en la calle de las Saucedas *ya* no se trata de esto como si fuera una fábula, y que en el momento en que empezamos la tirada se hace la pregunta de *si también el disector habrá sido víctima de su invento...*

»En efecto: fuera de la lúgubre casita de Corbilléres, donde el relojero Norbert vio a Jaime Cotentin por última vez, no se ha encontrado rastro alguno del disector... ni de las primeras víctimas de Benito Masson, ni de Cristina Norbert, ni de la misma muñeca sangrienta...»

XII LA CAPITAL SE AGITA

Aquel artículo se publicó un domingo por la mañana. ¡Qué domingo para los habitantes de la Île-Saint-Louis! ¡Ni la invasión de los bárbaros!... ¡Nunca se había visto tanta animación en las riberas desde el sitio de la ciudad por los normandos!... Claro está que nos remontamos un poco lejos; pero ¿dónde encontrar términos de comparación?

El vulgo, desde las once, se hallaba en la calle del Santísimo Sacramento, sacudía la puerta del relojero, invadía el almacén de Birouste, asaltaba la tienda de la señorita Barescat.

Y es que París, desde las primeras horas de la mañana, había sido inundado de ediciones especiales... Al principio, una vez pasado el primer movimiento de estupor, la gente no se había podido mirar sin reírse. Se afectaba creer en alguna formidable patraña, en una nueva forma de la «serpiente de mar». A las nueve lanzaba *La Époque* su segunda edición, en que aludía claramente a los servicios de la Seguridad General, con gran desesperación de Bessières, el cual se preguntaba rabiosamente quién era el traidor que tan bien había podido informar a un diario (frecuentemente hostil) sobre lo ocurrido la víspera, y la necesidad en que ahora se hallaba de proceder, en aquel asunto fantástico, en la forma empleada para las indagaciones ordinarias.

Sus sospechas recaían sobre el abogado general, señor Gassier, a quien interesaba grandemente desencadenar un escándalo (que, en suma, daba razón a la Justicia). El tribunal había «puesto en circulación» al mayordomo y hasta al relojero... Hubiera sido más lógico sospechar del *Emisario*; pero ¡el *Emisario* nunca daba disgustos a la policía!... Al contrario: cargaba con todos los disgustos... Y no había ninguna razón para que hubiera cambiado en sus costumbres...

Las indiscreciones ya no cesaron. *La Époque*, en aquella edición de las nueve, publicó todas las pesquisas realizadas la tarde anterior por un comisario de la Seguridad General en las oficinas de la comisaría del barrio, es decir, reprodujo las declaraciones de la señorita Barescat, de la señora Langlois de la viuda de Camus y del herborista Birouste, tal como las dimos cuando se produjo el hecho en cuestión, por lo que no las repetiremos, así como el extraordinario relato del señor Lavieuville...

Además, un redactor de *La Époque* había tenido ya tiempo de ir a Pontoise a entrevistarse con Flottard, quien le contó que su llamante cuchillo de Chatelíerault había entrado en el maniquí viviente como en una piel de tambor; otro redactor había encontrado el garaje donde se detuviera el muñeco sangriento; otro redactor más importante había ido hasta Corbillères, visitado el pabellón y hablado con la señora Muelle, la de «El Árbol Verde», que no estaba al comentario de nada, y a la cual reveló que su cliente era ni más ni menos que un autómatas asesino que había heredado el

cerebro de Benito Masson, lo que hizo reír a la buena señora, la cual, como ya sabemos, reía por todo desde que murió su marido.

A las diez, una nueva edición especial publicaba una conversación con Bautista, el empleado del anfiteatro *que trabajaba para Jaime Cotentin... Bautista no tenía ningún inconveniente en declarar que había llevado la cabeza de Benito Masson a la calle del Santísimo Sacramento...*

Todos aquellos hechos, por asombrosos que fueran, concordaban de tal manera, que acabaron con las risas. Y la prensa apretó las clavijas... Fue una orgía de papel, de ediciones cada vez más especiales, con títulos que daban vértigo, tales como éste: *¡Cuidado con la máquina de asesinar el mundo!*

Además había una cosa innegable: que la policía tomaba la cosa en serio... ¡Ya se interrogaba a las víctimas del muñeco sangriento!... Se buscaba a las demás... Los iba en pos toda la brigada de los inspectores de la Seguridad... Conclusión: vamos a dar una vuelta por la Île-Saint-Louis.

De no haberse presentado los jinetes de la guardia republicana para hacer circular a la multitud, y de no haber establecido las brigadas centrales serios acordonamientos, hubiera habido que lamentar innumerables excesos. Lavieuville, Birouste, la señorita Baroscat, la viuda de Camus y la señora Langlois se habían refugiado en la torre de la iglesia.

Al relojero no se le vio. Luego se supo que se encontraba escondido en casa de un célebre cirujano, profesor de la Facultad, que siempre había demostrado mucha amistad hacia Jaime Cotentin. Era el señor Thuillier, uno de los espíritus más abiertos de la Escuela, jefe de los que a la sazón eran llamados «los jóvenes», quienes estaban en guerra declarada contra el decano, profesor Ditte, una de las viejas glorias del Instituto.

Durante toda la tarde se dirigieron hacia lo Île-Saint-Louis las multitudes endomingadas. Se comió y se bebió en todas las tabernas de la Bastilla a la plaza del Hotel de Ville, del Mercado de Vinos a la pinza Saint-Michel.

Tara comprender lo externo y lo espontáneo del movimiento, no hay que olvidar que la bomba del «muñeco sangriento» estallaba en un terreno dispuesto a encenderse y llamear. En París ya no se hablaba más que de los últimos crímenes de Corbillères... La inocencia o la culpabilidad de Benito Masson originaban las más ardientes discusiones... «La muñeca ensangrentada» ¿podía resolver la cuestión?...

A las seis de la tarde, una última edición de *La Époque* aportó un nuevo elemento a la ávida curiosidad del gentío: por vez primera se dejaba oír la voz de la ciencia. ¡Y qué voz! Era la del mismísimo profesor Thuillier.

XIII

LO QUE DIJO EL PROFESOR THUILLIER

El redactor de *La Época* había encontrado al cirujano, en el domicilio de éste, rodeado de un verdadero areópago, que seguramente se había reunido allí para discutir la única cuestión que entonces interesaba: la del «muñeco sangriento».

El periodista fue presentado a los doctores Pinet, Ferrière, Gayrard, Ilurand y Pasquette, todos ellos amigos y admiradores de Jaime Cotentin, y más o menos al corriente de sus trabajos.

He aquí, en resumen, las declaraciones del profesor Thuillier:

—Es una lástima que, en las excepcionales circunstancias que atravesamos, no podamos oír a Jaime Cotentin. Así sabríamos a qué atenernos y no ignoraríamos nada de lo referente al famoso muñeco que, según veo, comienza a hacer delirar a todo París...

En ausencia de nuestro disector, he podido hablar largo y tendido con el viejo Norbert, que, en lo suyo, también es un sabio dotado de espíritu científico. Y asimismo he hablado con un empleado del anfiteatro llamado Bautista, menos ignorante de lo que parece...

Si hubiéramos podido apoderarnos del cuaderno en que Jaime Cotentin registraba día por día sus trabajos y que, por lo tanto, contiene todo el misterio de su autómeta viviente, nos limitaríamos a callar, ya que la obra se defendería por sí misma; pero carecemos del cuaderno que Jaime llevaba siempre encima; carecemos de Jaime y carecemos del autómeta, al menos de momento... Ahora bien: luego de hacer toda suerte de reservas, luego de haber interrogado a esas dos personas complicadas en los trabajos, luego de haber visitado el laboratorio de donde ha salido el muñeco, con los aparatos que han servido para crearlo y el taller en que ha tomado forma humana; luego de haber recogido algunos documentos sueltos, en los cuales el disector, en la prisa de los últimos momentos anteriores al fenómeno de la vida en el muñeco, esbozó algunas ideas o, mejor dicho, algunas impresiones; luego de todo eso, he aquí lo que puedo decir...

Y celebro hacer estas declaraciones a la prensa, a mis eminentes colegas, que se hallan en el mismo estado de espíritu que yo, o sea en un estado de espíritu puramente científico, lo cual, ciertamente, no nos impide considerar el acontecimiento, o, mejor dicho, la *posibilidad del acontecimiento* (no podemos, con los datos que tenemos, hablar de otra manera) con un éxtasis mezclado a cierta inquietud...

—Y hasta espanto —interrumpió de pronto el doctor Ferriere.

—La verdad es que hubiera podido escoger otro cerebro —dijo el doctor Hurand.

—No salgamos del terreno científico —rogó el doctor Pinet con su vocecilla seca y metálica.

—No está mal —insinuó el doctor Gayrard— que un representante de la prensa vea en nosotros no solamente sabios, sino hombres capaces de emocionarse ante las desgracias públicas.

De pronto callaron todos, un poco avergonzados de haber interrumpido al maestro, que ya no decía nada. Así es que el periodista le dijo a manera de invitación:

—París, Francia, todo el mundo, esperan sus palabras.

»—Lo que tengo que decir, amigo periodista, es tan grave y determinará contra nosotros una tal ofensiva de bisturíes, que hay que perdonar a mis colegas un poco de... agitación... Volviendo a Jaime Cotentin, he de manifestar que es uno de los más grandes espíritus que conozco. Desde el punto de vista científico, siempre le ha guiado la idea de la conservación universal, o sea la esperanza tenaz de encontrar el movimiento continuo, no bajo la forma simplona de crear energía completamente nueva, sino, como ha anunciado Bernard Brunhes (sin creer en ello), bajo la forma más refinada de restauración de energía útil, que es lo que ha inspirado sus primeros trabajos de laboratorio. Desde el momento en que iba a encontrar en falta el principio de la degradación de la energía, se fijó en ciertos resultados obtenidos allende el Atlántico con un procedimiento para tratar los tejidos que parecía haberlos de conservar casi indefinidamente.

Entonces se le ocurrió, ya que no había podido vencer a la muerte *en general*, intentar el triunfo en *lo particular*. Ya que no había podido *aún* crear la vida, intentaría, con tejidos arrancados a la muerte, crear un ser vivo, un hombre y hasta un *superhombre*...

Este sueño, en que se refugiaban a la sazón todos los ardores de su genio, quizá no lo hubiera concebido de no haber tenido a su lado al viejo relojero, que perseguía la misma idea en el terreno de la mecánica. Por aquel entonces, el anciano Norbert, ayudado por su hija, había llegado a fabricar un autómatas verdaderamente maravilloso, al que había conseguido dar un aire tan humano, un movimiento tan natural, que algunas personas que le vieron se equivocaron hasta el punto de tomarle por una verdadera persona. Como el autómatas en cuestión había salido de las manos de la señorita Norbert bello como un ángel, según frase del relojero, la joven le había dado el nombre de Gabriel... Pero no era más que un autómatas, una máquina...

En este sentido ya se han hecho obras maestras. Dejando aparte la Antigüedad y fábulas por nadie comprobadas, llegamos con el siglo xvii a los primeros autómatas reales y auténticos. Descartes construyó un autómatas al que dio cara de muchacha y llamaba su hija Francina. En un viaje marítimo, el capitán del barco tuvo la curiosidad de abrir el cajón en que estaba encerrada Francina; pero sorprendido por el movimiento de aquella máquina que parecía dotada de vida, la arrojó por la borda, temiendo que fuera cosa de magia...

Cuenta Kivarol en las notas de su *Discurso de la universalidad de la lengua*

francesa, que el abate Mical construyó dos cabezas de bronco que pronunciaban claramente frases enteras. Como el Gobierno no quisiera comprárselas, el desdichado artífice, lleno de deudas, las rompió y murió en la indigencia el año 1786.

A continuación figuran los tres autómatas debidos al genio de Vaucanson, que publicó una sumaria descripción de ellos el año 1738, y que excitaron en el más alto grado la pública admiración. Eran un flautista, un tamborilero y un pato artificial. No voy a entrar en detalles acerca del movimiento interior que hacía accionar aquellos muñecos de tamaño natural, mediante resortes de acero, cadenillas, válvulas y palancas, maravillas que fueron sometidas a los señores de la Academia de Ciencias, los cuales hubieron de inclinarse ante el genio del inventor. Vaucanson construyó, además, una *Gaitera* que forma parte de las colecciones del Conservatorio de Artes y Oficios.

A fines del pasado siglo expuso Federico de Knauss en Viena un *androide escribiente* que aún existe. Y pudiera citar otros ejemplos más recientes; pero no quiero seguir. Basta lo dicho para que se comprenda hasta dónde puedo llegar la mecánica cuando se propone imitar el movimiento humano...

Mas esas máquinas necesitan para actuar que *se les dé cuerda*. Lo genial del viejo Norbert ha consistido en hacer intervenir la electricidad de manera que para dirigir a su autómata no necesita *más que hablarle*.

Figúrense ustedes que había dispuesto en el pabellón de cada oído de Gabriel una especie de película muy sensible, provista en su centro de una aguja en contacto con un aparato eléctrico, que determinaba tal o cual movimiento, según que la aguja prolongara más o menos el contacto, es decir, según se hablara al autómata más o menos Tuerto o más o menos tiempo, según se lo dirigieran ciertas palabras o ciertas frases al oído derecho o al oído izquierdo... En suma: cuando se hablaba a Gabriel *se le telefoneaba y obedecía*.

Aunque el autómata estaba muy perfeccionado, el viejo Norbert distaba mucho de la satisfacción. En cambio su hija estaba entusiasmada. Ella le había rindo sus bellas formas y su hermoso rostro; ella lo había vestido con una elegancia completamente romántica; ella lo amaba como ama una madre y también como ama una amante... Adoraba aquel rostro ideal como hay quien adora a su ensueño.

Lo malo es que se entretenía demasiado con aquel mecanismo; hacía algo así como las niñas que abusan de sus muñecas... Y el padre se dio cuenta un día de que en el autómata, por culpa de su hija, había algo que no funcionaba bien... Entonces la joven prometió que no lo volverla a tocar más que delante de su padre. Sin embargo, no cumplió la promesa. Y una noche en que el relojero, acometido de insomnio, subió al estudio de su hija, se encontró con que Cristina tenía a Gabriel en brazos, como a un niño enfermo.

—¡Ahora comprendo por qué no me obedece! —exclamó.

Y en una de esas crisis de desesperación que sólo conocen los inventores, rompió la obra de toda su vida.

Según me ha contado el mismo Norbert, su hija estaba como loca.

Imploraba a su padre por Gabriel como hubiera podido hacerlo por un ser humano.

—¡No le mates! —gritaba—. ¡No le mates!

Pero Gabriel no era ya más que un cadáver de autómeta.

Mientras tanto, llegó Jaime Cotentin, y para calmar a su prima y a su tío, que ya lamentaba lo hecho, decidió que Gabriel reviviría, no ya como un simple mecanismo que no obedecía más que a resortes, *sino como un hombre...*

Hacía algún tiempo que abrigaba tal idea. Los trabajos a que ambos genios tuvieron que entregarse para realizar su creación, uniendo el arte mecánico y la ciencia fisiológica, sobrepasan a todo cuanto se pueda imaginar. Pero nada les descorazonaba. A Jaime, además, le sostenían en su fe los maravillosos resultados obtenidos por investigadores cuya finalidad era más limitada, pero que, sin saberlo, trabajaban para él. La vida es un misterio del que nunca hay que desesperar. Cuando se cree que ha huido de nosotros para siempre aún está entre nuestras manos. El 10 de septiembre del año pasado, el doctor Bedford Kussel, mediante masajes directos en el corazón de un individuo muerto varios días antes, pudo devolver la vida a un joven que había sucumbido de angina infecciosa. Para llegar a ello, el cirujano hubo de hacer una profunda incisión sobre el corazón del enfermo y entregarse durante varias horas a un ininterrumpido masaje con sus manos sobre los descubiertos ventrículos. He aquí lo que puede hacerse con el corazón; ¿por qué dudar de un cerebro al que se le devuelve la circulación vascular, que es como decir la vida?

—Pero —interrumpió el periodista— ¿cómo Jaime Cotentin pudo dar a un autómeta esa circulación tan necesaria y cómo obra el cerebro sobre el autómeta?

—He aquí el sistema de ello, tal como he podido comprenderlo en virtud de mis indagaciones, forzosamente restringidas, y de las palabras del relojero. El cerebro no ha sido más que el coronamiento de la obra. Cuando llegó el cerebro, ya estaba a punto todo lo demás. Las piezas del autómeta estaban revestidas de la red de nervios necesaria para la transmisión del movimiento; la columna vertebral artificial, de la que he podido recoger algunos restos de apófisis, estaba provista de su médula; todo estaba preparado y conservado en el suero Rockefeller.

Un sistema de mechas algodónaba, por decirlo así, la parte fisiológica del autómeta, y se deslizaba por la región subcutánea. También la piel era artificial, y, según he podido ver estudiando los residuos, hecha con una especie de pergamino aterciopelado, muy flexible y muy suave... Todas las mechas estaban humedecidas por el suero Rockefeller, que conservaba la vida a los tejidos y mantenía bajo la seda aterciopelada una temperatura siempre igual...

Con ello llegamos al problema de la circulación. Y he aquí cómo supongo que lo resolvería Jaime Cotentin.

La circulación del suero se establecía mediante un mecanismo de sifón. Luego el suero pasaría por una tubería deslizada en una resistencia (ya sabe usted lo que en electricidad se llama «resistencia»), mantenida a una temperatura constante de 37 grados, por medio de un interruptor.

El suero en circulación se limpiaría mecánicamente mediante un *chapuqueo* parecido al *chapuqueo* por la cal.

Es una cosa tan sencilla y tan formidable como todo lo genial.

El suero Rockefeller fue sometido por nuestros inventores a un tratamiento particular por el radio, o, mejor dicho, por residuos de radio (causa de ruina para los desgraciados, que hubieron de dar sus últimos cincuenta mil francos por cincuenta miligramos de esos residuos). Así, el autómatas dispuso de una fuerza sobrehumana. Además, el autómatas ve y oye como usted y como yo, aunque no habla porque los inventores han renunciado, *por ahora*, a dotarle de una voz que tal vez le hiciera un poco ridículo.

Ya sabe usted, pues, todo lo que yo sé, entreveo o adivino. Sería gratuito o peligroso decir nada más mientras no tengamos en nuestras manos la obra o el cuaderno de trabajo de Jaime Cotentin.

El profesor Thuillier se levantó.

—Otra pregunta —suplicó el periodista—. ¿Cómo se explica usted que Jaime Cotentin haya escogido precisamente el cerebro de Benito Masson?

—No lo ha escogido, caballero. El cerebro de Benito Masson ha llegado en el momento psicológico. Me han dicho que nuestro disector creía en la inocencia del encuadernador; pero no creo que le haya movido esta creencia. Creo, sencillamente, que se ha servido de ese cerebro porque lo ha juzgado *perfectamente apto*, sin tara, sin enfermedad, no agotado, como la mayoría de los cerebros que podía encontrar sobre las mesas de autopsia y disección... Otro detalle: Benito Masson murió valientemente, con la cabeza hacia adelante, y como *la cuchilla respetó el bulbo*, ello hacía la operación infinitamente más fácil cuando hubiera que proceder a la reunión de las diferentes partes fisiológicas de la persona y a la sutura de los nervios... Finalmente, ruego a mis colegas que me perdonen si empleo expresiones simples y hasta vulgares, por el interés de que me comprendan todos, al menos en términos generales.

El periodista, que ya estaba deseando marcharse, preguntó:

—¿Existe, pues, el muñeco sangriento, señor profesor?

—Es posible que exista.

—¿Tal es su conclusión?

—Sí, señor.

—¿Es también la conclusión de estos caballeros?

Todos inclinaron la cabeza...

El periodista dio las gracias al célebre cirujano y se dirigió hacia la puerta, acompañado del doctor Pasquette.

El periodista le insinuó:

—Usted no ha dicho nada. ¿Qué piensa, con entera franqueza?

—Con entera franqueza, pienso que esto tiene mucha gracia —contestó el doctor Pasquette.

—¿No cree usted en la posibilidad de ello?

—Lo creo posible... Pero permítame que le diga con entera franqueza que tiene mucha gracia.

—¡Es algo espantoso! —exclamó el periodista.

—Estamos de acuerdo: es algo espantosamente gracioso...

XIV PARÍS, PINCHADO

Ya puede calcularse el efecto de las declaraciones de semejante personalidad. La mayoría de quienes, a pesar de los hechos, vacilaban antes de aceptar la *posibilidad* del muñeco, tuvieron que rendirse. *La Époque* tiró cientos de miles de ejemplares del número en que se publicaba la entrevista con el doctor Thuillier. Los ejemplares eran arrancados de las manos de los vendedores y leídos en voz alta en los cafés. Los transparentes de los grandes diarios reproducían lo más saliente de ella, y, a pesar del excesivo frío, atraían a los grandes bulevares una multitud que entorpecía la circulación...

«¡El muñeco sangriento!... ¡El muñeco sangriento!...». No se oían otras palabras. Y se justificaba tratándose de una máquina de asesinar que corría en libertad por los caminos, de la que se podía ser víctima de un momento a otro, y a la que no se podía hacer nada, ya que podía recibir una cuchillada hasta el mango sin más molestia que la de una caricia, y, por lo tanto, estaba a prueba de balas... La gente decía ya que aun cuando la ametrallaran, las balas no harían más que atravesarle sin producirle ninguna inquietud... En cuanto a sus partes vitales (el sifón, la tubería, la «resistencia», todo lo que había citado el doctor Thuillier), era de suponer que estuvieran protegidas por un blindaje magnífico, digno de la cámara de máquinas de un acorazado... ¡Ah!... Aquel Jaime Cotentin que había resucitado a Benito Masson era más acreedor a la guillotina que el mismo encuadernador...

Así estaban las cosas cuando, a las diez de la noche, una edición especial de *El Cuarto de Hora*, diario abiertamente enemigo de *La Époque*, publicó, en respuesta a las declaraciones del doctor Thuillier, las declaraciones del profesor Dille, decano de la Escuela de Medicina y miembro del instituto; declaraciones que, sin ambages, llegaban a la siguiente conclusión: «El muñeco sangriento es imposible».

Entonces se reprodujeron las discusiones con un encarnizamiento y una violencia hasta entonces desconocidos.

—¿Qué sabe él si es imposible o no? —exclamaba un «partidario» de Thuillier—. No ha visto ni oído nada ni ha hecho ninguna averiguación. Si es un viejo que no sale de su casa, ¿cómo va a enterarse de las cosas?... ¡Tampoco Thiers creía en los ferrocarriles!... ¡Ese decano es un imbécil!...

—Y Thuillier, un idiota.

Pam, pam... Bofetones, trifulca, vidrios rotos...

Un pacífico anciano que se hallaba en un rincón, lejos de la contienda, murmuraba:

—¡Ya tienen lo que querían!... No olvidemos que atravesamos un momento difícil, que el «horizonte exterior» se muestra sombrío, que de nuestra alianza con Inglaterra sólo nos queda un «levo recuerdo», que los espíritus están inquietos... Y en

mi larga vida he observado que cuando los espíritus están inquietos, los Gobiernos no encuentran nada mejor para calmar esa inquietud que producir el espanto explotando algún crimen o algún proceso... No escasean los ejemplos... Me limitaré a recordar, yo que apenas tenía uso de razón cuando la guerra de 1870, el famoso asunto Tropman... Y Tropman, señores míos, ¡no ha existido nunca!

—¿Quién dice eso?... ¿Y el campamento Langlois?...

—Eso no quita para que Tropman sea una invención del emperador, como la muñeca sanguinaria es una invención de Bessières, de la Seguridad General... Usted aún es joven. Cuando tenga mi edad no se asombrará de ciertas cosas...

El viejo que así hablaba en un cafetín del bulevar Poissonniere se llamaba el señor Thibault. Era un pequeño rentista de Batignolles. Ya tendremos ocasión de volver a hablar de él dentro de poco...

A pesar de la sensación de que acabamos de dar cuenta, hemos de advertir, sin embargo, que a propósito del muñeco sanguinario aún no había pasado nada en París en comparación con los acontecimientos que iban a desarrollarse en los siguientes días. Pareció como que sobre la capital pasaba una ola de locura...

Largo tiempo se recordará aquella semana fantástica que comenzó con el descubrimiento de la *pistolilla quirúrgica y su trocar*.

No hay que olvidar que Cristina, cuando hizo el primer viaje a Corbillères, se había llevado en su bolso el instrumento fatal que, por cierto, se le había caldo de dicho bolso. Un inspector de la Seguridad General lo descubrió en la escalinata de la casa del hombre de Corbillères al cobo de dos días de la fecha en que comenzó el asunto de la muñeca sangrienta...

Para que el lector pueda apreciar la importancia de tal descubrimiento, creemos lo mejor reproducir aquí el comunicado casi oficioso de las agencias:

«En Corbillères acaba de hacerse un descubrimiento sensacional: el del instrumento con que Benito Masson hería a sus víctimas antes de estrangularlas... Se trata de un pequeño revólver automático provisto de un trocar, construido a base de los que se emplean en cirugía, y que se puede ver en las vitrinas de los especialistas de la calle de la Escuela de Medicina... El trocar es una aguja hueca en la que el hombre de Corbillères introducía, antes de dispararla, varias gotas de cierto veneno somnífero que dejaba indefensa a su víctima... Eso es todo lo que puede decirse de momento. Los peritos químicos aún no se han manifestado claramente acerca de la naturaleza exacta del líquido empleado por Benito Masson. Pero lo que se sabe basta para explicar, por ejemplo, el asesinato sin combate, y hasta puede decirse que sin resistencia, del guardabosque Violette, a pesar de que era un hombretón mucho más fuerte que el encuadernador de la calle del Santísimo Sacramento.

«Así quedan explicados también los singulares pinchazos en la nuca, en el brazo y hasta en la pierna de los *inmolados en Corbillères*... La repetición de los pinchazos

en todos los cadáveres había intrigado a la justicia, que no llegaba a acertar el objeto de ellos. Ahora ya no se puede dudar de que *Benito Masson pinchaba a sus víctimas a distancia...*»

Esta nota, que había de tener una repercusión formidable sobre toda la población parisiense, no apareció realmente con toda su importancia hasta varias horas más tarde, cuando *La Época*, en su edición de las diez, reprodujo el texto del comunicado, para darle todo su alcance judicial:

«*Lo que el comunicado ha olvidado decir —precisaba La Época— es que las últimas víctimas de Corbillères llevan también, COMO VIOLETTE, la misteriosa herida hecha (ya no puede dudarse tras las experiencias de la madrugada) por el trocar de la pistola automática. Por lo tanto, el muñeco sangriento iba armado del mismo instrumento fatal que Benito Masson. Es un detalle que viene a corroborar singularmente la opinión del profesor Thuillier. Quizá no está lejano el día en que encontremos los cadáveres de Cristina Norbert y del disector con la misma señal, con esa manchita funesta que señala el paso del monstruo.*

«Ahora bien —continuaba *La Época*—, ¿cómo es que la pistola de trocar se encontraba en la escalinata?... Es evidente que se perdió allí, porque si no el temible *Gabriel* aún la llevaría encima... Pero hay otra hipótesis que parece a los inspectores de la Seguridad General la más verosímil. Según ella, *Benito Masson tenía en su casa, en un escondrijo insospechado, gran número de esas extrañas armas, y, por lo tanto, el arma encontrada no le hacía falla al muñeco para continuar su obra de muerte. La pistola de trocar encontrada pudo haberla perdido Benito Masson antes del descubrimiento de sus crímenes, pero el muñeco no está desarmado...*»

Sobre París pasó un estremecimiento. La muñeca podía pinchar a distancia y no había manera de resistirle. ¡He ahí adónde llevaba la ciencia, el *exceso de ciencia!*... Y en los periódicos más serios se echaba de menos el tiempo de las diligencias y de los bandoleros en las carreteras... Entonces, al menos, sabía cada cual que tenía que tomar precauciones, y no ignoraba a lo que se exponía... Pero ahora, ¡cualquiera recelaba de un buen señor que, vestido como uno cualquiera, y dotado de una cara de buena persona, lleva en el bolsillo del abrigo una pistolilla de trocar!...

Podía ir uno tranquilamente por la calle y ser herido sin darse cuenta de lo que le sucedía... Se exclamaría: «¡Vaya un pinchazo!»; pero no se le daría importancia... Luego se sentiría un poco de aturdimiento... Se acercaría un transeúnte desconocido para prestar auxilios... Y uno se moriría y a lo mejor sería despojado y estrangulado... Porque ¿se sabía con fijeza lo que aquel ser hacía con sus víctimas?... No habían sido encontrados todos los cadáveres causados por Benito Masson, *sobre todo los cadáveres de mujeres...*

Al día siguiente de publicarse aquellos artículos se produjo un acontecimiento que acabó de marear a todos. Una señora joven y bonita que había entrado en un gran

almacén de los alrededores de la ópera para comprar un par de guantes (del 6 1/4) lanzó un grito, se llevó la mano a la cadera y dijo suspirando:

—¡Qué pinchazo!...

Volvió la cabeza y no vio más que personas indiferentes que pasaban de largo. Pero repitió con más fuerza:

—¡Qué pinchazo, qué pinchazo!...

Entonces la auxiliaron... El jefe de sección, acompañado de una multitud inquieta, llevó a la joven dama desfallecida a la puerta de una guardarropía, donde permaneció con una empleada de la casa varios minutos, al cabo de los cuales reapareció la criada gritando:

—¡Pronto! ¡Un taxi!...

Y la empleada tenía las manos rojas...

La emoción fue considerable... No se oyó más que un grito:

—¡El muñeco! ¡El muñeco!...

Algunos, llenos de miedo, abandonaron a toda prisa el establecimiento. En otros pudo más la curiosidad. Y se quedaron para ver salir a la dama, que estaba muy pálida, a la que subieron a un taxímetro y a la que acompañaron hasta su casa dos inspectores del establecimiento. También subió un agente.

El suceso, relatado en la prensa de la noche, tuvo una formidable resonancia. ¡Era evidente que el muñeco estaba en París!... En alguna parte había de estar. Y como no estaba en provincias, era natural que estuviese en la capital... ¿Dónde mejor para pasar inadvertido?

El Cuarto de Hora intentó entonces poner en un brete a los poderes públicos. Una de dos: el muñeco existía o no existía. Si existía, ¡había que detenerlo!...

Todo el mundo creía ya en la existencia del muñeco. Y lo terrible fue que todo el mundo se creyó en el deber de hacer la detención...

No tuvo éxito alguno una nueva nota de las agencias afirmando que la joven pinchada en un gran almacén de la orilla derecha lo había sido a causa de un accidente de los más ordinarios.

Los parisienses tenían razón para desconfiar. Y el asunto se ponía muy serio para que los poderes públicos no temiesen las consecuencias. Aun cuando el accidente había sido *menos sencillo* de lo que afirmaba el comunicado de la Seguridad General, ¿no estaba el señor Bessiéres en la obligación de tranquilizar ante todo los espíritus? Pero como hemos dicho, todo fue inútil...

Al día siguiente, otra bella joven, de origen polaco —precisamente tenemos el expediente a la vista—, la cual había entrado en la iglesia de la Trinidad para manifestar sus devociones, se dirigió de pronto, como galvanizada, a su reclinitorio. ¡También acababa de ser pinchada! Lanzó un grito de espanto y dolor, que atrajo al sacristán, mientras se cerraba una puerta cercana, como si por olla hubiera huido el

autor del atontado.

El sacristán, valeroso, iba a perseguirle, pero la joven de origen polaco le suplicó que no la abandonara.

—Me estoy durmiendo —gimió.

Y el sacristán la sostuvo en sus brazos. En aquella actitud fue sorprendido por el primer vicario, a quien, naturalmente, tuvo que dar explicaciones. Llevaron a la joven a la sacristía y avisaron por teléfono a la policía.

Lo primero que hizo el comisario fue recomendar silencio, pero una telefonista que había sorprendido la conversación se apresuró a servirse del teléfono para referir el hecho a sus amistades y conocimientos. Varias horas más tarde era sabido de todo París. ¡El muñeco no respetaba nada ni a nadie! Iba por todas partes. Luego del almacén, a la iglesia, seguidamente, a los tranvías y a los autobuses...

Aquel mismo día, la señora Sala Tricoche, zapatera, que vivía en Saint-Maur, había subido cerca de la iglesia de Belleville, en compañía de su hijo, en un autobús de la línea Saint-Fargeau-Louvre, que se dirigía hacia la puerta Saint-Denis. Sentóse en una banqueta de primera clase, en primera fila, hacia la izquierda, y colocó a su hijo junto a ella. No lejos, había un solo viajero, correctamente vestido.

De pronto, como la señora Tricoche se inclinara para colocar debajo del banco un paquete de mercancías que iba a entregar, sintió cerca de la muñeca un vivo dolor.

La señora Tricoche, sin perder su sangre fría, agarró la mano del otro viajero, que se había inclinado al mismo tiempo que ella, y gritó:

—¡Usted me ha pinchado!...

Y la viajera, en apoyo de sus palabras, mostraba una pequeña herida negruzca que aparecía en su mano.

Como puedo suponerse, el grito de la viajera había causado una gran emoción entre los ocupantes del autobús. El hombre, que había soltado violentamente su mano, protestaba en voz alta de su inocencia, mientras muchos viajeros, entre ellos un policía secreto, le rodeaban y le detenían.

Se lo registró inmediatamente, y, a pesar de la acusación, no se le encontró ningún instrumento incisivo. Las investigaciones llevadas a cabo en el banco y en el suelo tampoco lucieron descubrir nada sospechoso.

No obstante, la herida de la víctima demostraba claramente que era consecuencia de un pinchazo.

Entonces, otra viajera declaró haber visto poco antes, en la plataforma, a un individuo de raro aspecto, que tenía el cuello del abrigo levantado sobre una cara *tan impasible y tan dura como la de una estatua*. Y aquel individuo parecía sujetar con la mano un instrumento de acero...

No era necesario tanto detalle. Veinte voces exclamaron:

—¡Es el muñeco sangriento!... ¡Es el muñeco sangriento!...

—¿Dónde ha bajado? —preguntó el agente.

—Cuando la señora ha gritado he vuelto instintivamente la cabeza, pero ya no le he visto en la plataforma... Corría por la acera en dirección al bulevar... Llevaba un abrigo negro, grande, que le llegaba hasta los talones... Y llevaba sombrero de fieltro marrón hundido hasta las orejas...

El autobús se había detenido. El agente se lanzaba ya en la dirección indicada. Otros diez viajeros saltaron tras él. Y todo el tropel corría, atropellando a su paso y llevándose detrás a mucha gente:

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—¡El muñeco, el muñeco sanguinario!...

Y corrían...

Luego de algunas tribulaciones y vacilaciones, luego de renovar varias veces la esperanza ante los informes de personas que, cuando se enteraban de la causa de todo ello, aseguraban «haberle visto pasar», llegaron finalmente al Museo Fralin, cuya puerta estaba abierta de par en par a una bóveda sumida en semioscuridad. El Museo Fralin es muy conocido; es asombro de la infancia y alegría de la madurez. Con la tumba del emperador, el Panteón, la Torre Eiffel, constituye para los turistas provincianos y extranjeros una de esas cosas necesarias y bastantes para, cuando se vuelve a casa, poder tener la certidumbre de que no se ignora ninguna maravilla de la «capital del mundo moderno».

Estaba entreabierta la puerta de hierro que daba al antro misterioso donde el arte ligero de una hábil estatuaria parece haber resucitado en figuras a las que sólo falta la palabra, los gestos más famosos de la historia.

—¡Quizá ha entrado ahí! —exclamó alguien.

—*¡En ninguna parte puede esconderse mejor un autómatas que entre muñecos de cera!...*

La frase era de una lógica aplastante.

Las treinta personas que la habían oído, dejando correr a las demás, penetraron, o, mejor dicho, se precipitaron al museo, atropellando a los empleados y saltando los tornos. Así llegaron resollantes a los primeros salones de aquel museo de la ilusión.

Por cierto que, como suele ocurrir muchas veces, un buen padre de familia se había quedado inmóvil en un banco, con el doble objeto de intrigar a los visitantes y de divertir a sus hijos, que estaban al acocho no lejos de allí. Y como el buen hombre se levantara de pronto como a impulsos de un resorte, pasó quizá el cuarto de hora más desagradable de su vida.

Afortunadamente para él, no estaba mudo. Y, como protestase con grandes gritos de espanto contra la grave acusación que le lanzaban, observó alguien que el muñeco no hablaba, lo cual salvó al desconocido de un linchamiento, aunque, de todos modos, no volvió indemne junto a sus llorosos hijos. Inmediatamente salió de allí,

jurando no volver más. Y aquella misma noche tomó el tren para Angulema.

A pesar de los esfuerzos de los empleados, el grupo invasor continuaba su loca inspección sacudiendo a los maniqués, a los que sólo dejaba el esqueleto. No vamos a insistir en esta deplorable expedición que, al fin y al cabo, sólo fue un incidente de la nerviosidad general que se apoderó de París. Limitémonos a recordar que donde figuraban escenas de la Revolución o personajes históricos que tenían la desgracia de ir vestidos poco más o menos como vestía Gabriel cuando apareció por primera vez en la tienda de la calle del Santísimo Sacramento —atavío minuciosamente descrito por los periódicos—, todo fue destrozado por los nuevos iconoclastas... De no intervenir la policía, ¿qué hubieran dejado aquellos salvajes de tanta figura que contribuye a proporcionar contento los domingos?...

Quienes corrían el peligro del martirio en la calle eran los hombros con gabán negro y sombrero marrón. ¡Cuántas escenas grotescas estuvieron a punto de volverse trágicas!... Un gesto algo raro de la persona más inofensiva daba la señal de ataque... Además, se tenía muy en cuenta a las personas que no se movían... Un sopor podía ser fatal... Así es que, en cuanto alguien se dormía en el tranvía y tenía la desgracia de no roncar, le sacudían los viajeros gritándole:

—¡Hable, hable!

—¿Qué quieren ustedes que les diga? —suplicaba el pobre hombre, en el colmo del espanto.

—Nada. Basta con eso.

Así es que resultaba peligroso tener un sueño pesado.

Los días siguientes, el asunto de los pinchazos tomó proporciones fantásticas. Hubo diez, veinte, treinta, cincuenta pinchados entre las once de la mañana y las siete de la tarde, porque el hecho ocurría generalmente en los grandes almacenes a la hora de mayor venta, cuando la gente se apretuja ante las gangas...

Aquello se convertía ya en una enfermedad, en una epidemia. Las mujeres gritaban que sentían pinchazos cuando no había nada de ello. Pero habían creído sentir el pinchazo, lo cual no dejaba de ser terrible, porque dejaba paso a una sugestión general, que rememoraba las sugestiones de San Medardo y los fanáticos de la fuente de los inocentes.

El prefecto de policía, que era muy inteligente, exclamó:

—¡Basta ya! ¡Hay que acabar con esto!...

Y he aquí cómo acabó..., o casi acabó... Como era imposible detener al que pinchaba o los que pinchaban, se detuvo a los pinchados...

Ya hemos tenido ocasión de hablar de un tal Thibault, pequeño rentista de Batignolles que había causado cierto escándalo en un bar de los grandes bulevares declarando que el muñeco sanguinario no era más que un invento del Gobierno destinado a acaparar la atención pública, que de otro modo preocuparíase por otros

problemas más graves. Pues bien: sucedió que aquel señor Thibault, que, a pesar de vivir en Batignolles, iba todos los días a tomar su aperitivo al bulevar, por el que sentía una afición de castizo parisiense, al pasar frente a un bazar cuyas aceras estaban repletas de una clientela femenina, atraída por un saldo de medias de seda, se detuvo unos segundos a contemplar un espectáculo que —tal vez hizo mal en decirlo en voz alta— no dejaba de tener cierto saborcillo picante...

Inmediatamente fue castigado por aquella inocente crítica referida a la coquetería de aquellas mujeres entre las cuales se había introducido con el buen humor de un viejo parisiense. Y el castigo consistió en la desagradabilísima sensación de una aguja que le penetraba profundamente en la parte más carnosa de su persona...

Lanzó un grito, llevándose la mano al lugar atacado; se volvió repentinamente para sorprender al cobarde agresor; no tuvo tiempo más que para ver cómo por la esquina de la calle desaparecía a saltos una forma vaga, y pidió inmediatamente auxilio:

—¡Me han pinchado, me han pinchado!

Al momento acudieron agentes..., para detenerle...

—¡Hola, hola! ¿Conque le han pinchado?... Pues nosotros pondremos remedio...

Al principio no comprendió lo que le decían. Sólo empezó a formarse una idea aproximada de su aventura en el retén adonde lo llevaron y donde, mientras llegaba el comisario, estuvo en un cuartucho sombrío y fétido, ya ocupado por algunos parroquianos.

—¡Por favor, señores agentes! —protestaba—. Sólo pido que me examinen... Sufro mucho... Les juro que me han pinchado...

—¿Todavía se atreve a decir que le han pinchado? —gruñó uno de los representantes de la fuerza pública, alargando sobre el pobre hombre una cara de guerrero enérgico y bigotudo.

—¡Me han pinchado, señor agente!

—Pues ahí va otro pinchazo.

Y el representante de la fuerza pública, de un puñetazo entre ceja y ceja, hizo rodar sobre el banco al señor Thibault, pequeño rentista de Batignolles.

Luego fue a cerrar la puerta...

Media hora más tarde se volvió a abrir y llamó el agente:

—¡A ver ese del pinchazo!

Se levantó Thibault apenas repuesto de la emoción, y el agente le llevó ante el comisario.

Éste —que parecía de un humor de perros— lanzó al detenido una mirada tremenda para preguntarle:

—Nombre, apellidos y oficio.

—Aureliano Thibault, rentista de Batignolles...

—Según parece, por el informe del agente, ha sido usted pinchado...

—¡Nada de eso, señor comisario!... Hipótesis, suposiciones, manías... Pero ahora le juro que no he sido pinchado... ¡Nada de eso!

Entonces se levantó el comisario. Ya no miraba tremendamente. La más amable de las sonrisas se abría sobre sus labios en flor...

—Creo, señor Thibault, que usted lo ha entendido...

—¡Lo he entendido, señor comisario!

—Ahora, permítame que le estreche la mano para felicitarle por su inteligencia.

—Es usted muy amable, señor comisario... ¿Puedo retirarme?...

—No, señor Thibault, todavía no... Le tendremos con nosotros veinticuatro horas más... Un hombre tan inteligente como usted comprenderá que, para que *los demás* también lo entiendan, necesitamos tenerle con nosotros veinticuatro horas más... Cuando *los demás* sepan que un pinchazo o la suposición de un pinchazo cuesta veinticuatro horas de encierro, se acabarán los pinchazos...

Thibault no protestó. Ya no creía en la justicia de su país ni en nada de lo que constituye la fuerza moral de los pequeños rentistas de Batignolles. *¡No creía más que en el muñeco!...*

Como hemos anticipado, el procedimiento tuvo excelentes resultados. Y ya Bessiéres se felicitaba de ello, aunque la iniciativa se debiera a su colega de la Prefectura, cuando en el despacho de la calle de las Saucedas vio aparecer un hombre del que no había tenido noticias desde el día en que lo enviara con una misión.

—¡Hola, *Emisario!* —exclamó muy alegremente, porque aquel día no se había dado absolutamente ningún pinchazo—. ¿Qué ha sido de usted?... Ya le creía comido por esa sangrienta muñequita...

—La muñeca sangrienta no come —repuso Lebouc tan gravemente, que el director de la Seguridad General perdió al punto la sonrisa—; además, yo no vengo aquí para hablar de esa muñequita, como dice usted.

—Mejor, Lebouc, mejor... Ya no pincha a nadie... Dentro de quince días nadie se ocupará de ello... Y le advierto que no seré yo quien lo sienta.

—Le advierto, señor director, que lo que me trae aquí es mucho más grave de cuanto habíamos imaginado.

—Yo no había imaginado nada. Eso es cuenta de Gassier y de los señores de la plaza Vendôme...

—Estos días, señor director, los he pasado en Corbillères...

—¿En Corbillères?... Pues no le han visto. He pedido noticias suyas a los agentes, a los inspectores...

—A pesar de eso, yo estaba allí... Y si estaba allí no estando la muñeca, puede tener usted la seguridad de que había una poderosa razón para ello...

—¿De qué se trata?

—De algo espantoso.

—¿Espantoso?

—¡Como se lo digo!... ¿Estamos solos?...

Lebouc se levantó, se aseguró de que las puertas estaban cerradas, volvió junto a su jefe y le habló al oído lo menos durante cinco minutos.

El director juró primero, injurió luego y calló y escuchó finalmente. Después, con los brazos cruzados sobre el agitado pecho, repitió:

—¡No es posible, no es posible!

Lebouc, un poco pálido, callaba.

Bessiéres le cogió las manos hasta estrujárselas, mientras le decía:

—Oiga... Usted no es un imbécil... Hay que callar y no hacer absolutamente nada sin que yo se lo diga... Voy ahora mismo a ver al ministro... Espéreme aquí.

Un cuarto de hora después Bessiéres estaba de vuelta en su despacho. Se había ido congestionado, con el rostro a punto de estallar. Y volvió más pálido que Lebouc.

—¿Sabe usted. *Emisario*, lo que me ha dicho el ministro?... Me ha dicho que usted es más peligroso que el muñeco... Y ahora, ¡váyase!... Y, sobre todo, ¡silencio!

A la mañana siguiente, en la primera página de un lugar señalado de *La Época* se leía lo siguiente, impreso en gruesos caracteres:

«*El asunto del muñeco sanguinario, que ya ha hecho correr tanta tinta (y tanta sangre), va a entrar en una nueva fase y a tomar una amplitud espantosa SI SE TIENE VALOR PARA IR HASTA EL FIN*».

Aquellas palabras iban firmadas por las XXX que ya habían aparecido como firma del artículo que dio calor al asunto en sus comienzos.

XV SOBRE LA PISTA

Si bien el inspector Lebouc, por razones que pronto conoceremos, había abandonado la pista del muñeco sanguinario, Jaime Cotentin, a quien dejamos en Corbillères frente a los vestidos hechos harapos de Cristina, se había dedicado con más actividad que nunca a perseguir a Gabriel...

El disector, tras el espanto del primer momento, creía haber adquirido, ya que no la certeza, al menos la esperanza de que su novia vivía. No hubiera podido decir exactamente cómo había terminado entre la joven y el temible autómeta el drama que había revuelto toda la habitación. Pero muchos indicios le permitían creer que si de Cristina no había encontrado más que sangrientos guiñapos, se debían a que Gabriel se los había hecho quitar para que se pusiera ropa limpia y vestidos decentes, ya que en el suelo había etiquetas de un almacén de novedades de Melun que, además, le permitieron hacer una indagación mediante la que llegó a poseer inmediatamente preciosos informes.

Por otra parte, descubrió bajo el tinglado la prueba del paso del pequeño automóvil de conducción interior robado al pobre Lavieuville. Y más aún que su paso, descubrió las razones evidentes de su detención en el misterioso recinto. Unas cuantas cajas de pintura recientemente abiertas y dos grandes pinceles todavía embadurnados de materia colorante, no solamente atestiguaban que el auto había sido pintado. Bino que indicaba cómo había sido pintado el auto. Así es que Jaime Cotentin, tras un viaje de varias horas a Melun, estaba suficientemente informado para tener una idea de cómo iba vestida la pareja y del aspecto del vehículo que les conducía.

Jaime Cotentin no dejó en el pabellón de Corbillères nada de lo que allí había encontrado, para que no le molestasen o entorpeciesen en las investigaciones que llevaba por su cuenta, pues por encima de todo temía la intrusión de la policía en aquel asunto. Y luego se lanzó a la persecución del autómeta, convencido de que le alcanzarla.

Lo que lamentaba era haber perdido tanto tiempo. La suerte de Cristina sería lamentable. La huella de la última lucha que había tenido que sufrir en Corbillères contra las exigencias del autómeta demostraban que la desgraciada hija de Norbert había acompañado al monstruo contra su propia voluntad, y que continuaba siendo su presa.

¿Cuál no sería, pues, la sorpresa del disector cuando en el camino seguido por los fugitivos, en una posada de las orillas del Marne, se enteró de que la joven había bajado del automóvil y había hecho todas las provisiones necesarias antes de volver al coche, donde la esperaba el joven sentado al volante con la mayor tranquilidad?

Luego de las sangrientas etapas, de una pista en la que no había descubierto hasta

entonces más que golpes y heridas para Cristina, Jaime había de felicitarle de que las cosas tomaran un cariz menos trágico de lo que permitía suponer el principio de la aventura. Se alegró, pues, pero no dejó de quedar intrigado...

Los viajeros habían dado la vuelta a París y habían tomado el camino de la Turena, que Jaime conocía perfectamente... Para reconstituir aquel itinerario aún perdió cierto tiempo, porque el pequeño automóvil de conducción interior no siempre recorría la carretera principal... Los caminos secundarios por los cuales se había metido más de una vez demostraban tal astucia por parte del conductor, que Jaime, en otras circunstancias, se hubiera mostrado orgulloso. Pero he aquí que desde que Jaime Cotentin había lanzado su autómatas al mundo, acontecimiento que hubiera debido llenarlo de gloria, ya no estaba satisfecho de nada...

Y era extraordinario el hecho de que su natural carácter taciturno no hacía más que acentuarse a medida que iba recogiendo indicios y pruebas de que Cristina ya no seguía a Gabriel como una prisionera, sino como una compañera...

Por lo menos, si se alegraba de semejante cambio, hay que concluir que la alegría de Jaime Cotentin era muy parecida a la tristeza.

Al fin y al cabo, hay caracteres que se muestran indiferentes y hasta huraños cuanto más íntimamente satisfechos están.

La sorpresa de Jaime Cotentin aún aumentó cuando se dio cuenta de que la pareja, al salir de Tours, había tomado el camino de Coulteray.

—Será una ocurrencia de Cristina —se dijo.

Y así llegó a la singular creencia de que aquella «excursión», inspirada —¿de qué manera!— al principio por Gabriel, era.

Y a la sazón, dirigida por la joven. El autómatas hacia todo cuanto *ella* quería...

Pero ¿qué era lo que ella quería! Volver a ver aquellos lugares cuyo recuerdo no la dejaba, aquellos lugares donde había dejado la sombra, peligrosa para su imaginación, de la pobre marquesa, pálido fantasma que salía a medianoche de su tumba para dar una vueltecita por los cementerios.

—¡Ea! —se dijo Jaime tras unos instantes de reflexión que parecieron devolverle toda su energía—. ¡Vamos a Coulteray! Así tendré ocasión de ver al excelente doctor Moricet, de quien no he tenido noticias hace tanto tiempo...

Jaime había alquilado un pequeño torpedo que guiaba él mismo. Cuando llegó a Coulteray se fue derechamente al mesón de «La Gruta de las Hadas» y preguntó por el patrón.

La criada lo contestó:

—El señor Achard aún no está bueno; pero si usted quiere hablar con él, le puedo acompañar hasta la alcoba de mi amo...

—¿Está enfermo? —preguntó el disector, que se preocupaba de la salud del mesonero como de su primera pieza anatómica.

—Muy enfermo... Pero hace todo lo que el médico le ordena... Sigue muy bien el régimen...

Y la criada, empujando una puerta, dijo:

—¡Señor amo!... Aquí hay un viajero que quiere hablar con usted, si no es mucha molestia...

—¡Nada de eso! —respondió el señor Achard—. Cuando uno está enfermo, ¡cuanta más compañía, mejor!...

Jaime dio la vuelta a un biombo y se encontró con el enfermo. Llevaba un gorro de algodón hundido hasta las orejas, y estaba sentado frente a un magnífico fuego de leña que llenaba toda la chimenea. Junto a él había una mesa abundantemente provista de vituallas y de ampollas en las que se irisaba el vinillo de Anjou esperando que el convaleciente lo catara. Y, en efecto, el mesonero estaba en aquel momento muy ocupado en rociar con aquel generoso caldo una apetitosa gallina de Tours que se encontraba en el asador, sobre el fuego magnífico.

—¡Hola! —hubo de exclamar Jaime—. Ya veo que su enfermedad va bastante bien...

—Hago todo cuanto está en mi mano para que se resuelva favorablemente —contestó el otro moviendo la cabeza con aire de resignación—. El doctor Moricet me ha abandonado hace veinticuatro horas y no tengo más remedio que arreglarme yo solo...

—¡Pues no se arregla mal!...

—Es el régimen a que estoy sometido, señor... Y aunque, según parece, goza usted de buena salud, se lo ofrezco de muy buena gana...

Jaime sentóse al mismo tiempo que daba las gracias: ¡no tenía apetito!...

—Pues si no tiene apetito, lo mejor es que le consulte su caso a un médico... Vaya al doctor Moricet, que no hay otro como él para curar con un régimen adecuado enfermedades como ésa... Tampoco yo tenía hambre; pero él me dijo que era preciso comer... ¡y cómo!...

—Lo que no comprendo es la enfermedad que pueda tener usted —manifestó el disector—. Su cara no puede estar más lozana.

—¡Ay! —gimió el otro, mientras engullía medio chorizo humeante que había embalsamado una fuente de lentejas servidas a guisa de sopa—. ¡Ay! No se ha de juzgar a la gente por la cara que pone... Yo, aquí donde usted me ve, soy un desgraciado.

—¿De qué sufre usted?

—*Del lado... del lado moral...*

—¡Ah, ya!

—Sí, señor, sí. Tengo la moral muy débil, según ha dicho el doctor.

—Pues le deseo que se restablezca pronto —dijo Jaime sonriendo, porque tomaba

como pura broma las frases de su interlocutor—. Mientras tanto, voy a exponerle el objeto de mi visita. ¿No me conoce usted?

Achard le miró y dejó el tenedor y la cuchara, porque se servía de ambas manos a la vez. Luego, frunciendo el ceño dijo:

—¡Ay!... Si no me equivoco, es usted el que vino a comer a casa el día que enterramos al vampiro...

—En efecto.

El otro, frunciendo cada vez más el ceño, añadió:

—Usted es el que se instaló en el castillo con la joven que había sido amiga de la marquesa.

—Efectivamente. Con aquella misma joven vine a comer aquí. ¿La recuerda usted?

—Sí, creo que sí... Tengo muy presente aquella *terrible noche*... Sólo de pensar en ella noto que la moral se me pone más débil...

Y de un formidable bocado hizo desaparecer la otra mitad de chorizo. Luego vació de un trago media botella de Vouvray, se enjugó la boca y miró a Jaime Cotentin con una especie de consternación melancólica y casi enternecedora.

—¿Qué es lo que usted quiere saber? —preguntó.

—Quisiera saber si ha vuelto usted a ver a aquella joven, si ha pasado por aquí...

Achard lanzó un suspiro para decir:

—No se preocupe, joven... Las mujeres, aun las mejores, trabajan para el diablo... Crea lo que le dice un hombre que va donde vaya el primero, que siempre ha sido galante con las mujeres y a quien, sin embargo, siempre han engañado... Todo es cuestión de acostumbrarse... Si yo hubiera de enfermar por una cosa de éstas, seguramente no me vería como me veo... ¿Quiere usted un vasito? Este vinillo da más calor que el mismo Sol... Pero volviendo a lo que usted quiere, voy a decirle que esa joven volvió no hace aún ocho días... *Iba con otro*... ¡Es la vida!

Tras un silencio y un nuevo trago, prosiguió el mesonero:

—No crea que estuvo aquí mucho tiempo... Vinieron en un pequeño automóvil, del que ella bajó para llenar de provisiones una cesta... En seguida volvió a reunirse con su amiguito... Parecía como avergonzada de que la vieran... Yo procuré fisgonear con quién iba. Y su sustituto —dicho sea sin ánimo de ofenderle— era un buen mozo... ¡Oh, las mujeres!... Pero ¿qué lo vamos a hacer?... Se marcharon hacia el castillo. Luego supe que ella había ido a rezar sobre la tumba de la vampiresa... Pero ya no les he vuelto a ver.

—Y a la vampiresa, ¿*la ha vuelto a ver*? —preguntó sarcásticamente Jaime, que, aun cuando ponía buena cara a las singulares consideraciones del posadero referentes a su infortunio, tenía unas ganas enormes de romperle la sopera en la cabeza.

Lo que no esperaba era el efecto que iba a producir su pregunta, hecha en el tono

del hombre de talento que se burla de un imbécil.

Achard se levantó bruscamente; sus hermosos colores desaparecieron de una manera súbita; una nube inquietante había esparcido su velo sobre los ojos poco antes tan resplandecientes como el vino en el que encontraban la alegría de vivir.

—La he vuelto a ver —respondió—. La volví a ver precisamente la noche en que su ex amiguita «pasó por aquí»... No fui yo el único que la vio... Y los que la vieron también están enfermos... A mí se me agolpó la sangre; a Bridadle, el herrero, se le puso un dolor en el corazón que le ha quitado las fuerzas tan necesarias en su oficio; a Verdeil, el que tiene el garaje junto al puente, se le ha trastornado la cabeza de tal manera, que confunde la derecha con la izquierda, lo cual es muy peligroso para conducir automóviles...

Y es que esta vez no ha sido como la primera... Entonces la vimos desde tan lejos que luego pudieron contarnos todo lo que quisieron... Quienes nada vieron se creyeron en el caso de burlarse de nosotros... ¡Cuánto siento que no ocuparan nuestro lugar!... Pues bien: la última noche de que le hablo, era la del martes pasado, estábamos en el salón de billar Bridaille, Verdeil y yo. Acabábamos de terminar la partida y cada cual se disponía a volver a la cama. Verdeil había encendido ya su lamparilla, aunque no se habían apagado las luces del día. Se lo digo para que se dé cuenta de la claridad que había... De pronto, llamaron a la ventana...

—Apuesto cualquier cosa —dijo Bridaille— que mi mujer viene a buscarme...

Y abrió la ventana... Entonces los tres lanzamos un grito y retrocedimos. Muy cerca de la ventana, al alcance de la mano, estaba la vampiresa... ¡No cabía duda! Era la marquesa de Coulteray, tan blanca como la nieve que caía desde por la mañana. Además, reconocimos su voz.

—¿Habló? —preguntó Jaime, que, a pesar suyo, estaba ligeramente emocionado.

—¡Claro que habló! Aún resuena en nuestros oídos lo que dijo. Dijo esto: «Soy yo, Achard. Esta noche hace mucho frío y me da miedo ir sola por esos caminos. ¿Quieres llevarme a mi tumba?...». Le aseguro que no invento nada. Nosotros tres éramos incapaces de un movimiento, parecíamos estatuas... De pronto lanzó un chillido penetrante, como un pajarraco nocturno, y se fue... Vimos que por el recodo del camino desaparecía su fantasma, *seguido por otro fantasma*... Por lo visto, los fantasmas de vampiros se dedican a perseguirlo de noche... Yo caí tieso sobre el suelo; Bridaille, que es muy religioso, estaba de rodillas y más emocionado que un fraile que hubiera visto el infierno; Verdeil, en cambio, tuvo ánimo para cerrar la ventana... Aquella noche durmieron en mi casa, y a la mañana siguiente volvieron a las suyas... Pero tan mal nos encontrábamos, que hubo que llamar al doctor... Como hecho adrede, estaba fuera: creo que había ido a ver a un cliente de Sologne... Volvió por la noche. Le contamos lo sucedido y nos respondió al momento que se nos había debilitado la moral... Y cuando el doctor Moricet lo dice, por algo lo dirá... Lo

chocante es que los tres tuviéramos esa misma enfermedad de la moral...

—¿Y les ordenó a los tres el mismo régimen? —preguntó Jaime.

—Sí... Aquí lo preparamos... Si pasa usted por la cocina, verá «el régimen» que la criada va a llevar a Bridaille y a Verdeil... Yo soy el que está más enfermo, y, por lo tanto, el que carga más la mano en el régimen... Solamente por haber vuelto a hablar del asunto noto más debilidad en la moral... ¡Voy a ver cómo está la gallina!...

Achard ya no sonreía. Jaime tampoco. Resistió otra oferta del mesonero, se despidió y subió seguidamente a su automóvil.

Se detuvo ante la casa del doctor Moricet, cuya criada le dijo que el señorito estaba ausente y que no volvería antes de la noche. En vista de ello, se fue al garaje de Verdeil, que estaba en la encrucijada de los tres caminos, junto al puente, e interrogó rápidamente al empleado, por quien se enteró de que el coche que le interesaba se había provisto de esencia y se había dirigido por el camino de Saumur, es decir, hacia el Oeste. Y una vez obtenido semejante informe, tomó, con gran asombro del mozo, el camino del Este, que lleva hacia Sologne...

Pero a las diez de la noche volvió a pasar por allí y se fue a dormir a Saumur.

En Saumur, al día siguiente por la mañana, se enteró de que los dos viajeros a quienes buscaba habían bajado el miércoles antes, a las dos de la madrugada, en el mismo hotel, donde pidieron dos habitaciones. Al amanecer se levantaron, dejaron en el garaje del hotel el pequeño automóvil e hicieron llevar su equipaje a la estación. Jaime pidió ver el coche y asegurarse de que seguía la buena pista.

Interrogando al mozo del hotel, pudo enterarse de que los dos viajeros habían tomado un billete directo para Niza.

Ir a Saumur para tomar un billete directo a Niza, ¿no era el colmo de la astucia de un autómatas?...

Una hora más tarde pasaba un expreso que, por Tours, iba a alcanzar en Lyon al París-Lyon-Mediterráneo. Jaime lo tomó luego de haber dejado su automóvil en Saumur, en el mismo garaje.

No se atrevía a telegrafiar al relojero para que le mandase un despacho a una estación del trayecto —Lyon, Aviñón o Marsella—, por miedo a poner en alarma a la policía antes de que él pudiera alcanzar al muñeco, no hubiera juzgado serenamente la situación y no hubiese tomado las resoluciones del caso. Sin embargo, ardía en deseos de saber si Cristina lo había escrito a París para ponerle al corriente de su fuga con Gabriel y situarle en condiciones de encontrarles.

No podía pensar sin dolor que la hija de Norbert aceptara tan fácilmente, sin preocuparse de su padre y de su novio, la suerte que le deparaba el autómatas.

Para distraer su inquieto pensamiento, echó mano de los periódicos. Le saltó a la vista un título que encontró en todas partes: *El muñeco sanguinario*...

Así conoció la loca confesión del relojero, las declaraciones del profesor Thuillier

y la indecible emoción de todo París. En Marsella los diarios locales empezaban a dar detalles sobre el misterioso trocar encontrado en la casita de Corbillères y publicaban telegramas referentes a los primeros pinchados...

Como era de esperar, Jaime no vio en ello más que una sugestión, explicable, en fin de cuentas, que había obrado de manera general sobre todos los espíritus. Sin embargo, la observación de que se pretendía (*ahora*) que había pinchazos en los cadáveres de Violette y de las últimas víctimas de Corbillères empezaron a hacerle reflexionar... Sabía que el trocar había sido encontrado en Corbillères y que el muñeco no lo había usado, como tampoco, por lo demás, lo había usado Benito Masson...

Entonces...

¿Habría otras pistolas de trocar?

Con esta pregunta se entraba en un nuevo orden de ideas, en el que se mezclaba el marqués, del que no se habían tenido noticias a partir de la fúnebre ceremonia de Coulteray. De ello parecía resurgir de tal manera la posibilidad de probar la inocencia de Benito Masson, y, por lo tanto, del muñeco, que Jaime se preguntó si lo más conveniente no sería tomar cuanto antes un tren para París. Pero se dejó ganar por el deseo de alcanzar al muñeco, y, *sobre todo, a Cristina*, cuya actitud, tan extraña por lo pasiva, le turbaba cada vez más. Así es que continuó hasta Niza.

En Niza perdió toda huella.

Recorrió los hoteles, pero le fue imposible enterarse de dónde se habían albergado los dos viajeros.

Por la noche estaba abatido junto a la mesa del salón donde estaban los semanarios locales que daban los nombres de los viajeros últimamente llegados y los nombres de los hoteles donde se alojaban. Inútilmente buscó en aquella lista indicación cualquiera, como por ejemplo, la de los «señores de Lambert», nombre que la pareja había dado en Saumur. En cambio, sus ojos toparon con los nombres de los forasteros que habían subido recientemente a la cercana estación de la alta montaña, a Peira Cava (juegos y deportes de invierno), y que se habían hospedado en el hotel de las Grandes Cumbres. Entre aquellos nombres había uno que le hizo lanzar una sorda exclamación: «Los señores de Beigneville...».

¡Era el apellido de la madre de Jaime!...

Seguramente el apellido habría sido escogido por Cristina para dar, si acaso se presentaba coyuntura, una indicación de la que no recelase Gabriel.

Cristina, pues, ¡continuaba pensando en él!...

XVI IDILIO EN LA NIEVE

A partir de entonces, la conducta de Cristina le pareció completamente natural.

Seguramente se había dado cuenta —a su costa, como lo atestiguaban las primeras huellas de la espantosa aventura— de que resistirse a la voluntad desatentada del autómatas no podía conducir más que a una catástrofe...

Y le habría seguido *aparentando* buena voluntad y para no dejar entregada a sí misma *aquella terrible máquina con cerebro de asesino*. Porque Jaime no podía olvidar que Cristina no dudaba de que la culpabilidad de Benito Masson era cierta...

¡Pobre y adorada Cristina!... Teniendo semejante convencimiento, ¿qué heroísmo no necesitaría para vivir *sonriendo* en tan temible compañía?... Tendría que acatar la voluntad de Gabriel, el cual pasaría el tiempo vigilándola, prohibiéndole todo gesto, todo paso que pudiera facilitar una pista y romper la intimidad que no se había atrevido a esperar en la vida normal y con asqueroso rostro y que debía a la sublime aventura...

Y he aquí que Cristina había encontrado o que deseaba enviar a Jaime, a través del espacio, aquella llamada: ¡Beigneville!..., que solamente podía comprender él...

Aquel llamamiento le había conmovido como una onda hertziana que encuentra su receptor.

Y acudía...

¡Iba a salvarla, a desembarazarla de su tirano!... El amor propio de autor quedaba relegado. ¡Maldecía una vez más su genio, que solamente había conseguido el suplicio de Cristina... y *el suyo!*... No vacilaría en destruir la maravilla constituida por su obra, que era como su hijo...

Para él no había más verdad en el mundo que estrechar a Cristina en sus brazos. ¡Lo demás, todo era mentira!...

Estas cosas iba pensando Jaime, mientras el autocar remontaba el valle del Paillon, daba la vuelta a las montañas, dejaba detrás el Escareney, se detenía para respirar unos minutos en la placita de Luceram y permitir a los viajeros que visitaran la curiosa iglesia, las ruinas del castillo y las murallas de la colonia romana que fue *Luce Ara*.

¡Oh las viejas piedras, las viejas imágenes, el abismo del pasado!... ¿Qué significaban para un hombre que, como Jaime Cotentin, se había inclinado sobre el abismo del porvenir y que corría a la busca del demonio que acababa de salir del abismo a la llamada imperiosa de su voz?

¡Pobres de quienes se adelantan al tiempo, de quienes se anticipan a la hora que regula la marcha del rebaño!... ¡Pobre del inventor a quien mientras espera los laureles futuros se le forjan cadenas!... ¡Con una mano lanza sobre el mundo el rayo de Prometeo, pero cuando abre la otra encuentra el ave nocturna que se convertirá en

el buitre que le registro las entrañas!...

¡Palabras pomposas, en verdad, aunque a medida de esos semidioses cuya frente vencida continúa amenazando al universo!... Claro está que desentonan un poco cuando se trata de un pobre enamorado que solamente pide olvidar su genio en un beso... Pero si la tragedia es menos elevada, en cambio es muy humana y... quizá mucho más emotiva... En fin: demos a nuestro Jaime Cotentin tal como es, a la medida de una época en que los héroes no han sido tallados de una pieza en el granito mitológico...

¡Qué impaciente estaba Jaime en la placita de Luceram!... ¡Y cómo maldecía al buen cura que a todas sus virtudes unía el competente entusiasmo de un arqueólogo ante sus hermosos retablos primitivos!... «¡En marcha, en marcha!». Al parecer, allá arriba había un tiempo que podía reservar a los viajeros sorpresas desagradables...

A partir de Luceram la ascensión se hacía más ardua y comenzaban a aparecer las primeras nieves, al mismo tiempo que un panorama de un relieve caótico extendía su círculo inmenso hasta la Costa Azul, entrevista como un lejano paraíso.

Jaime estaba convencido de que Cristina desconocía aquel país; pero suponía que Benito Masson, en el curso de sus viajes, habría pasado por allí, pensando en un retiro solitario —o de dos— que estaba a punto de realizar...

Media hora antes de llegar a Peira Cava (1.500 metros sobre el nivel del mar), tuvo que detenerse el autocar...

La nieve que había caído en gran abundancia durante toda la noche, interceptaba el camino, de manera que no podía pasar ningún vehículo, como no fuera un trineo.

El chófer, para consolarlos, les comunicó que el hecho no tenía nada de extraordinario, y que los habitantes de Peira Cava, casi todos los inviernos, tenían ocasión de permanecer aislados del resto de los humanos durante una semana o dos. Así es que los posaderos tienen la precaución de proveerse de conservas, con lo cual los huéspedes no pasan por el peligro de morir de hambre. El incidente, para los que estaban bloqueados, era, no un motivo de espanto, sino una nueva diversión.

Alertos gracia tenía para los turistas que se veían detenidos en su excursión, que tenían que renunciar al almuerzo y que habían de dar media vuelta hacia Luceram, porque eran muy raros los que se decidían a continuar el camino por la nieve sin ir equipados para semejante expedición.

Sin embargo, Jaime no vaciló. Sin más apoyo que un bastón, y a pesar de cuanto le advirtieron, emprendió el viaje, al fin del cual llegó extenuado y casi muerto de hambre. Había invertido tres horas para andar una legua.

Ya puede suponerse en qué estado se presentó en el hotel de las Altas Cumbres, donde se habían alojado los señores de Beigneville...

El hotel lo regentaban tres hermanas, llamadas Elisa, Florisa y Denisa, las cuales rodearon al recién llegado con el más laudable espíritu de caridad. Pero Jaime, que se

había instalado ante la estufa, la cual hacía humear sus vestidos, no respondía a todas las preguntas más que con estas palabras:

—¿Está aún aquí el señor de Beigneville?...

Le dijeron que los señores de Beigneville no habían hecho más que pasar veinticuatro horas en el hotel de las Altas Cumbres. Y como el huésped, al enterarse del dato, mostrara más abatimiento, se apresuraron a hacerle saber que no se habían ido de aquellos parajes. Precisamente habían alquilado a la entrada del bosque de la Mairiso, en el camino de Turini, un pequeño chalet aislado, donde vivían de una manera muy retirada.

—Debe de ser una pareja de recién casados —aseguró la señorita Denisa con una convicción encantadora—. Se adivina en seguida por las atenciones que se gastan y porque no se separan nunca... Siempre van cogidos del brazo y se dicen cosas al oído... ¡Da un gusto verles!... Los dos son muy guapos y causan la admiración de todo el mundo, aunque viven tan hurañamente para los demás... Quiero decir que no admiten a nadie en la intimidad... SI, sí: da gusto verles por las tardes, sentados muy juntitos, bajo un abeto, en Pra-de-la-Cour, mirando cómo los demás se entretienen en esquís o trineos... Luego se vuelven tranquilamente a su casa... ¡Qué hermoso es el amor!...

—Permítame, señorita, que le diga que está usted en un error —interrumpió con la voz ronca Jaime Cotentin, que sufría un verdadero martirio—. Conozco a esas personas, porque soy cercano pariente de ellas. Se han refugiado aquí, lejos de importunos, para descansar en la paz de la montaña de grandes trabajos y de grandes dolores. No se trata de unos recién casados, sino de dos personas unidas por una santa amistad. Temo que haya interpretado usted mal los datos de su libro registro. Los señores de Beigneville son nada más y nada menos que hermano y hermana.

—Lo mismo opinamos nosotras —dijeron al unísono las señoritas Elisa y Florisa. Y Florisa aún añadió:

—La joven, en efecto, tenía cuidados maternales para él. Aquí pasaron veinticuatro horas. Él tenía un cuarto orientado hacia Pra-de-la-Cour, hacia Levante...

—Y ella —agregó Elisa— tenía el cuarto hacia Poniente, hacia el monte Celas...

—Eso no tiene nada de particular ni significa nada tratándose de personas del gran mundo, como se ve que son éstas —repuso Denisa—. Son personas del gran mundo. Y no nuevos ricos. Se ve en su comportamiento. ¡Ni una palabra más alta que la otra!... Al señor Bieigneville ni tan siquiera le he oído una palabra...

—Está mudo —declaró Jaime Cotentin.

—¡Pobre hombre! Ahora comprendemos por qué no le abandona nunca su hermana. ¿Estás convencida? —preguntaron a la vez Florisa y Elisa a Denisa.

—No me queda otro remedio —concedió Denisa con una mueca sonriente— si el

caballero, que les conoce, afirma que estoy equivocada. Pero ello no me impide lamentarme de haberme equivocado en lo que me figuraba, que era muy bonito...

—Hay que perdonar a nuestra hermana —advirtieron Elisa y Florisa—, porque es algo novelera...

—¡Qué casualidad! —exclamó Denisa—. Por ahí pasan... ¿Parecen o no parecen dos recién casados?...

Jaime, a quien se acababa de servir una taza de caldo caliente, en el que ya mojaba sus labios, dejó el tazón y se asomó a los cristales, en los que apoyó su frente... ¡Eran ellos!... ¡Y era verdad que parecían lo que decía Denisa!...

Vestían ambos jersey de lana blanca. Los dorados cabellos de Cristina, bajo su gorro demasiado pequeño para contenerlos, le hacían una jubilosa aureola. Él pasaba grave y bello, con su rostro misterioso. La joven le estrechaba tiernamente el brazo y cruzaban sus miradas, que se decían cosas, a pesar de los labios mudos...

Denisa estaba extasiaría; Florisa y Elisa proponían al viajero que llamara a la pareja.

—¡No, no! ¡Déjenlos! —repuso Jaime volviéndose bruscamente.

Y estaba pálido, muy pálido...

—¿Se ha puesto enfermo? —preguntó Denisa.

Jaime, que se había sentado en una silla, contestó:

—¡No es nada! Cansancio...

Se bebió lentamente el caldo. Y al beberlo, a sorbitos, sonreía muy amargamente...

—Si yo le dijera a esta señorita Denisa —pensaba— que Cristina no estrecha tan fuertemente a su pareja sino por miedo a verle caer, suceso que daría lugar a una escena ridícula, quizá se entusiasmará menos con el espectáculo que acaba de presenciar... *El bello Gabriel aún no ha aprendido a levantarse solo...*

¡Qué cosa más lamentable es el amor!... El genio de Jaime se regocijaba por no haber dado al mundo más que un ser imperfecto, y llegaba a mofarse de su misma impotencia, porque había visto que Cristina sonreía al sublime muñeco...

¡Y es que Denisa tenía razón!... Cristina no sólo sujetaba el brazo del señor de Beigneville fuertemente, sino también tiernamente...

Tan bien lo sabía Jaime, que unos instantes más tarde, a pesar de su inmensa fatiga y de su abatida moral, emprendió sin ninguna alegría el camino seguido por la feliz pareja: camino que acababa de dejar libre un escuadrón de cazadores alpinos, y al fin del cual encontró el pequeño chalet a la entrada del bosque de la Mairise...

—Bien sea Benito, ya sea Gabriel, siempre necesita un refugio en la soledad... ¡y con mujeres!... —pensaba el disector—. Y añadió: *Pero esta mujer... ¡no huye de él!*

...

Iba Jaime a dar la vuelta a la casita de madera, cuando oyó la voz de Cristina y

quedó inmóvil.

Hablaba con Gabriel...

Jaime no les veía, pero debían de estar ambos junto a una ventana desde donde descubrirían el circo prodigioso de los Alpes iluminados por los resplandores del Sol poniente.

Durante varias horas las cumbres habían estado envueltas en nieblas opacas, en las que apenas se las adivinaba, formando un caos gris y húmedo. Luego, de pronto, como por una especie de *fiat lux*, ocasionado por uno de esos súbitos cambios de viento tan frecuentes en los Alpes, la cortina de las nubes fue levantada, fue desgarrada. Y la serie de montañas, valles y mesetas aparecía como estremeciéndose en una fundición...

Había callado la voz...

Poco a poco las cenizas moradas de la noche apagaron aquel incendio y apareció la Luna en su carro de plata.

La voz de Cristina se elevó de nuevo.

—¡Qué hermosura, qué hermosura! *Tienes razón, querido... ¡Ahora todo es hermoso!...*

Le tuteaba, le prodigaba las más cariñosas palabras... ¡Y al otro le parecía que *todo era hermoso ahora!*...

La frase demostraba que los dos se comunicaban, a pesar del mutismo del muñeco, *con una facilidad que había sido prevista...* Porque Jaime, en lo posible, no había olvidado nada... ¿Acaso no había enseñado a Cristina el lenguaje de los sordomudos para que a su vez lo enseñase al muñeco, lo cual, además de los papelitos, permitiría una conversación cada vez más rápida entre el autómatas y sus creadores?

Ahora, por lo visto, el muñeco no necesitaría ya de papelitos.

¿Para qué escribirse cuando para comprenderse basta con hacerse señas o con la mirada?

Y la voz que nunca le había hablado así a Jaime continuaba desarrollando su melodía...

—¡Nada, mi Gabriel, puede ser más bello que lo que sucede en estos minutos sagrados!... A veces tus ojos me miran con una súbita tristeza que es un sacrilegio... ¿No me has dicho cien veces que antes de este bendito milagro, la vida había sido para ti el peor de los males y que ahora disfrutabas el placer de los dioses?... Tus cantos de poeta ya no son más que cantos de triunfo... Por la mañana, al salir de la noche santa, cuando me los traes, me los aprendo y los grabo en mi corazón... ¡No estés triste, Gabriel!... Oye el canto de la última noche:

»¿Qué importa que en los mundos que recorren cielos demasiado pequeños para que se detenga nuestro pensamiento, en los mundos que sólo poseen un Sol, las

arenas del tiempo se corran mientras se desploman los mundos?... *¡Mi resplandor te pertenece!...*

»¡Oh, Cristina! ¡Deja tu cristalina mansión y lleva los secretos de mi pensamiento a través del cielo superior! ¡Divulga tu mensaje a los orbes orgullosos y no temas que las estrellas no tiemblen ante el crimen del hombre!... *Es puro el hijo que ha salido de tus manos... Y sus manos son vírgenes de la sangre del sacrificio...*»

Reinó un silencio terrible, silencio durante el cual sonaba furiosamente en los oídos del aturdido Jaime el eco de aquellas cuatro palabras que le humillaban y le dominaban: *¡Mi resplandor te pertenece!*

Luego de aquel arrebato, que agujereaba los más lejanos confines del espacio, el diálogo, o, mejor dicho, el *monólogo de dos*, cayó de nuevo al nivel de la conversación. Pero, de todos modos, ¡qué conversación!...

—¡Tus sufrimientos y tu muerte, oh mi Gabriel, te han formado un alma única! Eres el único ser al que una mujer puede acercarse con la confianza, el respeto y el infinito amor que debe a su Dios... Si mi Gabriel se encuentra triste, triste me verá, porque se halla por debajo de su destino... *Hemos conservado tu alma libre de tu cuerpo... ¡Nos debes tu alegría!...* ¿Quién puede fijar límites a las facultades del alma cuando no es alterada por ningún pensamiento terreno ni manchada por ningún ceno humano? *Si no fueras lo que eres, no te dina que te adoro...*

Jaime se apoyó en la pared para no caer.

Y luego, al oír que cerraban la ventana, aún tuvo fuerzas para dar, titubeando, unos pasos. Cristina, que corría los visillos, le vio. Lo hizo una señal que le dejó inmóvil. Unos minutos después estaban juntos.

Cristina le dijo palpitante:

—¡Vete, vete, que no te vea!... ¿Estás en la fonda de las tres hermanas?... Esta noche iré a verte.

—Si no te sirve de molestia... —replicó Jaime.

Y se volvió lamentablemente hacia Peira Cava...

XVII

Si; tengo frío, un frío de hielo,
y ardo en todas partes...
Bajo el hielo y en el fuego
encontrarás tu dios.
VERLAINE

Jaime, al entrar en la fonda, daba lástima. Sin embargo, rechazaba todos los cuidados...

Las tres hermanas, discretamente, no insistieron. No obstante, la criada del primer piso, la buena Catalina, por indicación de las tres señoritas, proveyó la chimenea de su habitación de leña bien seca y colocó un ladrillo caliente en la cama. Además, ofreció al viajero un *grog* de elevada temperatura. Pero Jaime dejó que se enfriara todo...

Dos horas más tarde, mal envuelto en una manta, hundido en el sillón donde había refugiado su tristeza, gritaba, escupía y tosía mientras sentía que las primeras ondas de la fiebre recorrían su cuerpo indefenso...

En esto vinieron a anunciarle la visita de la señorita de Beigneville.

Con ojos apagados la vio entrar en la estancia.

—¡Oh, mi pobre Jaime! —gimió ella—. Necesitas quedarte... ¿Qué te pasa?

—¡Me lo preguntas tú! —replicó él—. No es nada grave. Tengo frío en el corazón...

Y volvió a toser.

—Vas a acostarte en seguida y a dejarte cuidar. No me gusta nada tu respiración. Catalina y yo te aplicaremos ventosas.

El desgraciado rio desgarradamente, para preguntar:

—¿También le aplicas ventosas a Gabriel?

—No. Está muy bien —respondió Cristina cándidamente y un poco asombrada—. ¿Has olvidado que no teme el frío ni el calor?

—¡No, no lo he olvidado! ¡Dichoso Gabriel!... ¡Ni tan siquiera se constipa!... ¡Cómo lo lamentarla el señor Birouste! Poca ganancia dará Gabriel a los herboristas. ¡Nada de vahos! Y en cuanto a la vaselina mentolada para las fosas nasales...

—¡Jaime! Tu ironía glacial...

—Glacial es la palabra, querida Cristina. Estoy irónico porque me encuentro frío. Perdóname este acceso de mal humor...

—Mal humor que es indigno de ti.

—¿Por qué?

—¿Qué has hecho de tu espíritu superior?

—Ya que me lo preguntas, te responderé que no sé nada de él. Lo habré perdido en el camino, entre la nieve...

—En el fondo, todos los hombres sois iguales... Os sentís muy fuertes y con músculos para escalar el cielo. Pero a la menor indisposición, todo se viene abajo... Y entonces no admitís cuidados y os ponéis todos igualmente insoportables...

—¿Dices eso por Gabriel? —replicó Jaime.

—¿Por qué no?... Tenéis un pudor estúpido... Olvidáis que somos hermanas de la caridad... En cuanto a Gabriel, *cuando ha Llegado el momento de curarle*, no ha querido que yo interviniera. *He tenido que explicárselo todo para que se curara él. No quiere confiarme sus llavines. Como él dice, se arregla solo.*

—Lo principal —repuso Jaime con voz cada vez más dificultada por una tos irritada e irritante— es que hayáis acabado por entenderos.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Cristina frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Acaso me lo reprochas?

—¡Nada de eso! Pero el hecho de que lo celebre quizá no me quita el derecho de asombrarme... He estado en Corbillères, he recogido tus notas y he visto las huellas de un drama que me había hecho temer por tu vida... Por lo tanto, había de ser para mí una sorpresa y una alegría veros por aquí cogidos del brazo.

—Vas a comprenderlo todo en seguida, Jaime... Tenías razón al decir que Benito Masson era inocente.

—¿Te ha convencido Gabriel?

—Sí...

—¿Te ha convencido *bajo pena de muerte*?

—Quizá... Creo, en efecto, que si no hubiera llegado a convencerme ni él ni yo perteneceríamos ya a este mundo... Me arrastraba a una catástrofe de la que no le hubieras resucitado.

—¿Y qué te ha dicho para convencerte?

—¿Recuerdas, Jaime, que cuando trabajamos en la «gran obra» y *te ocupabas de los ojos*, me decías que vería, pero que de creías que llorara nunca?... *Pues bien: ha llorado... ¡Oh!*

Cuando vi correr las lágrimas sobre la cera de su rostro, me pareció que su alma, encerrada por nosotros en una caja, salía para decirme: «He aquí, Cristina, tu obra viva. Lo que has creído eterno no es el gesto de un autómatas, sino mi dolor. ¿Estás satisfecha?...». Entonces enjuagué sus lágrimas, que sólo dejaron de fluir cuando le dije: «Deja de llorar, Gabriel, porque creo en tu inocencia».

—Luego, ¿os tuteáis?

—No me parece que la cosa sea muy grave.

—Tan grave, Cristina, no solamente para él, sino para todos nosotros, que no he vacilado en venir a turbaros...

—¿Qué?

—Nada... Hablemos de la inocencia de Benito Masson. Mientras tanto, procuraré

olvidar a Gabriel.

—¡Qué cosas piensas, Jaime!

—¿Qué quieres?... Soy un hombre.

—Pero Gabriel no lo es.

—Peor que si lo fuera.

—Tú lo has hecho así.

—Repito que hablemos de su inocencia *en tanto que hombre...* Quedamos en que le has visto llorar, le has tenido fe...

—¡Fe!... Ésa es la palabra...

—¿Y le ha bastado tu fe?

—Tanto le ha bastado, que ha consentido en dar explicaciones. Mientras yo no he creído en él, mientras me he figurado que era presa de un monstruo, se ha portado como un monstruo arrastrándome rabiosamente en su torbellino; pero cuando me ha visto conmovida por sus lágrimas, me ha confiado humildemente sus miserias con una simplicidad infantil... Se ha arrodillado para entregarme sus heroicos, alucinantes y lamentabilísimos garabatos que gritaban y explicaban su inocencia... ¡Qué sencillo era todo. Dios mío!... Tú mismo juzgarás, Jaime... Cierto es que ocultaba en la bodega el equipaje de las mujeres desaparecidas; pero si ellas se lo hablan dejado, ¿qué iba a hacer con él? ¿Qué hubiera podido contestar a quienes le preguntasen algo de él?

—Me choca que me preguntes eso a mí, que siempre he creído en la inocencia de Benito Masson... La verdad es que las mujeres tienen un extraño concepto de la lógica... Pero ¡continúa, Cristina, que me interesas!... ¿Y qué dijo de Violette?

—Dijo que Violette *era aquí el único que conocía la verdad*, o cuando menos se había enterado de ella a su costa en el momento de su muerte, *y de eso murió...* Supone Gabriel que el guardabosque debió de asistir al atentado de que fue víctima Annie. Hacía días que Violette vigilaba incansablemente a la muchacha. Es más: seguramente intervino en el momento del drama, por lo cual le quitaron la vida.

Se produjo un silencio. Luego Jaime dijo lentamente:

—Todo eso pensé yo. Y no solamente lo pensé, sino que te lo dije. ¿Acaso no lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Buena memoria tienes.

—Me lo habías dicho, pero yo no quería, o, mejor dicho, no podía entender nada, a causa de la horrible escena...

—No importa que vieras descuartizado el cadáver de Annie. Recuerda también que Benito alegaba en el proceso que el hecho de descuartizar a una mujer no demuestra que el descuartizador la haya asesinado. Esa afirmación me parecía evidente.

—¿Te parecía evidente que él no la había asesinado?

—Distingamos... Me parecía evidente que aquello no demostraba que Benito Masson fuera el asesino de Annie... Cuando se razona, Cristina, «hay que saber distinguir»... Pero las mujeres no suelen poner su distinción en los razonamientos... Y no es que me queje, ni me quejaré mientras no me sienta en el banquillo de los acusados...

—¡Qué cruel eres, Jaime!...

—¡Nada de eso!... ¡Tomo mis precauciones!...

—Nunca creí que un constipado pudiera cambiar así a un hombre... Pero te perdono, porque me hago cargo...

Jaime suspiró cansinamente:

—*Espero lo referente al cadáver de Annie... ¿Es interesante?*

—He aquí lo que me dijo... Un día que Benito volvía a su casa, la corriente del estanque llevó el cadáver casi delante de su puerta... El encuadernador, que ignoraba que Violette hubiera sido asesinada, temió en gran manera que el guardabosque descubriera el cuerpo sin vida de Annie... ¿Acaso su enemigo no andaba siempre al acecho por allí? Además, Benito estaba al corriente de los malvados rumores que corrían por Corbillères. Annie, no solamente pasaría por ser su víctima, sino que *sería la prueba de que las mujeres que le habían precedido en casa de Benito Masson también habían sido víctimas de éste...*

Dado el desconcierto de su espíritu, y obedeciendo a un primer instinto de defensa personal, se inclinó, se apoderó del cadáver, y como estaba a unos cuantos pasos de su casa, lo entró allí, lo dejó en el suelo, cerró la puerta y se puso a reflexionar... Quizá entonces comprendió que lo hecho era lo más peligroso de todo. Pero no puede menos de reconocerse que su actitud era perfectamente explicable.

Sacar otra vez el cadáver era un peligro todavía mayor. ¿No resultaba preferible hacerlo desaparecer allí dentro?... Pero ¿cómo?... ¿Enterrándolo en el patio?... Luego de la nueva desaparición podría temerse un registro que lo pusiera al descubierto... Y así llegó a concebir la idea del descuartizamiento del cuerpo, cuyos trozos quemarla en la cocina... Bajó el cadáver a la bodega mientras el hornillo se enardecía arriba, y comenzó la horrible tarea, que ya acababa cuando yo llegué a la puerta... Lo demás ya lo sabes, Jaime. ¡Benito Masson es un mártir!

—Y Gabriel, un ángel —dijo Jaime con una amarga sonrisa, que fue cortada por un estornudo tan resonante como ridículo.

—Sé razonable, Jaime... Déjame que te cuide. Estás tiritando...

—Pues ponme un gorro de algodón —insinuó Jaime con una risa maligna.

Cristina, harta ya, exclamó:

—Pero, Jaime, ¿qué te pasa?... Estás desconocido... Aún no me has dirigido una palabra cariñosa... Ni tan siquiera me has dado noticias de mi padre... ¡Te figuras

que yo no he pasado también horas dolorosas!...

—¿Te acuerdas de ellas? —interrogó Jaime llorando. Y seguidamente explicó—: Lloro porque estoy constipado. No confundas mis lágrimas con las de *un* Gabriel...

—Te pones odioso y diríase que me odias... ¿No te he llamado yo?... ¿El apellido Beigneville no te ha informado mejor que cualquier telegrama que yo no hubiera sabido dónde enviarte *y que él no hubiera dejado salir?*

—Estás bien guardada, ¿eh?... Me extraña que hayas podido venir aquí...

—Descansa. Ni tan siquiera lo recela... Mañana se lo diré con toda clase de precauciones...

—Te ruego, Cristina, que, sobre todo, no descuides las precauciones. ¡Es tan susceptible Gabriel!...

—No puedes figurártelo.

—Me lo figuro... Pero voy a facilitarte un excelente argumento que, seguramente, le dejará satisfecho. Todo lo que acabas de decirme respecto a las desapariciones de Corbillères puede, si acaso, explicar la inocencia de Gabriel; pero no la demuestra... Oye, Cristina, *creo que la prueba se acerca...* No tienes más que decirle: «Yo sabía que mientras estábamos aquí continuaban en Corbillères y hasta en París las desapariciones, los crímenes, los atentados... Los diarios llenaban páginas enteras con las terribles hazañas del muñeco sangriento... No te he hablado de ello, Gabriel (ya ves cómo no olvido que os tuteáis); pero he encontrado el procedimiento de avisar a Jaime... Lee estos periódicos que acaba de traernos a un sitio bloqueado por la nieve y exponiéndose a una grave enfermedad...».

Cristina, sin advertir la terrible ironía que había en aquellas palabras, pronunciadas con voz cada vez más perturbada por el catarro (con hipersecreción), se apoderó de los periódicos y los hojeó ávidamente. Al llegar a las últimas indiscreciones firmadas por XXX, exclamó:

—¡Qué contento va a ponerse!... Tienes razón. Ahora puedo decirle que estás aquí... *Es un buen pretexto...*

—Demos gracias al cielo —replicó Jaime sonándose con la mayor decencia en un gran pañuelo que la excelente Catalina, movida de la piedad que le inspiraba aquel viajero imprudente, había sacado de su ajuar—. Demos gracias al cielo, porque me hubiera sabido mal marcharme sin haber tenido el gusto de saludarle... *Conque es muy celoso, ¿eh?*

—Más de lo que puedas figurarte.

—*Pues también yo soy celoso* —exclamó Jaime con un ímpetu que determinó un acceso de tos, que estuvo a punto de ahogarle.

—Pero ¿es posible? —exclamó Cristina—. ¿Es posible que tú, Jaime, la sabiduría hecha persona, tengas celos de un muñeco?...

—¡Lo que oyes, Cristina!... Pigmalión amaba a su estatua, pero yo la detesto...

¡A eso he llegado yo, que soy la sabiduría hecha persona!... La máscara de estupefacción tras la cual te ocultas es la más odiosa de las mentiras... Una mujer que, diciéndose honrada, alimenta para con el forastero que frecuenta su casa sentimientos criminales, no engaña más desvergonzadamente a su marido que tú me engañas a mí... Y es que a mí nunca me has amado. ¡No has amado más que a tu ensueño!... Y cuando has descubierto mi genio, que se arrastraba a tus pies, no lo has levantado sino para que pudiera dar vida a la imagen insensible acariciada por tu pensamiento... Ahora que mi obra está terminada, ya no existe para ti más que el obrero a quien se despide cuando se puede prescindir de sus servicios... ¡Y menos mal que al obrero se le ha pagado!...

—¡Jaime!... Pero ¿estás loco?...

—¡Cállate!... Y si tienes todavía algún pudor, no pongas tanta claridad en la mirada... Ayer te oí decir a Gabriel que *si no fuera lo que es, no le dirías que le adorabas*...

—¡Adorar!... Le hablaba de adorar como una madre adora a su hijo... ¿Acaso Gabriel no es nuestro hijo?...

—Hijo mío, sí... Pero ¿tuyo?... ¡Basta de muecas, Cristina!... ¿Pensabas que era tu hijo cuando tus manos de artista acariciaban el esbozo de cera del que había de salir su rostro victorioso?... Tus manos servían a tu corazón, que arrullaba como una paloma: «¡He aquí a quien hubieras amado!». Y te volviste hacia mí para decirme: «¡Sopla en este barro!...». Insensatamente, orgullosamente, me apoderé del hálito divino y sopló... Él ha vivido... ¡Yo he sido olvidado!...

—¡Y yo siento que el hijo de tu genio no me haya destrozado!... ¿*Qué voy a ser entre vosotros dos?*...

—¡Tranquilízate!... Mi catarro se cambiará en bronquitis; la bronquitis, en pulmonía, y ya no correrá peligro tu felicidad ...

—¡Calla! —exclamó de pronto Cristina—. Y oye...

Se oían pasos en el corredor. Eran pasos de un ritmo singular, que ella conocía perfectamente.

—¡Es él! —gimió la joven.

Los pasos de la estatua del comendador no causaron más espanto a Don Juan en la hora del a suprema cuenta que el ruido de los pasos de Gabriel causaron en Cristina. ¡En aquella modesta mansión de los Alpes iban a chocar los elementos de la mayor tragedia del mundo!... Cristina ¿había sido menos culpable en su exagerado amor al Ideal que el príncipe de los libertinos? ¿No había pisoteado, más que el gran cínico, las leyes divinas y humanas? Si es un pecado amar la carne, ¿no la había ella despreciado en demasía? ¿No iba a ser aplastada entre los dos polos —lo Puro y lo Impuro— del mundo que había puesto en movimiento?

—¡Oh! —exclamó ella medio muerta—. ¿Qué va a pasar?

Se abrió la puerta. ¡Era él!...

Iba envuelto en una pelerina de montaña, cuyas alas mantenía cruzadas por delante con un gesto digno de la estatuaria antigua. Su noble frente, no arrugada por ninguna preocupación, no sellada por ningún dolor, espejo augusto de la serenidad, dominaba aquella escena, en que de una parte la inquietud moral y de otra la miseria física de la pobre y anciana humanidad temblaban ante la aparición de «lo más fuerte que la muerte».

Su mirada cayó un segundo —un segundo de compasión— sobre aquel montón de carne doliente que tiritaba sumido en un sillón, ante un fuego que iba a apagarse luego de haber hecho su último esfuerzo de calor. Después se volvió hacia Cristina, la cogió de la punta de los dedos en una actitud que recordaba a los danzarines de pavana del gran siglo, o con esa armonía celestial que los grandes pintores cristianos han dado al gesto de los arcángeles cuando éstos vienen a buscar en la tierra al elegido del Señor para conducirlo a las eternas moradas...

Y, a decir verdad, cuando Gabriel, llevando de la mano a Cristina, salió de la estancia con la frente levantada hacia los astros, pudo creerse que iba a desplegar las alas...

Pero se contentó con cerrar la puerta.

Y el montón de carne doliente se quedó solo, sumido en el sillón...

XVIII OTRO ARTÍCULO FIRMADO POR «XXX»

Catalina, al entrar al día siguiente en el cuarto de Jaime, dijo:

—Aquí hay una cosa para usted, señorito.

Y le entregó un sobre, en el cual había una carta de Cristina y unos recortes de diarios provincianos y de la capital. La carta decía:

«Querido Jaime: Ayer todo se deslizó mejor de lo que yo podía esperar. Gabriel, celoso de ti, *como tiene derecho a estarlo, porque sabe que somos novios*, se ha portado con una nobleza y una magnanimidad dignas de su esencia divina... ¡Puedes estar orgulloso de tu hijo!... Su pensamiento, libre, gracias a ti, de todo cuanto hace la desgracia y la bajeza del humano linaje, libre de la sujeción de los sentidos, se ha concentrado en toda su gloria, es decir, en toda su generosidad. Hubiera podido abrumarme a reproches y censurarme por mi falta de confianza; hubiera podido acusarme hasta de embustera. ¡Qué no he dicho yo de ti! *Pero ni tan siquiera se ha hablado de ti...*

»Yo llevaba los diarios que presentaban la terrible aventura de Benito Masson en una forma completamente nueva y que parecía fundamentar toda esperanza... Los he ojeado con mirada tranquila y satisfecha. Yo auguraba de ello los mejores resultados. No había más que dejar hacer a los dioses, que son, en este caso, los inspectores de la Seguridad General. Pronto triunfaría la verdad...

»Ya entreveía el momento en que no tendríamos que ocultar el milagro y en que por fin ibas a recoger los laureles que se te deben, cuando esta mañana, como ya hubiesen desembarazado el camino gracias al ardiente trabajo de nuestros admirables cazadores alpinos, se ha detenido delante del estanco un auto procedente de Niza.

»Precisamente pasábamos por allí de vuelta de la capilla (Gabriel se ha vuelto muy piadoso). El chófer leía en alta voz un diario del día antes a Tiphaine, el fabricante de trineos, y a Bautista, el mozo de la posada. Se trataba del muñeco sangriento. Escuchamos y luego leímos...

»Yo miraba a Gabriel... Me extrañaba que el resplandor de sus ojos no quemase aquellos papeles infames. A la altura en que has colocado a Gabriel, está visto que sólo le emocionan la verdad y la justicia. Una santa cólera estremecía todos los resortes de la jaula en que has intentado encerrar su alma sobrehumana...

»Se volvió hacia mí. Su gesto me mandaba que partiéramos.

»¡Qué perfectamente le comprendí! “Partamos, no para huir, sino para combatir”. Ya no se trata de sombras. ¡Ahora conoce a sus enemigos!... El nuevo artículo firmado por XXX, además de lo que le he contado respecto al trocar, aclara todo el crimen con un resplandor fulgurante... El marqués y su Durga... Porque quizá no se trata más que de ella y de sus *amigos*... ¡Ése es el batallón maldito que hay que aniquilar!... ¡Y pensar que se ha acusado a nuestro Gabriel de complicidad en esos horrores!...

»¡O sucumbiremos o venceremos!...

»¡Oh, qué bello es *nuestro* Gabriel en este minuto trágico en que desafía al mundo!... Busco en su mano la espada flamígera... Y la veo... *¡Ruega por nosotros, Jaime mío, y cuidóle bien!... Tu*

Cristina.

»P. S. — Le he pedido permiso para escribirte estas palabras. Ha consentido inmediatamente. Y he entrado en el estanco. Así te explicarás que el papel sea tan malo. Le he preguntado también si no sería preferible llevarte con nosotros; pero te vio ayer en tal estado, que me ha hecho comprender que tal vez no fuera caritativo turbar tu reposo. No he insistido, conociendo tu corazón y sabiendo que no hubieras vacilado en sacrificar tu salud para venirte a compartir nuestros peligros. ¡Hasta pronto, Jaime mío! Ya oirás hablar pronto de nosotros...»

El efecto producido por aquella carta en el espíritu ya algo dolorido de Jaime Cotentin fue más funesto que otra cosa.

Hay momentos en que los seres hasta entonces más equilibrados pierden el aplomo que hasta entonces tuvieron en la vida. Fallándole la balanza invisible, que es la justa apreciación de los acontecimientos, de las personas y de las cosas en medio de las cuales se movía, titubea, alarga sus brazos vacíos, no encuentra dónde agarrarse y cae a tierra...

Ese vértigo padecía Jaime al leer la carta. Vio una atroz ironía donde Cristina no se había expresado más que con una cruel pero inconsciente candidez.

De haber observado Jaime la bella lucidez científica que sus maestros y sus discípulos admiraban antes, se hubiera asombrado menos de lo que sucedía, y, sobre todo, de lo que le ocurría a Cristina. Vivía en la aureola de un dios, lejos de contingencias, y también se convertía en un puro espíritu.

Quien lo pagaba era Jaime, que luego de haber dado al mundo aquel prodigio de luz, quedaba estupefacto en su barro, lamentando haber realizado la obra sublime, no viendo más que su dolor, es decir, los pequeños y ordinarios sentimientos.

Cristina se limitaba a tenerle lástima, pero no se burlaba. Con la mayor sinceridad le recomendaba que se cuidara.

Y precisamente aquella recomendación es lo que pareció monstruoso a Jaime Cotentin.

—¡Ya verás cómo me cuido! —exclamó.

Se levantó, alargó los brazos y, como era de prever, cayó agotado, incapaz de un movimiento.

Por fortuna entró Catalina:

—Por fin está tranquilo el señorito —exclamó al verle tan quieto—. Voy a hacer lo que me parece conveniente. El señorito necesita purgarse. Voy a prepararle una buena taza de café, pero con aceite de ricino.

Y ahora vamos a citar los principales párrafos del artículo firmado por XXX, que renovaba espantosamente, como había anunciado *La Época*, el asunto del muñeco sangriento:

«La emoción y la inquietud provocadas en todo el mundo por la *resurrección* (nunca más adecuada la palabra) del proceso de Corbillères —decía el anónimo escritor de *La Época*—, han tenido sus orígenes tanto en el milagro científico que hacía salir a un condenado a muerte de la tumba como en los siguientes sucesos que perpetuaban el crimen de Benito Masson, de manera que los mismos que a pesar de tantos testimonios no creían en el muñeco, no ocultaban su angustia ante el problema, que se imponía a todos, de una posible inocencia...

»Hoy podemos tranquilizar a todo el mundo: Benito Masson era perfectamente culpable; pero Benito Masson ¿no era el único culpable!... Y aquí reside el elemento nuevo, formidable, que hemos anunciado y sin el cual el crimen, es decir, todas las barbaridades imputadas al salvaje de Corbillères, resultaba inexplicable en sus relaciones y *en sus proporciones*...

»Aquel monstruo quizá no era, en fin de cuentas, más que el instrumento de una banda, o, mejor, de una secta, que ha hecho del asesinato una especie de religión...

»La pesquisa personal a que nos hemos dedicado, a pesar de innumerables peligros y dificultades, está ya bastante avanzada para que podamos afirmar que, en las cercanías de Corbillères, no lejos de la casita del siniestro Robinsón, que sin duda había sido apostado allí como centinela, hablan instalado sus sanguinarios penates una *sociedad*, entre los miembros de la cual pudiéramos citar nombres célebres en Europa y fuera de Europa.

»Para comprender que tales cosas sean posibles en nuestra época, hay que remontar el curso de las Edades y dirigir nuestros ojos hacia Oriente, de donde esos caballeros del crimen nos han venido en su asqueroso navío, cuyas velas rojas se hinchaban al soplo del Baco indio...

»Ya la vieja Europa había oído hablar asustada de esta asociación de asesinos, fraternidad inmensa esparcida en todos los puntos del Indostán, temida por las autoridades, consagrada por la religión y basada en principios filosóficos. Durante largo tiempo no hubo sobre ella más que informaciones incompletas y parciales. La organización de aquella sociedad, consagrada a la destrucción de la humanidad, fue, finalmente, divulgada a mediados del siglo pasado por sir William Bentinck, gobernador de las posesiones inglesas en la India. Y no hay ninguna duda sobre su existencia, sobre sus ramificaciones y sobre las profundas raíces que ha echado en las costumbres del país. Las pruebas abundan y los móviles que la dirigen son conocidos.

»Desde el cabo de Comorín hasta los montes Himalaya hay una vasta asociación que cubre el suelo, se adentra en las selvas y ocupa las ciudades, mezclada a los ciudadanos más respetables y sometida a un código de moralidad que, por lo demás,

es severo... Y esa sociedad, extendida por todo el territorio, no tiene más medios de existencia, más gloria, más objeto confesado, más religión, que matar.

»Los filósofos occidentales quedaron boquiabiertos y absortos ante el fenómeno: cuando los hechos han venido a ponerlo de relieve, no han podido disfrutarlo ni comprenderlo. ¿Qué explicación racional dar de semejante anomalía? Mientras la sociedad se apoya en la necesidad de la conservación, he aquí millares de hombres asociados para destruirse.

»Matan sin escrúpulos, sin remordimiento, según un sistema más lógico y más completo que todos nuestros sistemas meta-físicos. Es algo prodigioso. Los asesinos o *thugs* —palabra que significa *seductores*— son, no solamente moralistas, sino sacerdotes, artistas; sus fórmulas para estrangular al viajero son sabias, y el deseo de elegancia y de gracia en el procedimiento para asesinar honraría el numen de un poeta. Ninguno de ellos se atrevería a emplear un nudo corredizo groseramente fabricado o contrario a la elegancia de las formas consagradas por la tradición. En esta secta infernal, que ha florecido apaciblemente bajo los nubios, bajo los mahometanos y bajo los ingleses, hay solemnidad, poesía, gracia, propia estimación y conciencia del deber.

»Son unos demonios que se creen ángeles: mueren tranquilos y orgullosos; duermen en paz; cuando la justicia inglesa les echa mano, se presentan sin temor y perecen sin avergonzarse.

»Desarrollan ingenuamente los principios de su casta. Sostienen la excelencia de ellos y justifican los actos más horribles como una necesidad superior, divina, de la que no son más que instrumentos.

»Son los sacerdotes de la espantosa diosa Devi, la señora de la muerte, que también se llama Kali o Durga. Todos los asesinos la consideran su protectora. Y a ella sólo le gustan los sacrificios humanos. Empezaron por derramar sangre delante de su estatua y ahora *la beben*.

»Antaño se dividían en “thugs” del Norte y “thugs” del Mediodía. Tenían ritos especiales.

»A partir de fines del pasado siglo una nueva secta ha aumentado su poderío y tiende a fundir en ella todos los elementos del “thugismo”. *Es la de los “thugs-assuras”, que han complicado su rito criminal con todas las prácticas del vampirismo.*

»Los assuras, para seguir las antiguas costumbres, aún estrangulan a sus víctimas; pero luego de haber vaciado sus venas y de haberse bebido toda su sangre.

»A veces prolongan el suplicio durante semanas, meses y aun años enteros. Atacan casi exclusivamente a las mujeres. Cuando su víctima es bella y está dotada de robusta salud, procuran no acabar con ella en la primera sesión. Algunos se dedican a quererla y a mimarla tanto más cuanto muchos de ellos encuentran en ellas

la vida que les huye.

»Así se cita el caso de alguna de estas desgraciadas que, hasta rendir el último aliento, han sido objeto, *entre libación y libación*, de los más tiernos cuidados.

»Y ahora debemos terminar este primer artículo con una declaración que no deja de sernos penosísima. Pero hay escándalos que no pueden ser ahogados sin peligro para la salud pública, sobre todo cuando van acompañados de hechos tan monstruosos como los que tenemos el deber de denunciar.

»No todos los assures son de origen indio. Hay europeos establecidos hace mucho tiempo en el Indostán que, atraídos por el misterio y, digamos la palabra, por el diabolismo de las feroces ceremonias, han podido penetrar en el templo y se han convertido, a su vez, en adoradores de la diosa Kali, que también se llama Durga. *Y también ellos han bebido la sangre sagrada.*

»Al volver a Europa traían costumbres de vampiro, una sed criminal que se veían obligados a satisfacer.

»Años atrás fundaron en Londres una sociedad, súbitamente disuelta a causa de una punible indiscreción. *Pues bien: esa asociación ha sido reconstituida en Francia.*

»Ha adoptado sus ceremonias, su atroz ritual y sus procedimientos modernos, *entre los cuales no es la única muestra ese trocar que hiere a distancia...*

»¿Nombres?... Próximo está el día en que habrá que inscribirlos... Esperemos que no tendremos que hacernos los instrumentos de la vindicta pública. Esa actuación la dejamos a quienes de derecho pertenece.

»Así es que ya puede indagarse.

»No todos esos nombres suenan a extranjero. Muchos están inscritos, y no para nuestra gloria, en la historia de Francia.

»Benito Masson conocía perfectamente algún nombre de éstos.

»Búsquese alrededor de Benito Masson, alrededor de Corbillères. Esos pantanos no sirven solamente de refugio para ánades salvajes. En los alrededores hay otros avechuchos... *¡Búsquese en torno a la diosa Durga!...*»

XIX

ÚLTIMOS FESTINES... ÚLTIMOS SUSPIROS... ESTERTOR SUTIL... MUERTE UNIDA A LAS LÁMPARAS VERDES DE LAS TUMBAS

Cristina se despertó en aquel cuartito de Corbilléres donde había vivido horas tan trágicas; pero ahora que se colocaba a la altura de su destino aceptaba los acontecimientos con la serena frente de la fatalidad.

Se hacía tan bella y tan impasible como su maravilloso compañero. Una misma fuerza augusta impulsaba a los dos. Eran la justicia en marcha. Ya podían echarse a temblar los malos. La hora del castigo estaba próxima.

Los peligros que aún habían de afrontar, y de los cuales, por lo demás, sólo tenían una vaga sospecha, no eran propios más que para glorificar su alma.

Hacia unas horas que habían llegado a Corbilléres... ¿Dónde encontraría Gabriel mejor refugio que en su mansión maldita, abandonada después del segundo registro como lo había sido después del primero?...

Ya hemos visto que los lacres les imponían poco. Además, estaba decidido a obrar rápidamente. Y si no había ido desde luego a «Las Dos Palomas», suficientemente señaladas en el artículo de XXX, se debía a que vacilaba en llevarse a una joven que ya había estado a punto de ser la víctima de Jorge María Vicente y de sus acólitos, y que se encontraba *considerada* de modo particular por la terrible asociación...

Cuando creyó que Cristina reposaba, abatida por las fatigas de un viaje horriblemente precipitado, salió del pabellón procurando no hacer el menor ruido. Desgraciadamente, la joven, advertida por el misterioso instinto que la unía a Gabriel, abrió los ojos y ya no se durmió. Se levantó, abrió la puerta que la separaba de él, deseando contemplarle una vez más en el descanso, como solía hacer cuando acechaba su despertar y la primera sonrisa de sus ojos...

¡Pero Gabriel no estaba allí!

Le buscó por toda la casa...

¿Dónde habían ido a parar los tiempos en que, en aquella misma morada, no podía verle sin espanto? Ahora sentía miedo porque no le veía. Y el miedo lo sentía, no por ella, sino por él...

Desde el primer momento no había dado un paso sin ella. Nunca, cualquiera que fuese el drama, cualquiera que fuese el idilio, se habían separado... ¿Por qué, pues, la había abandonado? ¿Cuál era su designio?... Adivinó su generosidad y gimió... Abrió la puerta de la planta baja y lanzó una llamada en la noche blanca:

—¡Gabriel, Gabriel!...

Y de pronto vio su sombra que desaparecía en el recodo del sendero que a través del bosque llevaba a «Las Dos Palomas».

La joven echó a correr. Y llegó al bosque, cuyos troncos negros y desnudos parecían haber sido colocados allí como centinelas para impedirle que pasara.

—¡Gabriel! —llamó por segunda vez.

Le respondió un extraño silbido...

Casi inmediatamente sintióse herida en el cuello. Un doloroso pinchazo cortó sus ímpetus. Y al momento se sintió desconcertada, pensando que también ella podía ser víctima de lo que aún hacía estremecer a todo París...

Trastornada, llamó nuevamente:

—¡Gabriel, Gabriel!...

Notando que la sangre le pesaba mucho en las venas, hizo un supremo esfuerzo para continuar su carrera.

Así recorrió varios centenares de metros a través del bosque, sin ver a Gabriel. Entonces cayó de rodillas...

A su lado se levantó una gran sombra de ébano.

Reconoció a Sangor, que le arrojaba un abrigo, la envolvía de pies a cabeza y se la llevaba en brazos como a un niño. Toda resistencia se le había hecho imposible. Ni tan siquiera podía gritar. Una laxitud soberana y un poco embriagadora la llevó a las puertas del sueño.

Cuando nuevamente cerró los párpados, una extraña visión hacía mover ante ella formas tan precisas en movimientos tan lógicos y tan regulares, que era imposible aforrarse a la idea de un sueño...

Al principio, todos los sentidos eran heridos a la vez por el ritmo de las danzas, la riqueza y la singularidad de los atavíos, el perfume penetrante que expandían las nubes lejanas que subían de los pebeteros, el extraño y lancinante sonido de una música de frases cortas, que acaba imponiéndose a todos los movimientos del cuerpo como una servidumbre...

La estancia, grande como la nave de un templo, no tenía más riquezas que sus alfombras sobre el suelo y sus tapices en los muros, que eran de incomparable belleza.

¿Venían de Persia, venían de China? ¿Habían atravesado los siglos para atestiguar la obra antigua de la India en los tiempos de su más elevada civilización?... Eran tejidos de seda, de grano grueso, en que los tonos cobrizos del fondo tomaban el aspecto del oro, y en que los rojos tenían una intención deslumbradora y caliente, como la sangre más pura salida de la vena bermeja. Los ricos adornos de flores, arabescos, palmas y rosáceas adquirían un valor igual al de los más bellos terciopelos de lana. Otros ofrecían imágenes simétricas y ornamentos como los empleados por los chinos en sus composiciones simbólicas para los tapices de oración.

Unas camas bajas, especie de triclinios, en las que se amontonaban pieles de animales salvajes despojados en la jungla, daban la vuelta a la estancia y estaban

ocupadas por las figuras alargadas e inmóviles de los invitados a aquella fiesta, que renovaba los misterios orientales.

Unas antorchas iluminaban el espectáculo con sus pálidas llamas de colores argentinos...

Los invitados y Cristina, también recostada sobre pieles de fiera, vestían una bata de seda negra con arabescos de oro; pero sus tobillos y sus brazos desnudos estaban cargados de ajorcas preciosamente trabajadas, que le parecían tan pesadas que creía no poder levantarlas nunca...

De pronto, a una señal de gong cesaron las danzas. Y los efebos de bronce, poco vestidos en verdad, que trenzaban sus pasos desnudos según ritmos milenarios, avanzaron en grupos concertados hacia el fondo de la estancia, se tendieron sobre las alfombras, se irguieron de nuevo y se retiraron en silencio... Silencio, profundo silencio...

Las miradas de Cristina se habían dirigido al fondo de la estancia, donde se había prosternado la adoración de los efebos.

Allí se levantaban unos escalones altos y pinos como los peldaños de la escala de Jacob, que se apoyaba en el cielo...

De pronto las antorchas no desprendieron más que un siniestro resplandor verdoso. Y todas las figuras tendidas en las camas, y que hasta entonces habían permanecido inmóviles, se incorporaron como otros tantos cadáveres surgiendo de la tumba.

Todos los ojos, abismos de sombra, estaban vueltos hacia el mismo sitio, en espera de algo que de antemano hacía estremecer de horror la carne impotente de Cristina.

Y en lo alto de aquella escalinata se abrieron los tapices y se vio, sobre trono de oro y de noche, Y a la diosa de la muerte.

¡Cristina reconoció a Dorga!...

Estaba hermosa y prodigiosamente fatídica, lejana y espantable como Proserpina en los infiernos.

En la aurora del mundo se encuentran todos los mitos. Los misterios de Eleusis, de Delfos, de Tebas, de Babilonia y de la India más antigua se hallan en la misma idea de la vida que sale de la muerte como el grano de trigo germina en el seno de la tierra de la que surgirá un día de gozo.

Ciclo sagrado, cuyos términos hemos de percibir íntegramente para comprender cómo las religiones, en sus manifestaciones primitivas, han podido, en el fondo de los santuarios, ofrecer a los iniciados los espectáculos más atroces y voluptuosos. Se glorifica la vida sacrificando en aras de la muerte. Y de ahí los suplicios. La muerte, agradecida, devuelve la alearía y el amor...

Así, las más bajas pasiones se adornan de poesía y llaman en su auxilio a los

dioses y a las diosas propicios...

Saib Khan, el famoso médico indio de la avenida de Jena, el taumaturgo de moda, a quien Cristina reconoció por sus ojos de hurí y por su boca, flor sanguinolenta entreabierto en su barba dejado, avanzó hacia Dorga y pronunció las primeras palabras de un himno célebre que se canta todos los años en el templo, ante las autoridades inglesas, con motivo de las solemnidades del *Durga-Purana*:

«¡Oh diosa negra, gran divinidad de Calcuta! Nunca son vanas tus promesas. A ti, cuyo nombre favorito es *Kun-Kali*, la que como hombres; a ti, que bebes sin cesar la sangre de los demonios y de los mortales^[1]: a ti, que habitas subterránea y reapareces rápidamente a la luz; a ti, virgen augusta que alimentas a las generaciones; a ti, oh Muerto, madre fecunda que te nutres con la coniza de los universos, te suplicamos que descendas entre nosotros y nos des la vida que de nosotros alejará la vejez... ¡Ven, Durga! ¡Ven, que te esperamos!»

Dorga-Durga se levantó y bajó entre las llamas verdes, diosa negra con uñas de oro...

Su bello cuerpo, solamente velado por cintillos de perlas, se desperezó con armoniosa languidez, cual si verdaderamente saliera de un largo sueño en el fondo de los infiernos y se regocijara por encontrar el movimiento arrebatado por el descanso fatal...

Danzó. A sus pasos parecía nacer un fulgor de aurora.

Y ya no era la diosa de la muerte, ya no era Durga. Era Venus, la Venus ardiente de pechos crueles, nacida en las olas cenagosas del Ganges. Llevaba con ella una luz de sangre que hizo retroceder la llama de las antorchas, como en las orillas del río sagrado se apagan los fúnebres resplandores de la hoguera ante el día naciente.

Y a su alrededor los cadáveres de los iniciados recobraban color de vida.

Los ojos de Saib Khan se humedecían de voluptuosidad.

—Parece un vendedor de turrónes —pensaba Cristina en el fondo de su semicoma; pero estaba próximo el momento en que ya no guardaría bastante lucidez para distraer su evidente angustia con semejantes comparaciones.

La danza de Dorga, que comenzó por ser lasciva, pronto se convirtió en frenética. Un ritmo musical cruelmente precipitado la lanzó finalmente a un loco girar que sólo dejaba ver la línea ardiente de su hierática mirada y el doble círculo de sus uñas de oro.

A su alrededor palpitaban todos los pechos. Y hubo un lúgubre gemido cuando se desplomó sobre la alfombra con los brazos en cruz y con la boca abierta, como si acabara de lanzar el último suspiro.

—¡Ha muerto Dorga!... ¡Ha vuelto a los infiernos la negra diosa de las uñas de oro!... ¡No hemos sabido guardarla entre nosotros!... —pronunció, como si cantara una letanía, la voz arrastrada y grave de Saib Khan.

Se recrudecieron los gemidos.

—¿Qué se necesita para hacerla renacer? —preguntó Saib Khan.

Y todos respondieron:

—¡Sangre!

Saib Khan levantó las manos y, volviéndose hacia los iniciados, pronunció las palabras sacramentales en dialecto *ramasie*, que es la antigua lengua de los thugs, y que podemos traducir así: *Que los boras* (thugs) *se separen de los bilús* (viajeros), lo cual significa: «Si alguien no es de los nuestros o no comparte nuestras opiniones, ¡que se vaya!».

Pero nadie se movió.

Entonces dijo Saib Khan:

—Que traigan la copa y el cuchillo.

Sangor presentó la copa y el cuchillo.

La copa era de oro y sostenía el cuchillo, que era agudo como una lanceta, pero cuyo pesado mango estaba recargado de piedras preciosas.

—¿Dónde está la sangre? —preguntó Saib Khan.

—Aquí —respondió una voz que aún no se había dejado oír, pero que hizo que Cristina, a pesar de su debilidad y aturdimiento, se volviera en el colmo del espanto.

¡Había reconocido la voz del marqués de Coulteray! Era él; era Jorge María Vicente.

Desde el principio de la ceremonia estaba tendido a su lado, tras ella, esperando el momento de pronunciar la palabra fatal que iba a hacer de Cristina su nueva víctima y su nueva esposa.

—Doy a Durga —dijo— la sangre de mi nueva esposa.

Y todos respondieron:

—¡Himeneo! ¡Himeneo!

Y Saib Khan se aproximó a Sangor, que llevaba la copa y el cuchillo.

Cristina ahogó un grito y distendió toda su persona en un deseo exasperado de evitar el suplicio que se preparaba. Pero Jorge María Vicente la derribó sobre su brazo y no pudo ofrecer ninguna resistencia al sacrificador que le pinchaba la garganta...

Fluyó la sangre a la copa... *Y poco a poco, Cristina notó que, con sus fuerzas y su vida, se iba todo su horror.*

Ya no le quedaba ni la fuerza del espanto. No le quedó ni la del asco.

Con dulce aniquilamiento miró aquella copa llena de su sangre, que Saib Khan llevaba a los labios de Durga, la cual abrió los ojos y le sonrió con su boca horriblemente escarlata, pronunciando palabras que Cristina no podía comprender.

Vio también que los demás iniciados bebían sucesivamente en la misma copa.

Asistió (amodorrada y lejana, muy lejana...) a la ceremonia de la resurrección de

Durga, que danzó, sin cansarse y sin dejar de mirarla, la danza de la Vida y del Amor.

Luego, Durga, siempre danzando, volvió a subir, como transportada en un vuelo de victoria, hasta su trono negro y oro, donde se sentó en una inmovilidad de diosa, que contrastaba con sus anteriores movimientos.

Ya iba a desaparecer como había aparecido, cuando Saib Khan hizo un gesto.

Cesó la música y subieron por el aire cargado de perfumes y de sangre las siguientes palabras:

—¡Durga!... No solamente eres la diosa de la vida y de la muerte. Eres también la gran repartidora... Tu mano derecha está llena de mercedes y tu mano izquierda de castigos... ¡Por eso es de justicia que se te ofrezca la sangre virgen y que te sea sacrificada la Implá!... Ésta es la última vez que te llamamos aquí... Aún ignoramos dónde darán los assuras su próximo festín... La indiscreta necedad del más humilde de nuestros servidores nos arroja de nuestro templo y determina nuestro éxodo... La estúpida ingenuidad y los peligrosos juegos de un pobre animalillo han sembrado la emoción en la ciudad y han levantado contra sus servidores la indignación de los ignorantes... ¡Te ofrecemos ese animalillo!... ¡Que el humo de su sangre te sea agradable!... ¡Imploramos tu perdón!...

En esto apareció de nuevo el gigante Sangor, que llevaba de los cabellos al enano Sing-Sing, el cual lanzaba gritos de *nistití*.

Sing-Sing no gritó mucho tiempo. Sangor, siempre agarrándole de los cabellos, lo colocó sobre una gran bandeja de oro.

Gimoteaba Sing-Sing de la manera más ridícula, pero nadie reía.

Saib Khan pronunció la frase sacramental:

—*¿Es buena la prenda?*

Y todos respondieron, como cumple a un thug que da la señal de la ejecución:

—*Boujna kee Pawn Dee*. (O sea: «Entregad la prenda del hijo de mi hermana», palabras muy honrosas para un Sing-Sing.)

Inmediatamente, en menos tiempo del que se emplea en decirlo, Sangor apuñaló a Sing-Sing, cosa muy necesaria para prevenir cualquier resurrección, desde el momento en que no se le podía hacer el honor de cortarle la cabeza (distinción reservada a los vampiros nobles).

Durante este atroz final de ceremonia, el marqués, amable y solícito, había aconsejado a Cristina que no mirara; pero ella prefirió ver la muerte de Sing-Sing antes que darse cuenta de aquella cara que se inclinaba sobre su herida apenas cerrada, como le había visto inclinarse sobre el pobre cuerpo agotado de Bessie para darle el beso que mata...

De todos modos, quizá hubiera hecho mejor cerrando los ojos. *Pero ya no tenía fuerzas ni para eso*. ¿Acaso cuando se está a las puertas de la muerte no se necesita el auxilio de los vivos para cerrar los párpados?

Auxilio que le hubiera negado el marqués, pues extraía un gozo sobrehumano de aquella mirada de agonizante mientras le musitaba:

—¡Cómo ve quiero. Cristina! ¡Cómo te he querido siempre!

XX

UNA MEMORABLE SESIÓN EN EL INSTITUTO

El último artículo firmado por XXX, al aumentar el escándalo del muñeco sanguinario hasta los límites de lo posible y aun de lo imposible (para ciertos espíritus), había determinado en la capital un movimiento en el que se encontraban complicados todos los organismos del Estado. Y no había que contar solamente con la emoción callejera, sino con la de «todos los grandes cuerpos constituidos», dicho sea empleando el lenguaje solemne, un poco pasado de moda, y tan evocador, a veces, de la alta administración.

El Ministerio del Interior (Presidencia del Consejo) reprochaba con acritud amenazadora a la dirección de la Seguridad General las «indiscreciones de prensa», que mantenían una fiebre malsana en las reuniones públicas, en los sindicatos y hasta en las sociedades más ajenas a la política, porque el asunto del muñeco sanguinario se había convertido en una cuestión política con la cual se trataba de cegar a las masas, y bajo la cual ocultábase, quizá, un espantoso contrafuero.

En el seno de las familias hasta entonces más unidas, más tranquilas y mejor «educados» salía a relucir a propósito de todo y de rada la fenomenal muñeca, que daba pie para tratarse mutuamente de imbéciles. Y en cuanto a los que admitían su existencia, unos la tenían por inocente y otros por culpable, o, cuando menos, por cómplice.

Esto en el «interior». En el «exterior» era distinto. El ministro de Negocios Extranjeros calificaba brutalmente de criminales las indiscreciones aludidas.

El último artículo de *La Época* podía llevar lejos a los franceses con aquella evocación de las costumbres de la India, aparte de que contenía bastantes datos para indignar a toda la alta aristocracia inglesa, la cual no admitiría jamás que, aun cuando uno o varios de sus miembros fueran realmente culpables —lo que estaba por demostrar—, resultara comprometida por ello la reputación del partido conservador.

Y era insensato indisponerse con el partido conservador —inglés y francés— en un momento en que se necesitaba la buena voluntad de todos para resolver ciertos problemas internacionales, de lo que dependía el equilibrio de Europa.

Ello merecía un buen castigo, consistente, cuando menos, en la destitución. Al buen entendedor pocas palabras bastan, señor Bossiérés.

Si no estaban contentos en la plaza Beauvau ni en el Quai d'Orsay, ¿qué diremos de lo que ocurría en la plaza Vendôme, en el Ministerio de Justicia y en el bulevar del Palais? Hacía mucho tiempo que el señor Gassier, ex sustituto del procurador de la República, y luego abogado general en los tribunales de París, había descargado todo el asunto del muñeco sobre Bessiérés. A éste no se le había dado a entender así. Tanto peor para el jefe de la Seguridad General, que había sido bastante torpe para ordenar una seria información en todas sus partes sobre un suceso tan inverosímil. No negaba

Gassier que le hubiera enviado a Lavieuville; pero le había transmitido al inocente mayordomo para librarse de un maniático. ¡Y Bessiéres lo había tomado en serio! También había tomado en serio a la señorita Barescat y al señor Birouste...

La evolución de Gassier se había hecho en condiciones que tal vez no sea inútil precisar, porque nos hacen ver, en un aspecto nuevo y, sin embargo inquietante, la cuestión judicial planteada por la aventura del autómeta.

Como ciertos diarios declarasen la necesidad de juzgar nuevamente a Benito Masson con arreglo a un procedimiento que, desde luego, no había sido previsto por ninguna ley ni por ninguna jurisprudencia. Lo *Gaceta Judicial* protestó al punto y violentamente contra semejante pretensión.

Por de pronto, para la revisión del proceso se hubiera necesitado un nuevo hecho. Y la severa *Gaceta* declaraba no haberlo encontrado en las nuevas diligencias.

A ello replicaban los adversarios de la *Gaceta*: ¿Qué se ha de entender por hecho nuevo?... ¿Puede haber en un proceso algo más nuevo que un inocente condenado a muerte y ejecutado y que vuelve a tratar personalmente de su asunto ante los tribunales?

«¿Y si es culpable?», argumentaba la impetuosa *Gaceta*. «También sería nuevo que los magistrados se vieran en la necesidad de *guillotinar nuevamente* al guillotinado que se presentaba ante ellos. Sería nuevo, *demasiado nuevo*».

Tan nuevo era, que los mismos que, como Gassier, creían en el muñeco, retrocedieron espantados...

De producirse tal acontecimiento, habría tal revolución en las costumbres judiciales, que la sociedad temblaría sobre su base.

Por de pronto, la pena de muerte se haría imposible, por *cuanto inoperante*, como se decía en el palacio de Justicia. Con ello se aseguraba el triunfo de los partidarios de su supresión, sin contar con la insoportable alegría de los señores asesinos.

¿Conclusión?... O el muñeco existía o no existía... Si no existía, *no había que inventarlo* (frase como para reflexionada por Jaime Cotentin). Y si existía, *había que suprimirlo*, había que aniquilarlo sin ninguna clase de proceso... ¿Comprendido?... Los que no lo hayan comprendido nunca serán estadistas, señor Bessiéres... (Extracto de un breve diálogo entre el director de la Seguridad General y el jefe del despacho particular del ministro.)

En vista de ello, el señor Bessiéres volvía a sus oficinas diciéndose:

—Antes de suprimirlo habría que detenerlo... Pero en el caso de que lo detenga, no lo suprimiré... Me han dado tanta lata con el dichoso muñeco, que se lo endosaré seguidamente...

Este modo de concebir su papel no estaba desprovisto de cierto maquiavelismo.

Pero ese maquiavelismo no le había de hacer feliz...

Vamos a ver en seguida la causa de ello.

Aquel día se celebraba en el Instituto una gran sesión a propósito del autómeta. Iba a discutirse su existencia, o, mejor dicho, la posibilidad de su existencia... Acabamos de relatar las perturbaciones ocasionadas por el sangriento muñeco en el terreno administrativo y judicial. ¿Qué eran, sin embargo, en parangón con la polvareda levantada en el terreno científico?

Una doble tempestad procedente de dos puntos opuestos del horizonte, donde habían soplado en uno el profesor Thuillier y en otro el profesor Ditte, decano de la Escuela de Medicina, habían acabado de encontrarse, produciendo un espantoso huracán, que acababa de penetrar bajo las bóvedas del Instituto, donde causaba tremendos estragos.

Fue una memorable sesión, iniciada por la comunicación, extraordinariamente moderada en su forma y en sus tendencias, del presidente señor Tirardel.

Baste decir que algunos volvieron a su casa sin el cuello de la camisa.

No obstante, Tirardel no había hecho nada para excitar los espíritus.

—Señores —dijo—. Tenemos el deber de calmar a la opinión pública, alterada por la inverosímil noticia de que uno de los miembros más notables de la Escuela, el señor Jaime Cotentin (a quien no se ha vuelto a ver), ha inventado un mecanismo al que ha colocado el cerebro de un asesino. Y dicen que ese mecanismo anda por el mundo y continúa asesinando, lo cual, naturalmente, no es tranquilizador para nadie. A nosotros, que somos sabios, nos toca decir si semejante fenómeno es o no posible. Aunque la proposición sea inverosímil, suplico a mis queridísimos colegas que la discutan seriamente. Luego votaremos...

No había, pues, nada ofensivo para nadie; sin embargo, un exagerado admirador del profesor Thuillier, aunque había prometido conservar toda su sangre fría, no pudo aguantar el tono ligeramente irónico de aquellas palabras y exclamó:

—¡Cuánta tontería!

Consternación general; horrible escándalo.

—¿Dónde estamos? —preguntó, lívido, el presidente Tirardel.

—¡En Francia! —le contestaron—. Y los que se llaman sabios como usted son los que han hecho huir a Norteamérica a los Carrel y otros genios...

Tempestad de aplausos y de injurias.

—¿Qué es eso de genios?... ¡Sacamuelas!

—¡Es que hay sacamuelas de genio!

Continuaba la tempestad.

Entonces se levantó el decano Ditte para decir:

—No olvidemos, señores, que el mundo nos contempla.

—Le suplico que se ciña a la cuestión —dijo el presidente Tirardel con su augusta barba, que le daba tan ventajoso parecido al canciller d'Aguesseau.

Y continuó pensando:

—Hoy no se respeta nada. *La misma ciencia*, con sus revelaciones inesperadas, se burla de los sabios. ¡Reina la anarquía!... Lo que era verdad en mi juventud es una gansada ahora que tengo la barba blanca. ¡He vivido demasiado!

Y luego de esta consideración heroica, ordenó que cerraran una ventana para que no entrase una corriente de aire. Después dedicóse a mirar al decano Ditte, que pulverizaba las declaraciones a la prensa del profesor Thuillier.

Las interrupciones de los jóvenes —los jóvenes del Instituto, entendámonos— no le emocionaban. Cuando el profesor Tirardel dudaba de todo porque lo habían motejado de tonto, el decano permanecía firme en su fe. Conocía los límites del progreso. Los había aprendido en los libros que formaron el espíritu de su generación, llenos de apotegmas salvadores, gracias a los cuales no había que temer el libre desarrollo de la imaginación. La hipótesis tiene sus reglas, que no puede quebrantar sin caer en la farsa.

Y aunque Ditte no había afirmado palabra por palabra que Thuillier era un farsante, todos lo comprendieron así...

El decano sentóse satisfecho, mientras se reanudaba la tempestad.

Thuillier, que no formaba parte del Instituto, no pudo responderle; pero el profesor Hase, que formaba parte de la falange, como se llamaba a los amigos del profesor Thuillier, se levantó y consiguió dominar el tumulto.

—Admiro —dijo— la sinceridad despectiva con que el señor decano nos habla del sistema nervioso dado por el señor Jaime Cotentin a su autómata, y que lo hace obrar mediante la acción del suero Rockefeller, de la electricidad y del radio... Pero tomemos la cosa desde más alto, ya que, según parece, somos sabios, es decir, seres capaces de abordar las cuestiones de índole general. Y empecemos por declarar humildemente que, en lo respectivo a fenómenos nerviosos, estamos muy poco adelantados.

Cuando hace un cuarto de siglo publicó el doctor Ramón y Cajal sus observaciones histológicas sobre las fibras nerviosas, nuestro presidente honorario, el doctor Branly, que no es solamente el ilustre sabio cuyo nombre no puede separarse del descubrimiento de la telegrafía sin hilos, sino un módico raramente sagaz de las enfermedades nerviosas, señaló en una nota publicada el 27 de diciembre de 1897, en el *Boletín* de nuestra Academia, las similitudes de propagación de la onda nerviosa y de la onda eléctrica y las analogías de estructura y de funcionamiento que presentan los conductores discontinuos, tales como los tubos de limaduras con las neuronas y las terminaciones de las fibras nerviosas... Esas relaciones hacen pensar...

—¡No se trata de eso! —gritó un viejecito epiléptico cuyo nombre había olvidado todo el mundo, pero que, según parece, había sido una gloria del siglo XIX—. Se remonta usted demasiado, si no es que se sale de la cuestión... Así es que tómela de más abajo... *Deje estar las neuronas y háblenos del sifón de Gabriel...*

¡Oh, qué éxito tuvo el vejete epiléptico citando el sifón de Gabriel!...

Aquello fue el principio del fin.

Las carcajadas más estrepitosas ahogaron las indignadas protestas de los «jóvenes» y de la falange.

A propuesta del decano se declaró terminada la discusión y se pasó a votar.

El presidente Tirardel se levantó y dio cuenta, con estas palabras históricas, del resultado de la votación:

—Por mayoría de votos se acuerda que no puede existir el muñeco sanguinario.

Y, en verdad, tan aplastante era la mayoría, que el presidente no había tenido paciencia para esperar que terminase el recuento.

Por fin había vencido la razón humana, tal como la entienden ciertos sabios de fines del pasado siglo.

En aquel momento, cuando felicitaban al presidente Tirardel, un ujier le entregó un escrito de la presidencia del Consejo.

Tirardel reconoció la letra del ministro y se apresuró a romper el sobre.

Inmediatamente lanzó un grito lamentable, algo así como el gemido de un animal que de repente se nota herido de muerte.

Sin embargo, quiso adoptar un hermoso final. Aún tuvo fuerzas para levantarse.

El noble anciano se irguió, pues, como un espectro sobre la multitud de sus colegas.

—Señores. *Acabo de recibir* —dijo— *la noticia de que la Seguridad General ha detenido, por fin, al muñeco sanguinario.*

Lo que no dijo es que el ministro había añadido esta frase: «¡Ojo con las tonterías!».

Pero la tontería ya estaba hecha.

XXI

UNA GRAN FAENA DE LÉBOUC, Y SUS CONSECUENCIAS

Era cierto que el muñeco había sido detenido. Lo había detenido Lebouc.

Volvamos al despacho de Bessiéres, jefe de la Seguridad General, al que dejamos abatido a causa de una escena desagradabilísima para su amor propio y funesta para su ambición. La escena había ocurrido con el ministro, antes de la reunión del consejo que se celebraba *abajo*, en el salón de la plaza Beauvau.

De pronto se abrió la puerta. Pero el ujier no tuvo tiempo para decir una palabra. Lebouc estaba ya frente a Bessiéres. Brillaban sus ojos, su tez estaba inflamada y sus cabellos andaban revueltos. Además, tenía un aire triunfal, seguramente inquietador para quien conociese las victorias de Lebouc, que eran a lo Pirro, es decir, seguidas de grandes desastres.

Así es que, a pesar de su talante ufano, Bessiéres acogió a Lebouc, no sólo con preocupación, sino con cólera.

—¿Ya está usted aquí?... ¿Qué va a anunciarme?...

—Algo asombroso, señor director...

—Ante todo, quiero que me diga si usted tiene algo que ver con los artículos publicados en la prensa con referencia a lo que llaman escándalos de Corbilléres y respecto a los cuales le ordenó el otro día que guardara el más absoluto silencio.

—Esos escándalos de Corbilléres los he denunciado yo; esos artículos yo los he escrito —repuso Lebouc en voz alta y clara.

—¿Es usted quien firma XXX?

—Yo, señor director.

El señor director pronunció una palabra fuerte.

—¡Ya estoy cansado de ser el *Emisario*, de trabajar siempre para los demás, de no obtener ni gloria ni provecho, sino la más negra de las ingratitudes!... ¡Siempre sacrificado!... ¡Siempre dispuesto al sacrificio!... Tal ha sido la divisa que llevo impuesta desde hace años... Pero ¡me la arranco!... Servir a la policía de la patria es una ocupación muy noble; a ella quiero dedicarme, pero sin que se abuse de mí... Mal empecé mi caminar por la vida. Un día me coloqué al lado de ustedes porque eran los más fuertes. ¡Bien me lo han demostrado, porque esa fuerza no han dejado de emplearla contra mí!... Entonces he pensado que hay algo más fuerte que la policía: es la prensa. Y me he hecho periodista...

—¡Es usted un burro, Lebouc!... ¿Sabe usted lo que ha hecho?... ¡Mañana no tendrá quien le defienda, porque yo ya no estaré aquí!...

—¡Me defenderé yo, señor Bessiéres, con ayuda de la gran prensa!... Pero somos intangibles... ¡Le traigo al muñeco *sanguinario*!...

El director se levantó como galvanizado, exclamando:

—¡;Lebouc! ;Si usted hubiera hecho eso!...

—¿Qué?

—Tendríamos una posición verdaderamente fuerte.

—Pues puede usted tener la satisfacción de que *está ahí*...

—¿Dónde?

—En la calle de las Saucedas, en un *auto*, vigilado por media docena de agentes...

—Tráigalo.

—*Voy a traerlo*.

Lebouc se ausentó unos momentos para dar órdenes. Bessiéres se encontraba en una febril agitación... El muñeco era la salvación; con el muñeco era dueño de todo el mundo y podía con todos, de quienes le querían y de *quienes no le querían*... ¡Dueño de la situación!... La verdad era que Leboue resultaba un hombre útil...

Lebouc volvió, diciendo:

—*Ya lo suben*... ¿Ha telefonado usted al ministro?

—¡No!... Comprenderá usted que primero quiero verlo... Pero ¿cómo lo ha detenido?... Dicen que es algo terrible...

—¡Terrible, sí, señor director!... Pero los burros no nos asustamos de nada — replicó Leboue, devolviéndole la pelota.

—¿Le ha detenido usted solo?

—Yo solo, señor director... Y de la manera más sencilla... Rondaba alrededor de las tapias de «Las Dos Palomas», cuando he visto que se acercaba un individuo raro. Tomaba toda clase de precauciones y tenía una manera especial de andar, un modo en cierta manera rítmico, que al momento excitó mi curiosidad... De pronto volvió la cabeza. Vi su cara, tal como se ha descrito, y en la que realmente nada vive más que los ojos... Hace días y días que no pienso más que en la muñeca. Un instinto secreto me gritó que era él, *que iba a reunirse con sus cómplices en «Las Dos Palomas»*... Nada ignoraba yo de lo que se contaba de él, de su fuerza extraordinaria, de sus puños metálicos, que golpean como catapultas... Así es que dije que había que sorprenderle, aturdirle y derribarle, ponerlo inmediatamente en un estado de inferioridad absoluta...

Entonces recordé que antes de haber ingresado en la policía fui un truhán famoso por mis cabezazos. A esto le llamábamos nosotros *la embestida de carnero*, y también *el golpe de Garibaldi*... En vista de ello le he asestado un buen golpe en el vientre.

Había tomado impulso y he llegado a él como un rayo... Mi cabeza ha dado en el centro de su mecanismo y lo he derribado... Ha caldo de espaldas, con las cuatro patas en el aire... Lo que ha ocurrido luego, señor director, ha sido más chusco que otra cosa... Y es que a ese tipo, cuando está de espaldas en el suelo, le ocurre lo

mismo que a los escarabajos, o sea que no puede levantarse...

A un muchacho que casualmente pasaba le mandó por cuerdas a «El Árbol Verde». Volvió en un auto que acababa de llegar. Le acompañaba Felipe, el guarnicionero... Los del auto y yo le atamos bien y le llevamos al coche con las patas por alto.

Cuando la gente se dio cuenta de que aquel monigote mecánico que no cesaba de crujir era el muñeco sanguinario, quiso romperlo, destrozarlo... Pero yo lo impedí gritando que me pertenecía... Y así he conseguido traerlo... Ahora pertenece a la justicia y a los sabios... ¡Supongo que ahora no dirán que no existe!... Ya lo traen...

Bessiéres abrió en persona la puerta y los agentes arrastraron hasta el centro del despacho a un monigote terriblemente atado, encadenado, esposado, tendido de espaldas y con los ojos muy abiertos y como despidiendo fuego y llamas.

Todos le miraban en silencio, inclinados sobre el fenómeno y sin atreverse a tocarlo...

Bessiéres, luego de mirar varios momentos a aquel ser excepcional que le promovía grandes palpitaciones, corrió a la mesa escritorio, descolgó el aparato telefónico y pidió comunicación con el jefe del despacho particular del ministro.

—¡Oiga!... ¿Es el señor Traistan?... Deseo hablar un momento con el señor ministro... ¡Ah! ¿Se está celebrando consejo?... Es que he detenido al muñeco sangriento... ¡SI, si!... ¡Al muñeco sangriento!... Acaba de entrar en mi despacho... Vale la pena, ¿verdad?... ¿Se lo dirá al presidente del Consejo?... Espero al aparato...

Esperó tres minutos. Se abrió la puerta y el jefe del despacho particular se precipitó diciendo:

—¡Llega el señor ministro! ¡Quiere verlo en persona!... ¡Oh, qué cosa más curiosa!... Pero ¿por qué lo tienen en el suelo?... El presidente va a interrogarlo... Que se levante un poco...

—¡Es muy peligroso! —exclamó Lebouc, que no estaba completamente contento de que su nombre aún no hubiera sido pronunciado.

—¡Si está atado como un salchichón!... ¡Si somos diez!... ¡Y tiene usted miedo! ...

—No es que tenga miedo —puntualizó Lebouc con un respingo muy señalado—. Tero permítame que le diga...

—Calle, Lebouc —ordenó Bessiéres—. El señor jefe de despacho tiene razón. El *prisionero* no puede comparecer ante el presidente en esta posición ridícula. Desátele al menos las piernas y levántele.

Los agentes, obedeciendo a las órdenes de su jefe, hablan ya libertado los pies del autómatas y lo habían incorporado.

Pero aún no había recobrado su equilibrio, apenas sus suelos tocaron el suelo,

cuando, como el gigante. Anteo, que recobraba sus fuerzas cada vez que, soltándose de los brazos de Hércules, tocaba la tierra, el muñeco, desplegando una fuerza terrible, hizo saltar las ataduras que aún le sujetaban, saltó él, atravesó literalmente la puerta, que resistía menos que una hoja de cartón: pasó sobre el cuerpo del señor ministro, que acudía a ver el fenómeno: se sacudió el racimo de agentes que se le agarraban desesperadamente, se fue como una flecha por el pasillo de la izquierda (el de la derecha, que llevaba a la calle de las Saucedas, estaba lleno de ujieres), se arrojó por una estrecha escalera como quien se echa a un abismo, volvió a saltar, penetró por otros pasillos, atravesó como una tromba la dependencia desierta del señor jefe de despacho, entró en el gran despacho del presidente del Consejo, donde todos los ministros, a quienes su jefe acababa de enterar del acontecimiento, esperaban, febriles, noticias del muñeco. Los atropelló horriblemente y los llenó de espanto. Luego atravesó el salón donde esperaban los representantes de la prensa, algunos de los cuales recordaron largo tiempo el recuerdo de aquel huracán automático, que franqueó en dos saltos el vestíbulo, salió al patio y se lanzó al volante del automóvil particular del presidente del Consejo, que estaba a punto de partir.

Antes de que nadie hubiera pensado en oponerse a la audaz maniobra, el automóvil salía del patio, saludado por el galoneado portero, que después cerró la verja.

El coche siguió a toda velocidad la calle de Saint-Honoré, luego de haber pasado delante del Elíseo, sin detenerse, como solía hacer. Pero en aquel momento se lanzaron en su persecución, desde la plaza Beauvau y desde la calle de las Saucedas, las bicicletas, motocicletas y taxis que los agentes habían podido requisar entre los que pasaban o estaban de punto.

Y en aquel mismo momento, tres señores muy serios bajaron de un automóvil ante la verja del ministerio y, dirigiéndose al portero, que no quería dejarles pasar, declararon por boca del señor Ditte, decano de la Escuela de Medicina:

—Hemos de ver al señor ministro.

—Pues, por ahora, es absolutamente imposible... El señor ministro no puede recibir a nadie... Además, según me acaba de decir el ujier, se está celebrando consejo.

—Estamos delegados por la Academia de Ciencias para examinar al muñeco sanguinario que, según dicen, acaban de detener. Y la noticia, que nos ha transmitido el mismo presidente del Consejo, será cierta, a juzgar por lo que se nota en los alrededores...

—Esa noticia era exacta hace menos de un instante, por decirlo así... Pero ¡ya no lo es!... El muñeco sanguinario acaba de Balir de aquí. Yo mismo le he facilitado el paso...

—¿Ha salido de aquí?

—*En el auto del señor ministro...* ¡Cualquiera se lo figuraba!...

—Creo que se están burlando de nosotros —dijo Ditte—. Volvamos al Instituto.

Mientras aquellos mártires de la ciencia regresaban a sus augustos lares a pie, porque no encontraban taxis, continuaba la persecución de Gabriel.

En la esquina de la calle de Saint-Honoré y de la calle Boissy d'Anglas, se formó un entorpecimiento del tráfico, que el muñeco aprovechó para pasar sencillamente por la acera, entre los gritos de los peatones, que se aplastaban contra las paredes.

Luego siguió hacia la Madeleine, a la que dio la vuelta. Y con una velocidad de bólido llegó a los autobuses Madeleine-Bastilla, que estaban allí en final del trayecto.

Uno de los autobuses fue embestido y averiado por el auto del ministro, que resultó del choque casi hecho añicos. En cuanto al autómatas, pareció proyectado hacia otro autobús que el chófer empezaba a poner en marcha.

La docena de viajeros que allí había vio con espanto que aquella máquina humana saltaba al sitio del chófer, a quien lanzaba al arroyo como si fuera un guiñapo.

La multitud de transeúntes acudía ya gritando:

—¡El muñeco! ¡El muñeco!...

Hubo un ¡sálvese quien pueda! Los viajeros, a riesgo de romperse algún miembro, saltaron fuera del vehículo, que, afortunadamente, aún no había emprendido propiamente la marcha.

Y en la plataforma posterior quedó un caballero de blancas barbas, que no se había decidido a apearse y que lloraba como un niño mientras agitaba su paraguas a guisa de bandera negra.

Como el chófer no había tenido tiempo de subir, el anciano se encontraba solo con el muñeco, hacia el cual se volvía de vez en cuando para ponerse a gritar, llorando a más y mejor, como un mamoncete al que se le separa de la teta.

Luego de remontar el bulevar de la Madeleine y parte del de los Capuchinos, acompañado del clamoreo de todo un pueblo que se refugiaba en las aceras, mientras el autobús lo derribaba todo en el arroyo, giró Gabriel bruscamente por detrás de la Ópera y tomó por la calle de Lafayette, que hizo subir al coche terrible con una velocidad de ciclón.

En la esquina de la calle del Faubourg Montmartre hubo tal entrecruzamiento de vehículos, que el autobús estuvo varios segundos como en suspenso. ¿Se aplastaría, recobrarla su equilibrio? Recobró su equilibrio; pero un agente llegó de pronto en motocicleta hasta el autómatas y, apuntándole bien, le descargó su *browning* a través del cuerpo.

Aparentemente, no le produjo más efecto que si le hubiera disparado un vaporizador de peluquería. Sin embargo, no todas las balas se perdieron, porque una de ellas, luego de haber atravesado el cuerpo de Gabriel y de haber atravesado el autobús en toda su extensión, acabó atravesando al desesperado anciano de barba

blanca, que se tambaleó y cayó al arroyo.

Eso le salvó...

De no ser así, no hubiera escapado a la catástrofe que se avecinaba. Mientras tanto, aún podía esperar que los cuidados de una esposa querida y de una hija amantísima le arrancaran de las garras de la muerte...

El terrible coche (obús con ruedas se le llamó después) dejó la calle de Lafayette a la altura de la estación del Este para volver por el bulevar Magenta, pasar por la plaza de la República, saltar hasta la Bastilla y tomar por el bulevar Diderot. ¡Allí se produjo la catástrofe que poco ha anunciábamos!...

En la esquina de aquel bulevar se estaba construyendo uno de esos inmuebles magníficos que la arquitectura de posguerra ofrece por toda Francia a nuestra admiración.

Esas casas se levantan con una rapidez de decoración teatral; no tienen más espesor que la de un ladrillo, están consolidadas con un poco de cemento menos armado de lo que se dice. Tienen la altura de las demás (seis o siete pisos) y son tan bellas como las otras, porque admiten adornos de escayola, que sería inútil pedir a la piedra, a causa de la mano de obra. Ahora bien: hay que reconocer que son menos sólidas...

Un autobús como el que conducía Gabriel, lanzado soberbiamente contra aquella obra maestra, tras una carrera que parecía el último ímpetu, *había de ser algo tremendo...*

Primero diríase que se trataba de un trueno. Luego hubo una espesa nube, que se propagó por todo el barrio.

Cuando la nube se disipó, ya no se vio la casa. No había más que un montón de materiales informes, una prodigiosa torta de la pasta más indigesta. Buscaron allí al muñeco; pero no lo encontraron...

XXII

UN ENCUENTRO EN «EL ÁRBOL VERDE»

Habían pasado dos días desde aquellos terribles sucesos. Al anochecer, un hombre joven todavía, pero que no parecía encontrarse muy bien en diversos sentidos, se presentó en la posada de «El Árbol Verde» y pidió a la señora Muche las llaves de la finca de «Las Dos Palomas», que deseaba visitar y que estaba en venta, según rezaba un cartel colocado en la verja.

La señora Muche le dio las llaves y el joven en cuestión se alejó, seguido por la mirada de un hombre que estaba sentado ante una mesa de la sala y que hasta entonces había estado muy ocupado en la lectura de *La Época*, cuya primera página abundaba en títulos llamativos.

Citemos los principales: *El muñeco sangriento, aplastado bajo los escombros de un edificio del bulevar Diderot. Dimisión del señor Bessiéres, director de la Seguridad General. Fantasías criminales de Lebouc, agente particular del señor Bessiéres.*

También damos los principales párrafos del artículo encabezado por los títulos anteriores:

«Por fin estamos libres del muñeco sanguinario y también del señor Bessiéres, que en todo este asunto se ha mostrado muy por debajo de su cargo, de su cometido. No se sabe de qué hay que asombrarse más: si de su incompetencia o de su inconsciencia...

»Antes de encontrar al muñeco, espantó a los ciudadanos, y en cuanto le echó la mano encima lo dejó en libertad...

»Pero todo ello no es nada al lado de ciertas maniobras de las que hemos estado a punto de ser víctimas, y que hubieran podido tener las repercusiones más graves en nuestras relaciones con las potencias extranjeras. Seguramente se recordará la publicación en estas mismas columnas de unos trabajos firmados por XXX. Teníamos motivos para pensar que el contenido de aquellos artículos había sido conseguido de las fuentes más auténticas. Y cuando prestábamos a aquellas revelaciones toda la fuerza de nuestra publicidad, es que creíamos hacer al país un servicio indiscutible.

»Los artículos en cuestión nos los traía un agente particular del señor Bessiéres, el cual agente nos daba a entender que si los publicábamos *serian gratos al ministro*.

»El autor de aquellos artículos era un tal Lebouc, *alter ego* del señor Bessiéres. Y no solamente era el autor, sino, como se dice hoy, el animador. Toda la historia de los *assuras de Corbilléres*, todas las aventuras de *thugs* en que se encontraban comprometidos los primeros nombres de la aristocracia europea, *todo era una invención del tal Lebouc*... ¿Quién le impulsaba? ¿A quién quería servir? ¿A quién quería perjudicar?... Acabamos de enterarnos; pero no queremos entrar en detalles...

»Este asunto, lo mismo que el del muñeco, debe ser enterrado.

»Ya se ha hablado bastante de Corbillères. ¿Verdad, señor Lebouc? Y, según parece, no se trata de una novatada por parte de usted. Ya ha intervenido usted tres veces contra el interés público, según parece. ¡Caramba con el señor Lebouc!...

»Es un personaje insignificante, pero que tiene su historia... Que no nos obligue a publicarla; que desaparezca... como acaba de desaparecer quien le empleaba y *quien nos lo enviaba*...

»Y que esto nos sirva de lección. ¡No más Bessières, no más Lebouc en la calle de las Saucedas!... Hemos de procurar un cambio completo».

Y firmaba: «*La Dirección*».

El joven de mal aspecto a que antes se aludía volvió al cabo de una hora. Así como antes parecía constipado, ahora no lo parecía nada en absoluto. En cambio, si triste se mostraba antes, más triste se mostraba después.

Pidió un ponche y entregó las llaves a la señora Muche.

Una vez que le fue servido y se hubo alejado la señora Muche, el hombre que leía el diario se le acercó, se lo presentó y le dijo:

—¿Ha leído usted esto?

—Sí, lo he leído —contestó el joven triste.

Y apartó el periódico como rechazando toda conversación.

—Permita que me presente, caballero. Soy el mismo Lebouc... Pertenezco a la policía hace muchos años. Siempre he sido sacrificado... En este caso, queriendo tomar precauciones, me he dirigido a la prensa; pero la prensa me ha sacrificado como la policía... A usted le conozco... Es usted el señor Jaime Cotentin, disector de la Facultad de Medicina de París y autor o padre del muñeco sangriento...

¡Tranquilícese!... No quiero causarle molestias, ni quiero causar molestias a nadie... Pero ya que se tercia la ocasión, quiero decirle que todo cuanto he escrito en *La Época* es absolutamente exacto... *Todos los crímenes de Corbillères proceden de «Las Dos Palomas»*. Hace veinticuatro horas que tengo la prueba de que el autómatas no tiene nada que ver... ¡Y Benito Masson era inocente! La última víctima de los indios y del marqués es una persona por usted muy querida. Mientras yo, como un mentecato, me apoderaba de su Gabriel, de quien debiera haber hecho un auxiliar, raptaban a la señorita Cristina Norbert para entregarla a los vampiros...

Le advierto a usted que es la última vez que hablo de estas cosas. Usted verá si puede aprovecharse de mis palabras...

Para los efectos consiguientes, he de manifestarle que no creo que el muñeco en cuestión haya perecido en el bulevar Diderot. Enseñarían los restos... *Pero quieren hacer creer que ha muerto*...

Obre con la mayor prudencia, tanto en lo referente al autómatas como en lo referente a la señorita Norbert, si aún es tiempo de salvarla.

En cuanto a mí, me retiro, porque esa gente es demasiado fuerte. Para ahogar el

escándalo tienen a todo el mundo con ellos... ¿Ha visitado usted la quinta «Las Dos Palomas»?... ¿Verdad que parece una honrada aunque suntuosa casa de campo? ... ¿Puede imaginarse algo más auténticamente burgués?... Cualquiera que la visite se echará a reír si piensa en los artículos de XXX... Y es que han tomado todas las precauciones... No han dejado la menor huella de su paso...

En cuanto al marqués, cuyo nombre no es preciso pronunciar; en cuanto a esa bellísima persona víctima de una leyenda absurda, cuando XXX le representaba veladamente como presidiendo las orgías de «Las Dos Palomas», lloraba a su primera esposa, a la cual acababa de levantar una tumba magnífica en la cripta de sus antepasados: tumba que, si no me equivoco, se ha de inaugurar pasado mañana...

El joven, que de pronto se había puesto menos triste, pero más sombrío, repuso:

—¿Qué diría usted, señor Lebouc, si yo hiciera confesar públicamente a ese infame marqués todos sus crímenes, si le obligara a revelarme dónde oculta a Cristina, si consiguiera que la verdad resplandeciese de tal manera que ningún poder humano pudiera ahogarla?

—Diría, señor Cotentin, que había realizado usted un milagro mucho mayor que el que le sirvió para la creación del maravilloso autómatas...

—¡Pues sígame!...

—¿Adónde vamos?

—¡A Coulteray!...

XXIII

Siento que te lanzan sobre mí grandes temores
y negros batallones de inconcretos fantasmas...
VERLAINE

Jaime Cotentin, al dejar en Tours a Lebouc, le dijo:

—Alójese en la posada de «La Gruta de las Hadas» y no se preocupe de mí. No quiero exhibirme. Si el marqués me viese o tan sólo se enterase de que estoy por la comarca, se figuraría en seguida que vengo a reclamarlo a Cristina o entregarme a costa suya a alguna violencia. Y desaparecerla...

Lebouc llegó a Coulteray hacia las siete de la tarde. La ceremonia fúnebre había sido fijada para la mañana siguiente.

El mesón de Achard estaba atiborrado de gente. Aquella animación era obra de los rumores. El vampiro no había tenido una buena prensa. Los últimos rumores de la capital hablan llegado hasta Coulteray. Incluso se hablan repartido diarios en que se aludía directamente al marqués. Las historias de estranguladores y de vampiros de la India hablan impresionado hasta a los más pacíficos. Se recordaba que a Coulteray había ido con criados muy extraños. La última vez, sin embargo, no había traído más que un camarero. Se había privado de los servicios de Sangor y de Sing-Sing. Y había hecho bien.

No obstante, aún le defendían el cura y el alcalde. Y el doctor Moricet se limitaba a encogerse de hombros cuando le contaban lo que se decía por el país. El centro de todo aquel movimiento era el establecimiento de Achard.

Allí estaban Achard, Bridaille y Verdeil, que no se apeaban de lo que hablan visto y oído, y que lo repetían incansablemente. Desde lejos acudía la gente para oírsele contar, y, de paso, vaciar algunos vasos.

El tendero Nicolás y el comerciante al por mayor de vinos Tamisier lamentaban no haberse hallado presentes cuando el fantasma habló; pero como puede suponerse, no hablan olvidado la sesión en que la viuda de Gerard lanzó tan agudo grito que les hizo levantarse para ver cómo la marquesa *volvía al cementerio*...

Aquella tarde, la viuda de Gerard, que se llamaba señora de Drouine desde que se había casado con el de Sologne, había llegado con su nuevo esposo.

Los dos se alojaron en casa de Achard. Huelga decir que la conversación era muy animada en la sala del mesón. Drouine mostraba su frente taciturna. El matrimonio no lo había cambiado mucho. Era el mismo patán con la cabellera de crin, los miembros bastos y los hombros cargados. Pero el ex sacristán parecía ocultar bajo aquella envoltura rugosa un alma cada vez más Cándida, revelada por su mirada de infantil, por sus ojos de un azul como el del manto de la Purísima. En el fondo, no se sabía qué pensar de él, cosa que probablemente le ocurría a él mismo. Afectaba una gran prudencia, y se limitaba a mover la cabeza ante las palabras más atrevidas. Y era

curioso el hecho de que su mujer parecía burlarse de él:

—¿Por qué eres así?... ¿Crees que no tienes derecho a decir lo que piensas?...

Y volviéndose a los demás, les decía:

—¡Éste sí que vio cosas la primera noche!...

Él acabó por decir:

—¡Déjame en paz, Adolfina!

Pero Adolfina se vengaba. No había olvidado cómo fue arrojada por el vampiro, delante de toda la población, cuando se verificaba el entierro. No guardaba contemplaciones al marqués y excitaba a Bridaille, a Verdeil y a Achard a que repitieran «lo suyo» a los recién llegados.

Los tazones de vino caliente, los ponches, calentaban el corazón y los cerebros. Bridaille, el herrero, daba puñetazos sobre la mesa como sobre un yunque.

—Nosotros no somos unos niños... Verdeil, que se dedica todo el día a maquinarias, no creo que se asombre de una cosa que no existe; no creo que tome por verdad una figuración... Aunque me obligaran a poner la mano en mi fragua repetiría yo que *nos habló y nos preguntó por el camino de su tumba...*

Cuando pronunciaba aquellas palabras se abrió la puerta y entró un hombre cuya sola presentación impuso el silencio.

Lebouc, desde su rincón, supuso que se encontraba frente al marqués. Y no se engañaba.

No parecía contento el señor marqués. En su cara color de ladrillo ardían los ojos con una llama maligna. Nunca había parecido más cerca de la apoplejía. Su mano derecha manejaba un látigo de perro, cuya cinta chascaba febrilmente en los *leggings*.

—¡Buenas noches! —gruñó sentándose junto al fuego—. Al pasar he entrado para oír las tonterías que decía Bridadle. Y me parece que he entrado muy oportunamente...

—Tal vez —repuso Bridadle sin desconcertarse—. Pero en todo caso, no soy yo el único que dice tonterías aquí... Pregunte a Achard, a Verdeil, a Tamisier, a Nicolás, sin contar a Drouine y a su mujer Adolfina... Creo que somos una buena colección... Lo que me consuela es que el único que no dice tonterías es usted, señor marqués...

—¡Hola, Drouine! —exclamó el marqués—. ¿Has vuelto?

—Sí, señor marqués —respondió el otro ruborizándose como si estuviera en la primera comunión—. No he querido dejar pasar una ceremonia semejante sin presentarle mis respetos y sin renovarle mi pésame...

—Veo que todo el mundo estará presente —comentó el marqués sin dejar de jugar con el látigo—. Lo celebro, por lo que representa de buen recuerdo para la marquesa. Y espero que luego los imbéciles nos dejarán en paz a ella y a mí...

Entonces, Verdeil, el que tenía el garaje junto al puente, se levantó y se colocó frente al marqués para decirle fríamente:

—Le prohíbo que me trate de imbécil.

—¡Ja, ja! —exclamó el marqués—. Vaya, vaya... Es usted un espíritu superior, ¿eh?... No va a misa, no cree en Dios ni en el diablo...

—En efecto —corroboró Verdeil.

—Pero cree en los fantasmas...

—Es que sólo creo en lo que veo y en lo que oigo... Y yo he visto, he oído y he reconocido *a la mujer del vampiro*...

Al oír esta palabra, el marqués se levantó jurando. Se había puesto lívido. Parecía que iba a escupir al otro. Pero se contuvo...

—¡Sois indignos de mí, que siempre me he portado tan bien con vosotros!... ¡Estáis más atrasados que los peores salvajes!... Me habéis visto alrededor de la marquesa... Durante mi ausencia, y para tranquilizar vuestros embrutecidos cerebros, se ha abierto su tumba y se os la ha enseñado... Desde entonces nadie ha bajado a la cripta... Mañana por la mañana la volveréis a ver y se encerrará definitivamente a la desventurada a quien no he dejado de llorar... ¿Y habláis de vampiros?... ¡Canallas!

Todos se pusieron en pie con una indignación que no anunciaba nada bueno. Bridadle había derribado la mesa que se hallaba delante de él y se llegaba al marqués, luego de haber producido un fragor de vajilla y de vasos rotos.

Achard tuvo el tiempo preciso para interponerse.

—¿Qué prueba eso? —le preguntó al marqués.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Qué prueba que nos la enseñe mañana por la mañana? Sale de la tumba por la noche, al filo de las doce... como todos los vampiros... ¡No se haga el ignorante! ¡De eso sabe usted bastante más que nosotros!...

El marqués le lanzó una mirada siniestra y le dijo:

—Aplazo la ceremonia para mañana por la noche, a las doce... ¿Estás satisfecho?

—Sí —dijo Achard.

—¡Y pensar que estamos en el siglo XX! —masculló el marqués, dándose un latigazo.

Se fue rugiendo. Ya estaba lejos cuando aún se le oía jurando, blasfemando, insultando a Dios y a los hombres.

Cuando a la mañana siguiente se supo en Coulteray y en los alrededores que la interesante ceremonia había sido aplazada hasta la noche, a consecuencia de la escena del mesón, se apoderó la fiebre de todo el mundo. ¡Qué jornada más llena de ansiedad!...

Por la tarde, el marqués se había encerrado en el castillo con el alcalde y el cura, que le consolaban como mejor podían. Pero se encontraba en un estado de exaltación poco común en él. Lo que espetó al primer magistrado de la población acerca del cretinismo de sus administrados dejó tan patitioso al pobre hombre, que éste se juró

que no se presentaría en las próximas elecciones. También el abandonarla aquel pueblo absurdo y lo dejaría entregado a su vergonzosa superstición...

Al oír aquella palabra —superstición—, el marqués, un poco calmado por lo que se refería al alcalde, se dirigió al cura, que también se llevó lo suyo...

—Si hubiera menos historias de santos, de milagros, de tumbas abiertas, de resurrecciones, de fantasmas y de otras necedades mezcladas con las leyendas...

—¡Que me perdone si alguna vez le he dado algún disgusto y que descanse en paz en su nueva tumba!...

Luego se puso a elogiar la arquitectura y los motivos decorativos de la nueva tumba. Era cara, pero pensaba el marqués que todo lo merecía Bessie-Anne Elisabeth...

En torno al castillo empezó a oírse un ruido sordo. A pesar del vivísimo frío, el cementerio y los patios ya estaban llenos de gente.

La noche, por lo demás, era hermosa. Una gran Luna pálida se deslizaba tras las nubes plateadas...

Partieron los tres hacia la capilla. Al reconocerlos, les dejaron paso. A la vista del marqués, cesó todo murmullo. *Esperaban...* Y más de uno se estremeció pensando en la espera...

Ya estaba todo preparado para la ceremonia. El vicario se había ocupado de ello. Pero no se abrió la cripta hasta el último momento, porque la gente se aplastaba contra la puerta. Las mujeres, sobre todo, demostraban una exagerada curiosidad. Las había que se hallaban allí desde horas antes.

Lebouc fue uno de los primeros en entrar en la cripta; pero estaba receloso porque no había visto a Jaime.

Algunos grupos, que hablan pasado las horas de espera vaciando botellas aportadas en previsión, estaban alegres y se dedicaban a bromas que no lograban ningún eco. Les decían:

—¡Callad, herejotes!

En la cripta, sin embargo, reinaba el silencio...

Se había levantado un pequeño altar en el fondo, precisamente sobre la tumba de Francisco III, llamado Brazo de Hierro, que murió en Tierra Santa. Y allí celebró el oficio el cura.

Se aplastaba la gente en la escalera que comunicaba la cripta con el coro y en la estrecha escalera del torreón que subía directamente al cementerio.

La nueva tumba, realizada en ese estilo en que el Renacimiento empieza a borrar el gótico flamígero bajo el florecimiento de sus líneas y la abundancia del dibujo, era muy admirada por cuatro figurillas de ángel que decoraban las esquinas.

Estaba abierta, esperando que le llevaran el féretro de Bessie-Anne Elisabeth, aún bajo la losa de la tumba de Luis Juan Crisóstomo.

Una vez terminado el oficio y llegado el momento en que los obreros quitaron la losa sepulcral, quedaron en suspenso todas las respiraciones. Entonces sonaron en la torre doce campanadas. Y se acabó de quitar la losa.

Un largo gemido lúgubre salió de la concurrencia, acompañado de gritos con que se encomendaba a Dios y a los santos.

La tumba conservaba el féretro que se le había confiado; pero el féretro abierto estaba vacío...

La vampiresa, a la que en la última ceremonia todos habían visto tendida en el ataúd, *¡había salido de su tumba!*...

Todas las miradas se dirigieron entonces al marqués, mientras las mujeres calan de rodillas. Y un murmullo amenazador a más no poder comenzó a envolverle.

Se había erguido, desconcertado, inquieto, pero todavía temible... Y entonces un ruido procedente del cementerio anunció que por éste o en sus cercanías ocurría algo extraordinario.

Luego se oyeron gritos horribles en la escalera del torreón. Los que allí estaban procuraron huir. Algunos cayeron en la cripta, rodando por los escalones. Y tras ellos apareció un bulto largo y blanco...

Muy tiesa, como si en vez de andar se deslizara sobre la tierra, como se había manifestado en las noches de Coulteray, venía... venía... Bessie-Anne Elisabeth, marquesa de Coulteray, nacida Cavendish... Y se dirigía hacia el marqués, que, con los brazos en cruz, el rostro exangüe y la boca abierta, pero incapaz de articular ningún sonido, retrocedía... retrocedía...

Cuando ya no pudo retroceder más, cayó de rodillas.

El fantasma había alargado los brazos...

Bessie, con voz de ultratumba, pronunció:

—*¡Te acuso!*...

Pero el marqués se había desplomado. Su cabeza sonó horriblemente contra la piedra de la tumba. Y lanzó un suspiro tremendo, una especie de estertor, al que respondió un gemido más espantoso todavía.

Hacia el agonizante corrió un hombre, que le alzó la cabeza.

—Antes de morir, *¡dime qué has hecho de Cristina!*

¡Ay! Jaime Cotentin no tenía en sus brazos más que un cadáver, junto al cual no tardó en rodar el espectro, definitivamente agotado, de Bessie...

¡Estaban muertos los dos!... El doctor Moricet, que había seguido a Jaime, lo comprobó y declaró que aquella vez *¡todo había terminado!*

Pero aquellas palabras no podían calmar a una multitud supersticiosa, cuyo espíritu acababa de ser exaltado por la trágica escena. Como el alcalde y el cura expresaran su opinión de que los marqueses fueran colocados inmediatamente en la tumba, ocurrió de pronto uno de los acontecimientos que no pueden suceder más que

en ciertos momentos en que el alma de las multitudes es arrebatada a su pesar por un torbellino que le hace realizar gestos definitivos, cuya responsabilidad no podría achacarse a nadie en particular.

No hay que olvidar que para la mayoría, la vampiresa, saliendo de la tumba, había venido a encontrarse con su verdugo más acá de la muerte. Y esa mayoría juzgaba que había que librar al país de la pesadilla que duraba hacia meses. ¡Bastaba ya de fantasmas en las noches de Coulteray!

¿Qué dice la tradición sobre los vampiros? ¿Qué ordena?... ¡Quemarlos!...

Sin un previo acuerdo, sin pronunciar una sola palabra, se hizo lo necesario. En la noche de plata, sombras negras levantaban en el patio principal una enorme hoguera...

Toda la leña que se encontraba alrededor fue acumulada allí como por encanto. Y sobre la leña reseca del invierno se vaciaron bidones de esencia, facilitados por el mismo Verdeil. Los dos cuerpos fueron colocados allí encima, uno al lado del otro. El alcalde y el cura se hablan retirado. Y pronto se levantó una llama gigantesca, que hizo surgir el viejo castillo como del fondo de la historia de Francia, en un día de matanza y de incendio...

Durante largo tiempo retorció la hoguera sus inmensas lenguas escarlata por encima de la montaña... Luego, poco a poco, calmó su fuego devorador... Y pronto apareció un resplandor gozoso y amigo, como una hoguera de la noche de San Juan, recuerdo tranquilo de la cruel llama drúidica...

XXIV

«ALAS POOR GABRIEL!»

Jaime Cotentin y Lebouc volvieron juntos a Toug. Jaime parecía muy abatido; Lebouc, que de tiempo atrás se había hecho un alma de filósofo, gracias a la cual recobraba su serenidad indiferente luego de cada desastre:

—No hemos tenido suerte —se limitó a decir.

Jaime suspiró.

—Si el golpe no hubiera sido tan fuerte, si el marqués hubiera vivido solamente unos minutos, hubiéramos obtenido de él lo que queríamos... El miedo nos lo entregaba... ¡La muerte nos lo ha robado en el momento en que abría la boca!... Ese hombre, que no creía en nada, había visto de pronto el espectro de su mujer... Menos mal que ahora la pobre mujer *ha muerto de veras*. ¡Ya nada le atormentará!...

A requerimientos de Lebouc, explicó el disector que Bessie-Anne Elisabeth, a la que se creyó muerta una primera vez, no había padecido más que una cierta crisis cataléptica, en la que entraba por mucho la sugestión. Son numerosos los *casos de personas que se creen muertas*, sobre todo entre aquellas cuyo cerebro, demasiado débil, ha frecuentado excesivamente la idea del más allá... Bessie se creía muerta y cala en catalepsia para despertarse de noche, a la hora en que sabía que tenía que salir de la tumba, como todos los vampiros, bajo la obligación de un destino ineluctable... Jaime había seguido la primera noche, luego del entierro, a aquella figura fantasmal y había asistido al *caso*, que conocía perfectamente... La había visto volver a la cripta y colocarse ella misma en su sepulcro. Ella, por su parte, le había visto, le había mirado sonriendo tristemente y le había dicho con voz opaca: *¡Hasta mañana a medianoche!* La catalepsia se le apoderó inmediatamente...

¿Cómo había salido por sí sola de la tumba? Eso es lo que se preguntó Jaime... Y llegó a la conclusión de que *Sangor había acudido para realizar su horrible oficio*, ella se había despertado cuando abría el féretro Sangor y éste había huido... Ello explicaba la facilidad con que Drouine había podido, varias horas después, librarse del indio, que, además, iba cargado de obsequios...

Jaime se guardó mucho de comunicar a Cristina lo ocurrido realmente en la cripta. Su novia tenía el espíritu muy trastornado en aquel momento para intentar explicarle científicamente un fenómeno que era más fácil negar. Y negó...

Pero ¡había que salvar a la desgraciada Bessie!... Para intentar curarla, había que comenzar librándola del marqués, causa de todos sus males. En consecuencia, decidió enseñarla muerta y en su tumba a la vista de todos. Luego selló públicamente la losa. La siguiente noche fue a ponerla en libertad a la hora en que salía de su crisis. Y ayudado por el doctor Moricet, a quien había puesto en antecedentes, de Drouine y de la viuda de Gérard, a quien los dos médicos acabaron convenciendo de la verdad, transportaban a la desgraciada en un auto que la llevaba a un pasaje desierto de

Sologne, donde Drouine tenía una finquita.

Allí había permanecido. El doctor Moricet iba a verla todas las semanas. Tan pronto abrigaba alguna esperanza como desesperaba de llegar a un buen resultado. Era demasiado tarde. La monomanía de la vampiresa acabarla triunfando. Aún se escapaba de noche para irse a su tumba. Una vez llegó a caminar leguas y leguas por un camino imposible, para llegar a Coulteray. Aquella noche habló con la gente del mesón. A Drouine le costó Dios y ayuda alcanzarla y llevársela. Y él era el fantasma a quien hablan visto persiguiendo a la vampiresa, que ya estaba definitivamente loca.

—Ahora comprenderá usted —acabó diciendo Jaime Cotentin— cómo se me ocurrió la idea de servirme de eso espectro viviente para obtener las confesiones del marqués.

—Bien discurrido estaba —dijo Lebouc—. Pero en la vida, señor Cotentin, hay que tener suerte. Nosotros, por desgracia, no la tenemos. ¿Quiere que le dé un consejo leal? Haga como yo. Procure que le olviden... Adiós, señor Cotentin.

—Adiós, señor Lebouc.

Y el desgraciado Jaime, volviendo aquella misma noche a París, se decía:

«El mejor medio de hacerse olvidar es desaparecer para siempre... Me parece que si no encuentro a Cristina no duraré mucho... Nada me interesa en el mundo...»

Y si pensaba en su autómata era para maldecirlo...

Al entrar en la tienda de la calle del Santísimo Sacramento, llamó la atención de Jaime el desorden que allí reinaba. En los rincones se amontonaban resortes, muelles, ruedas dentadas, todo ello retorcido, estropeado, sin ninguna aplicación inmediata.

Reconoció trozos de las famosas ruedas cuadradas que tanto habían intrigado al barrio y restos del famoso sistema de movimiento continuo, que los habitantes de la Île-Saint-Louis no recordaban que nunca se le hubiera dado cuerda.

En medio de todas aquellas ruinas estaba el viejo Norbert, sentado a su mesa, con la lupa ante el ojo, tranquilo, con gestos cansados y precisos, arreglando un reloj...

No pareció asombrarse de ver a su sobrino, al que le dijo:

—¡Hola! ¿Eres tú?... Hace varios días que tengo un telegrama para ti. No sabía dónde mandártelo. Lo he leído. Parece urgente...

Jaime se arrojó sobre el telegrama. Estaba puesto a su nombre, procedía de Peira Cava y lo firmaba Cristina. Leyó: «Ven pronto. Necesitamos de ti los dos».

Quiso hablar al viejo, pero el otro atajó diciendo:

—Haz lo que quieras. Nada de eso me interesa.

Partió cuanto antes para el Mediodía. Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, llegaba a Peira Cava. Al bajar del auto vio a una joven enlutada y con ojos de haber llorado. Era Cristina.

—¡Llegas demasiado tarde! —le dijo—. ¡Ha muerto!

La cogió del brazo para sostenerla. Así siguieron el camino que llevaba a la casita

del bosque de Mairise. Con inconmensurable tristeza, Cristina lloraba a Gabriel y Jaime lloraba a Cristina, que *el otro*, aun cuando estaba destruido, parecía haberle robado para siempre...

—¡Perdóname, Jaime!... Pero nunca se sabrá lo que ha sido Gabriel ni lo que hubiera podido ser de haber querido vivir... Pero no quería... Ya te contaré un día, detalladamente, cómo caí en manos del marqués y de sus amigos, cómo me veía perdida para siempre y cómo Gabriel surgió en el momento supremo para arrancarme de los brazos de aquellos vampiros... Todos se precipitaron sobre él, pero él era más fuerte que todos. Le acribillaron y descargaron sobre él sus armas, pero todo fue inútil. Pasó, me cogió y me trajo aquí... Sin embargo, para él era el fin. Antes de venir a salvarme, ya había sido medio aplastado por un formidable accidente. Todo su sistema nervioso había sido furiosamente afectado y su circulación se hacía con dificultad... No quería que yo le curase. *¡Y había lanzado sus llavines a un precipicio antes de arrojarle él mismo!*... Deseaba morir, *morir para siempre*... Ya sabréis la causa... Entonces te telegrafíé, a pesar de que me había prohibido y de que me vigilaba constantemente. Me decía: «Ya que sólo me quedan unas horas de vida, que nadie venga a turbarlas».

Finalmente, una noche en que sus gestos se habían hecho más lentos y más difíciles, me dijo adiós y me hizo jurar que no le seguiría... Se lo juró, pero le seguí de lejos... Tenía yo la esperanza de que *tal vez se detuviera de repente*, y entonces, a su pesar, *podría curarlo*... Pero había reunido sus últimas fuerzas, usaba *su último resorte*, me llevó por las nieves, por el camino de Plan-Caval, hasta muy lejos.

De pronto se irguió sobre una cumbre, como si pusiera por testigo al cielo y la tierra, levantó los brazos y se arrojó al precipicio... Acudí como una loca. Dando un gran rodeo y a costa de mil peligros, llegué al fondo del precipicio, donde descubrí sus pobres restos destrozados... Los he traído y los verás... Tu hijo, Jaime, era sublime... ¡Qué desgracia ha sido su muerte para el mundo!...

Jaime, en vez de contestar, callaba y lloraba... ¡Lloraba por él mismo!... Cristina añadió:

—Aquí se ha creído en un accidente. Yo he procurado que lo creyeran. Se ha buscado el cadáver; pero como ha llegado el deshielo, ha parecido natural que no se encontrase nada. Sienten mucho que haya perdido a mi hermano. El cura de Luceram vino ayer para decir en nuestra capillita una misa por el descanso de su alma. ¡Poco pensaría que estaba dentro de mi armario!...

Habían llegado a la casita. En el hogar ardía un buen fuego de leña.

—¡Caliéntate, que debes de estar helado! —dijo Cristina—. Voy a traerte un tazón de caldo y *todos sus papeles, todo lo que me escribía*. Así comprenderás por qué ha querido morir. ¡Qué alma! ¡Y cómo ha sufrido!

Volvió con un tazón de caldo y con una cajita que contenía los preciosos papeles.

—Lee —dijo—. Hasta ahora.

Y se marchó sollozando.

Jaime sacó de un bolsillo interior una gruesa libreta, en la que había anotado cotidianamente sus trabajos y en la que se podían encontrar precisadas con el mayor cuidado todas las condiciones de la sublime máquina. Unió la libreta a los papeles que le había entregado Cristina y que aún no había leído, y lo arrojó todo al fuego.

Cuando volvió Cristina no quedaban de los maravillosos documentos más que cenizas y unas puntas de hojas quemadas. Cristina comprendió lo que acababa de ocurrir. Lanzó un grito y corrió hacia la chimenea.

A continuación damos unas cuantas líneas de las pocas que pudo salvar del desastre:

«Soy, si, un espíritu puro y me enorgullezco de ello. Y tu gloria eterna, ¡oh, Cristina!, será haber amado una idea, mejor tal vez de lo que hubieras amado mi mismo corazón de haber habitado éste en mi primera etapa dentro de un cuerpo bello, dentro de un cuerpo contrario a lo que era el de Benito Masson. ¿Ves, Cristina, lo que admiramos en el hombre? Emerson lo ha dicho: “La forma de lo informe”, la concentración de la inmensidad, la morada de la razón, el refugio de la memoria. ¡Oh los pensamientos! ¡Qué seres más ágiles y flexibles! Las cosas del corazón aún pertenecen a la tierra; pero el pensamiento alado que no tiene ningún peso terrestre, es lo divino».

Lo que acabamos de leer es el canto triunfal; pero he aquí el desesperado clamor que todo lo explica:

«He alargado los brazos, he oprimido sobre mi pecho frío tu cuerpo y tu rostro convulso; pero no he notado la tibieza de tu lado... ¡Oh, quien me dará tu calor y tu perfume benditos!... ¡Cristina, Cristina!... Emerson es un necio... El orgullo *de pensar* no compensará nunca del amor, del amor tal como lo ha querido la creadora naturaleza, del amor en cuyo fondo todo se une... ¡Ay, Cristina! Al principio paseaba a tu lado mi soberbia, me ufanaba de ser un espíritu puro y mostraba atrevidamente mi felicidad... Pero me engañaba a mí mismo, *sólo era feliz porque aún no me había retirado completamente de la tierra*, como un operado a quien lo acaban de cortar los brazos y continúa notándose la mano herida... Recordaba tu perfume y me bastaba verte para sentirte... Me paseaba por la naturaleza sin estar todavía completamente aislado. Pero poco a poco disipóse la figuración y desaparecieron las seudosensaciones. Fui reducido a un mecanismo *que paseaba mi pensamiento*. Me vi convertido en un espíritu puro... ¡Qué miseria! Esta vida no puede durar... Tu Jaime me ha impuesto el más cruel de los suplicios».

He aquí unos líneas postreras:

«¡No, no hay en el mundo mayor dolor que ser un espíritu puro!... *La religión cristiana, que ha puesto en la primera fila de sus dogmas la resurrección de la carne,*

ha comprendido esa verdad... Sí, Cristina, eso es el paraíso: renacer en carne y hueso para dar un beso efímero en el que se ponga toda una eternidad... Una eternidad sin ese beso, ¿para qué?... Adiós, adorada mía...»

Dos años más tarde, si por ventura se hablaba del muñeco sangriento, de la «epidemia de pinchazos», de la seudorresurrección de Benito Masson, de los *thugs* y de sus pequeños *trocares*, se consideraba todo ello como una pesadilla que había sacudido a París en una época en que los espíritus habían perdido todo equilibrio: enfermedad a lo que la policía no había sido ajena... Jaime y Cristina se habían casado. El disector se había establecido en Peira Cava como el más humilde de los médicos rurales con el apellido de Beigneville, que era el de su madre.

La señora de Beigneville tuvo tres hermosos niños, ninguno de los cuales se llamó Gabriel.

Pero Gabriel continuaba viviendo en el corazón de Cristina y esperando en su armario.

No había querido separarse de aquellos restos. Jaime había consentido en ello. Y el famoso cerebro de Benito Masson era conservado aparte, en un bocal a propósito.

La señora de Beigneville era dulce, era buena, era la más sencilla de las mujeres. Su única distracción, aparte de sus hijos, consistía en abrir, cuando estaba sola, su armario y trabajar en la reconstrucción de Gabriel.

Ya había conseguido resultados muy apreciables. La circulación no dejaba nada que desear, y el suero funcionaba bien. Y un día en que Jaime se fue a cazar con unos amigos y el teniente de los alpinos que mandaba el puesto de Plan-Caval, fue Cristina a coger el bocal donde se bañaba en el suero alimenticio el cerebro de aquel a quien en el fondo de su corazón aún llamaba «¡Mi Gabriel!». ¡Qué emoción cuando lo abrió!

Pero ¡ay, el bocal estaba vacío!

Jaime Cotentin había tomado sus precauciones...